EL NACIMIENTO
DE LA ESPERANZA
SALVADOR RANGEL ABUD
MAXIMATO
CONGRESO
PODER JUDICIAL
DEUDA EXTERNA
SALUD PÚBLICA COLAPSO
EDUCACIÓN DESTRUÍDA
NUEVA ESCUELA MEXICANA

El nacimiento de la esperanza
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

México, mayo de 2026. Las solicitudes de extradición del Departamento de Justicia de los Estados Unidos llegan con nombres, montos y rutas del dinero: un gobernador en funciones, un senador de la República, ocho funcionarios del gobierno de Sinaloa. El país que creyó en la transformación mesiánica descubre que lo que cambió fue solo el apellido de la corrupción. Pero el descubrimiento llega tarde, y desde afuera: porque adentro ya no queda institución en pie que pueda decirle la verdad al poder sin pagar el precio de decirla.

Abdías González de la Garza pagó ese precio. Periodista, activista, maestro de una generación de reporteros, lo mataron en una carretera de Tabasco cuando regresaba de Palenque. Se había acercado demasiado a los vínculos entre Pedro Miguel Gómez Labrador —el hombre que gobernó el país seis años con el método del caudillo moderno y que desde Palenque sigue moviendo los hilos— y las organizaciones criminales que campean sin miedo porque se saben protegidas en los tres poderes de la unión.

Fernanda Inclán, periodista de *Expediente Abierto* y alumna más cercana de Abdías, lleva dieciséis meses cargando su muerte y los archivos que él dejó en un disco duro cifrado. Cuando las solicitudes de extradición conectan lo que Washington encontró con lo que Abdías documentó antes de morir, Fernanda viaja a Coatepec, Veracruz, para encontrarse con Amado Elías Rodríguez Direni: el académico que perdió las elecciones presidenciales de 2024 con el once punto tres por ciento de los votos y que, a diferencia de todos los candidatos derrotados que ella ha cubierto, no desapareció. Regresó a su cubículo en la Universidad Veracruzana y empezó a construir algo más duradero que una candidatura: la agenda legislativa que México necesitará cuando despierte.

El nacimiento de la esperanza es la historia de esos dos años. De cómo una sociedad que se hundía encontró, en la acción de una fiscalía extranjera y en las ideas de un académico que nadie tomaba en serio, el principio de una razón para no hundirse del todo. No es una historia de redención fácil ni de héroes improbables. Es la historia de lo que cuesta decir la verdad en voz alta en un país que ha aprendido a silenciarla. Y de lo que puede ocurrir cuando suficientes personas deciden, al mismo tiempo y por razones distintas, que el costo vale la pena.

El nacimiento de la esperanza no es un instante. Es un proceso. Lento, imperfecto, reversible, doloroso. Como todos los nacimientos.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene un retrato sin concesiones del México de 2026: la captura de los tres poderes de la unión, el maximato operado desde Palenque, el Poder Judicial reformado a modo, el Congreso arrodillado al régimen, el crimen organizado durmiendo con el gobierno, la deuda histórica, el sistema de salud en colapso administrado y el sistema educativo desmantelado. Contiene también el asesinato de un periodista, la impunidad de sus asesinos y la única justicia posible: la que llegó desde afuera porque adentro ya no quedaba nadie capaz de producirla. Y contiene, al final de todo, algo que en el México de este tiempo se ha vuelto subversivo: esperanza con argumentos.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El nacimiento de la esperanza

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela política / Thriller de ideas / Resistencia cívica

Extensión: ~38,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 18 capítulos + Epílogo

Ambientación: Ciudad de México / Coatepec, Veracruz / Oaxaca / Guerrero / Nueva York, 2026-2027

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que llevo décadas haciéndome: ¿por qué un país con instituciones, con territorio, con talento humano y con una necesidad urgente de transformación real sigue eligiendo el mesianismo sobre el diseño, la lealtad sobre el mérito, la captura sobre la autonomía?

No es una novela de partido ni de candidato. Es una novela de instituciones: de lo que cuesta no tenerlas y de lo que podría cambiar si las tuviéramos. Sus personajes son ficticios. Su contexto no lo es. Y sus propuestas —el voto secreto y nominal en el Congreso, los senadores sin

filiación partidista, la presidencia desvinculada del partido, la fiscalización autónoma, el servicio civil de carrera, el federalismo real desde el municipio— son mecanismos probados en las democracias que funcionan, no utopías académicas. Son el plano de construcción de un Estado que todavía no existe pero que podría existir. Si se decide que vale la pena construirlo.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

reforma institucional · México · novela política · periodismo · corrupción · poder judicial · Congreso · crimen organizado · extradición · voto secreto · servicio civil · fiscalización · federalismo · resistencia cívica · esperanza · thriller de ideas · novela en español · democracia · instituciones · transformación

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre la corrupción sino sobre el diseño que la hace posible — y sobre las personas que deciden que ese diseño puede cambiarse. A lo largo de sus dieciocho capítulos, *El nacimiento de la esperanza* explora la captura institucional del Estado mexicano como resultado estructural predecible de incentivos mal construidos y no como accidente moral, la reforma del voto legislativo como condición necesaria para que cualquier otra reforma sea posible, la fiscalización autónoma como el mecanismo que diferencia a las democracias que funcionan de las que solo parecen funcionar, el servicio civil de carrera como la memoria institucional que México destruye con cada cambio de gobierno, el federalismo real como la única manera de que la democracia llegue donde el ciudadano puede verla y medirla, y la esperanza como proceso de trabajo y no como estado de ánimo.

CITAS DESTACADAS

"Hay países que se hunden despacio, con la dignidad involuntaria de los naufragios lentos, y hay países que se hunden de golpe, sorprendidos

por su propia velocidad. México lleva casi siete años hundiéndose de las dos maneras al mismo tiempo."

"Lo que Abdías encontró no es una excepción al sistema. Es el sistema funcionando exactamente como fue diseñado para funcionar."

"El sistema produce legisladores que saben que el sistema está mal y que no pueden decirlo sin destruir su carrera. Esa es la trampa perfecta."

"Una reforma imperfecta que mejora el sistema es infinitamente preferible a una perfecta que nunca se aprueba."

"El nacimiento de la esperanza no es un instante. Es un proceso. Lento, imperfecto, reversible, doloroso. Como todos los nacimientos."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *El nacimiento de la esperanza* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y político que le es propio.

Arturo Pérez-Reverte (*El maestro de esgrima*, *La piel del tambor*): la prosa limpia, el personaje que piensa mientras actúa, y la intriga construida sobre ideas y no solo sobre hechos.

Vargas Llosa (*Conversación en La Catedral*, *Historia de Mayta*): la novela política latinoamericana que no renuncia al rigor intelectual ni a la emoción narrativa, y que trata a sus lectores como adultos capaces de sostener ambas cosas a la vez.

Elena Poniatowska (*Nada, nadie*): el periodismo convertido en literatura, la voz de los que no tienen voz construida con la precisión del que sí sabe cómo usarla.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Amado Elías propone que el problema de México no es quién gobierna sino cómo está diseñado el sistema que gobierna. ¿Está usted de acuerdo con ese diagnóstico? ¿Qué implicaciones tiene para la manera en que votamos?

Fernanda Inclán tarda dieciséis meses en decidir qué hacer con los archivos de Abdías. ¿Qué la detiene? ¿Qué la mueve finalmente a actuar? ¿Reconoce en ese proceso algo de lo que usted mismo ha vivido frente a decisiones difíciles?

La justicia por el asesinato de Abdías González de la Garza llega, si llega, desde un tribunal extranjero. ¿Qué dice eso sobre el estado de las instituciones mexicanas? ¿Y qué dice sobre la propuesta de Amado Elías de construir instituciones autónomas que hagan innecesario recurrir a la justicia extranjera?

El voto secreto en el Congreso es la primera propuesta de la plataforma. ¿Por qué cree usted que esa reforma específica ha sido bloqueada por todos los partidos sin excepción? ¿Qué interés protege ese bloqueo?

La carnicera del mercado de Tlalpan aparece dos veces en la novela: en febrero, guardando silencio cuando su amiga cuestiona al régimen; en mayo, llevando una calcomanía de la oposición y diciéndole a Fernanda que mañana va a votar. ¿Qué ocurrió entre esas dos apariciones? ¿Reconoce ese proceso en personas de su entorno?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *El nacimiento de la esperanza*. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *El nacimiento de la esperanza*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *El nacimiento de la esperanza*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la novela genealógica histórica y —como demuestra esta entrega— la novela política de resistencia cívica con propuesta institucional concreta.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

México tiene instituciones que fueron diseñadas para no funcionar. Tiene legisladores que votan lo que su partido les dice aunque crean otra cosa. Tiene fiscales que archivan expedientes que no pueden archivar. Tiene jueces que fallan en la dirección que el poder que los nombró espera que fallen. Tiene auditores que auditan a quienes los nombraron. Y tiene, debajo de todo eso, millones de ciudadanos que pagan el costo de ese diseño todos los días: en agua que no llega, en médicos que no están,

en dinero que desaparece, en periodistas que mueren en carreteras de noche.

Lo que también tiene México — y lo que esta novela intenta documentar — son las personas que deciden que ese diseño puede cambiarse. Que no es inevitable. Que es una consecuencia de decisiones que se tomaron en algún momento y que pueden tomarse de otra manera. Que las reformas que hacen falta no son utopías sino mecanismos probados. Que el trabajo de construirlas es largo e imperfecto y absolutamente necesario.

Esta novela es ese trabajo hecho ficción. Y la ficción, cuando está bien hecha, es otra forma de hacer el trabajo.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1: Dieciséis meses
CAPÍTULO 2: El hombre de Coatepec
CAPÍTULO 3: La paradoja de la coalición
CAPÍTULO 4: El voto que nadie ve
CAPÍTULO 5: El senado sin bandera
CAPÍTULO 6: El diario de la derrota
CAPÍTULO 7: El presidente sin dueño
CAPÍTULO 8: La auditoría que nadie audita
CAPÍTULO 9: Palenque
CAPÍTULO 10: El servicio civil que nunca existió

CAPÍTULO 11: La plataforma
CAPÍTULO 12: El despertar avergonzado
CAPÍTULO 13: La víspera
CAPÍTULO 14: El federalismo que pudo haber sido
CAPÍTULO 15: Lo que Washington no para de encontrar
CAPÍTULO 16: La noche del 6 de junio
CAPÍTULO 17: El inicio del fin
CAPÍTULO 18: Los archivos de Abdías
EPÍLOGO

EL NACIMIENTO DE LA ESPERANZA

Por Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

Ciudad de México, mayo de 2026

Hay países que se hunden despacio, con la dignidad involuntaria de los naufragios lentos, y hay países que se hunden de golpe, sorprendidos por su propia velocidad. México lleva casi siete años hundiéndose de las dos maneras al mismo tiempo: despacio en lo que nadie quiere ver, y de golpe en lo que ya no puede ocultarse.

El panorama de mayo de 2026 no requiere exageración. La realidad lo construyó sola, con la eficiencia brutal de quien no necesita ayuda para producir desastres.

Sonia Shonemberg lleva diecisiete meses en la presidencia de la República. Llegó ahí no por sus méritos —que nadie en este país ha podido identificar con precisión— sino por la voluntad de un hombre que vive en Palenque, Chiapas, y que desde esa geografía conveniente sigue

moviendo los hilos de un gobierno que en el papel ya no le pertenece y que en la práctica nunca dejó de ser suyo.

Pedro Miguel Gómez Labrador gobernó México durante seis años con el método del caudillo moderno: disfrazó el autoritarismo de transformación, envolvió la captura del Estado en retórica de pueblo, y cuando terminó su mandato no se fue. Se acomodó. Construyó lo que los politólogos llaman con eufemismo académico un maximato y que en el lenguaje de la calle se llama por su nombre: un hombre que sigue mandando desde la sombra porque el poder real no se entrega, se disfraza de retiro. Hizo lo que Plutarco Elías Calles en el siglo pasado al término de la revolución mexicana.

El Congreso de la unión es, en mayo de 2026, la extensión más obediente de ese maximato. La bancada mayoritaria en ambas cámaras no delibera. Ratifica. Sus legisladores votan lo que el jerarca a través de su regente y el partido instruyen, aprueban lo que Palenque decide, archivan lo que conviene archivar y convocan lo que conviene convocar.

La figura del legislador independiente, del representante que antepone su conciencia a la disciplina de bancada, es en el México de este año una rareza tan excepcional que cuando ocurre se convierte en noticia. Y la noticia dura dos días antes de que el sistema la absorba o la aplaste según convenga.

El Poder Judicial es el capítulo más reciente y más vergonzoso de la historia de las instituciones mexicanas. La reforma judicial que Gómez Labrador empujó en sus últimos meses de gobierno y que Shonemberg convirtió en realidad fue presentada como democratización. Pero solo fue la captura del otro poder de la república que faltaba.

Los ministros y magistrados elegidos mediante un proceso que el régimen controló desde el diseño hasta la ejecución fallaron, desde el primer día de sus encargos, con una consistencia estadísticamente imposible en la misma dirección: la del poder que los puso ahí. La justicia en México en mayo de 2026 no es ciega. Tiene ojos perfectamente funcionales que miran hacia donde les indican que miren.

Al mismo tiempo fueron cooptados los organismos autónomos que vigilaban los derechos de los ciudadanos y el ejercicio de la función pública. Unos fueron destruidos, otros controlados, los más simplemente cubiertos por la misma élite en el poder para también arrodillarlos al régimen y su nefanda función. Los derechos humanos quedaron reducidos a la voluntad del propio régimen que ahora puede violarlos con total impunidad porque nadie se los reprocha. La información que antes se podía obtener para conocer las acciones de gobierno, ahora es reservada con la monserga de que es por seguridad nacional, que solo es disfraz del cínico ejercicio del gasto público para que México no sepa en qué se gastan realmente sus impuestos.

Y luego está lo demás. Lo que el ciudadano vive en su cuerpo y en su bolsillo sin necesidad de análisis político.

La deuda externa ha alcanzado niveles históricos que ninguna administración anterior había logrado acumular en tan poco tiempo. Las obras faraónicas del régimen —el aeropuerto que nadie necesitaba donde lo pusieron, el tren que devastó la selva y que la atraviesa sin pasajeros suficientes para justificar su costo, y que además se descarrila impunemente, la refinería que refina menos de lo que prometió al precio más alto de lo que calculó— se erigen como monumentos a la ideología que confunde el tamaño de la obra con su utilidad.

El sistema de salud pública está en un estado que los médicos que todavía trabajan en él describen, en privado y con la resignación de quien lleva años viendo lo inevitable, como colapso administrado: las formas se mantienen, los hospitales existen, los médicos cobran su salario, pero los medicamentos faltan, los equipos no funcionan, las listas de espera crecen y los pacientes que pueden pagarse otra opción huyen del sistema público con la velocidad de quien escapa de un edificio en llamas.

El sistema educativo está destruido tambien. La calidad de la educación ha descendido en forma estrepitosa y nuestra juventud está amparada con dádivas que no la benefician porque ahora se otorgan becas en forma indiscriminada para ganar la voluntad de los padres y hasta la voluntad futura de los niños. La calidad de las herramientas de enseñanza alcanzaron su máxima desvergüenza con la modificación aleccionadora de los libros de texto gratuito con la farsa de estar creando la llamada “nueva escuela mexicana”, y los sindicatos magisteriales libres y actuando para hacer y deshacer. México ha descendido ya demasiados lugares en el contexto internacional de calidad educativa y todos lo saben, aunque pocos quieren decirlo.

Las relaciones internacionales están en su peor momento desde décadas que nadie vivo recuerda con claridad. El gobierno de Shonemberg heredó de Gómez Labrador el arte de convertir cada fricción diplomática en agravio de soberanía y cada crítica externa en conspiración imperialista. El resultado es un México cada vez más solo en el mundo, con socios comerciales que miden sus palabras antes de hablar y que en privado dicen cosas que no se atreven a decir en público, y con una clase política que interpreta ese aislamiento como independencia y esa soledad como dignidad.

Ahora México solo se relaciona amigablemente con dictaduras como la venezolana, la cubana, la nicaragüense, la brasileña y otras así, defendiendo la proliferación de la izquierda en forma absurda, y criticando a los gobiernos que libremente han escogido otro tipo de gobierno. El gobierno de México paradójicamente pide respeto a su soberanía y proclama la autodeterminación de los pueblos, pero se

entromete en los países que han cambiado de régimen como Bolivia, Perú, Argentina o Ecuador.

La violencia campea. No como fenómeno nuevo —porque México lleva décadas conviviendo con niveles de violencia que deberían ser inaceptables y que la costumbre fue volviendo tolerables— sino como fenómeno diferente en su naturaleza. El crimen organizado en el México de 2026 no opera a pesar del Estado. Opera con él y para él.

Los vínculos entre las estructuras del partido gobernante y las organizaciones criminales que controlan territorios, economías y flujos de personas y mercancías en buena parte del país no son ya una hipótesis periodística ni una acusación de la oposición. Son la conclusión a la que llega cualquier observador honesto que mire los datos con suficiente tiempo y suficiente disposición a ver lo que los datos muestran. El Estado mexicano no perdió la guerra contra el crimen organizado. Decidió, en algún momento que nadie puede fechar con exactitud pero que todos pueden señalar con el dedo, dejar de pelearla. Siguió el consejo milenario de “si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él”. México se unió a ese enemigo, pero con ello puso en manos del crimen a toda la población a la que juró defender.

Sinaloa es el ejemplo más reciente y más brutal de lo que esa decisión produce. Desde hace año y medio, el estado vive una guerra entre facciones del crimen organizado que ha dejado miles de muertos, decenas de miles de desplazados, y una economía regional en ruinas. El gobierno federal observa, emite comunicados, despliega fuerzas que llegan tarde y se van pronto, y en privado —como saben todos aquellos que tienen acceso a esas conversaciones privadas— negocia con las mismas organizaciones que en público dice combatir.

La impunidad no es la ausencia de justicia. Es su sustituto funcional: el acuerdo tácito de que ciertas cosas no se investigan, ciertos nombres no se procesan, ciertas verdades no se dicen en voz alta en ningún tribunal mexicano.

Ese es el panorama de mayo de 2026. Ese es el México en que Fernanda Inclán lleva dieciséis meses cargando la muerte de su maestro Abdías González de la Garza, asesinado en una carretera de Tabasco cuando regresaba de Palenque con información que alguien en ese entramado de poder y crimen consideró suficientemente peligrosa como para matarlo antes de que la publicara.

Ese es el México en que Amado Elías Rodríguez Direni, candidato presidencial derrotado en las elecciones de 2024, regresó a su cubículo en la Universidad Veracruzana y empezó a construir, con la paciencia del que sabe que las ideas correctas sobreviven a las derrotas electorales, la agenda que este país va a necesitar cuando despierte.

Porque en las elecciones de 2024, algo más que una candidatura perdió. La elección de 2024 fue la demostración más documentada y más

impune de lo que el régimen es capaz de hacer para perpetuarse: el aparato del partido en el gobierno desplegó sus recursos sin pudor, los programas sociales fueron el instrumento más eficiente de compra de voluntades que el país ha visto desde el PRI de los años ochenta, y el crimen organizado —que para entonces ya no distinguía entre su agenda propia y la del partido— aportó la coacción que los recursos no alcanzaban a comprar. Y el llamado huachicol fiscal, que no es otra cosa que el contrabando de gasolina, ha significado el más grande robo de la historia para el erario: más de seiscientos mil millones de pesos, fueron desviados para el apoyo de un régimen y de sus más abyectos personajes, con el fin de lograr la continuidad en el poder.

Amado Elías Rodríguez Direni, el candidato de la coalición opositora que propuso no un nuevo mesías sino el desmantelamiento del sistema que hace posibles los mesías, obtuvo el porcentaje que el sistema le permitió obtener. Ni uno más.

Eso fue en 2024. Esto es abril de 2026, y algo acaba de cambiar.

El Departamento de Justicia de los Estados Unidos ha solicitado formalmente la detención con fines de extradición de diez personas con vínculos documentados con el partido en el poder del gobierno mexicano y con las organizaciones criminales que operan en su nombre o con su complicidad. Entre los diez nombres hay un gobernador en funciones, hay un senador de la República y hay ocho funcionarios del gobierno de Sinaloa cuyas acciones durante la guerra entre cárteles que devastó ese estado quedaron registradas en documentos que ningún fiscal mexicano quiso o pudo procesar, pero que un gran jurado en el Distrito Sur de Nueva York procesó con la eficiencia de quien no tiene que pedirle permiso a Palenque para hacer su trabajo.

El gobierno de Shonemberg reaccionó en menos de dos horas con la fórmula conocida: soberanía, injerencia, desacreditación, conspiración. El Congreso local de Sinaloa aprobó una resolución de solidaridad con los funcionarios requeridos. La Fiscalía General de la República ha mantenido silencio. El Poder Judicial Está listo para emitir los amparos preventivos que sean necesarios, para que los abogados de los implicados los presenten en caso necesario, como si alguien los hubiera avisado con anticipación, lo cual probablemente ocurrió.

Pero algo esta vez es diferente. Esta vez los nombres están ahí, con fechas y montos y rutas y testimonios de colaboradores que decidieron que era mejor hablar que esperar. Esta vez la información no puede ser archivada ni clasificada ni perdida en el fondo de un cajón institucional mexicano. Esta vez está en manos de un sistema judicial que no depende del hombre de Palenque para conservar su cargo ni su libertad.

Y esta vez, en un país donde la vergüenza política había sido anestesiada por años de cinismo administrado, algo en la ciudadanía que veía los nombres en las pantallas empezó a moverse con una

lentitud que todavía no tiene nombre pero que Fernanda, que lleva años documentando los síntomas del desastre, reconoce como el primer signo de algo que creía no volver a ver: el inicio del despertar.

Esto es una novela. Sus personajes son ficticios. Su contexto… no lo es.

Lo que el lector tiene en sus manos es la historia de cómo una sociedad que se hundía encontró, en la acción de una fiscalía extranjera y en las ideas de un académico de Coatepec que nadie tomaba en serio, el principio de una razón para no hundirse del todo. No es una historia de redención fácil ni de héroes improbables. Es la historia de lo que cuesta, en un país como México, decir la verdad en voz alta. Y de lo que puede ocurrir cuando suficientes personas deciden, al mismo tiempo y por razones distintas, que el costo vale la pena.

El nacimiento de la esperanza no es un instante. Es un proceso. Lento, imperfecto, reversible, doloroso. Como todos los nacimientos.

Pero esa esperanza parece empezar aquí…y ahora.

CAPÍTULO 1

Dieciséis meses

Ciudad de México, mayo de 2026

—Ya lo viste —dijo Donají Ramos, sin saludar, dejando las bolsas de papel sobre su escritorio y encendiendo la pantalla sin quitarse el abrigo. No era una pregunta.

—Desde las siete —dijo Fernanda.

—¿Cómo llegó a ti?

—Correo anónimo. Servidor suizo.

Donají asintió despacio, con esa expresión que Fernanda conoce bien y que no es exactamente preocupación sino algo más complejo: la de alguien que calcula simultáneamente el valor periodístico de algo y el costo humano de publicarlo.

—Nos llegó lo mismo a tres personas en la redacción —dijo—. Y a otros seis medios que yo sepa. Alguien dentro del sistema judicial norteamericano quiere que esto salga antes de que el gobierno mexicano tenga tiempo de armar una narrativa.

—Ya la tienen armada. Soberanía, injerencia, guerra jurídica, conspiración imperialista. El mismo guion de siempre.

—Sí. Pero esta vez los nombres son distintos. —Donají se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla—. Un gobernador en funciones, Fernanda. Un senador reelecto. Eso no es lo de siempre.

Fernanda lo sabía. Lo había sabido desde la segunda lectura del documento, cuando dejó de entender los hechos y empezó a entender las implicaciones. Había llegado a la redacción antes de que nadie más

esa mañana, encendido las tres pantallas que ocupa en la esquina del fondo, la que da a la calle de Bucareli, y encontrado entre los cuarenta y tres correos nuevos uno con remitente sin nombre y servidor en Suiza. El asunto decía, en inglés: *For your eyes only*, y debajo, en español: *Re: solicitud de extradición del Departamento de Justicia, 30 de abril.* El adjunto era un documento de cuarenta y siete páginas con el lenguaje jurídico preciso y frío que Fernanda aprendió a leer durante los dos años que pasó cubriendo los tribunales federales.

Lo leyó tres veces. En la primera entendió los hechos. En la segunda entendió las implicaciones. En la tercera entendió por qué alguien había decidido mandárselo a ella específicamente.

—¿Y los archivos de Abdías? —dijo Donají.

La pregunta cayó en el silencio de la redacción con un peso que Fernanda sintió en el pecho. Era la pregunta que llevaba dieciséis meses esperando que alguien le hiciera en voz alta.

Dieciséis meses. Así es como Fernanda Inclán mide el tiempo desde aquella madrugada en que Gerardo Ruiz la llamó para decirle que habían encontrado el coche de Abdías en una brecha sin nombre a cuarenta kilómetros de Palenque. Que el coche estaba solo. Que Abdías no estaba. No en años ni en estaciones ni en los ciclos que usa la gente normal. En ese número exacto que no para de crecer y que cada mañana pesa un poco más.

—Hay coincidencias que no son coincidencias —dijo finalmente—. Los mismos nombres en algunos casos. Las mismas rutas de dinero. Lo que él tenía parcialmente documentado, ellos lo tienen completamente probado desde otro ángulo.

—¿Qué tan parcialmente?

—Lo suficiente para que un fiscal en Nueva York pueda conectar los puntos. Que es lo único que importa ahora, porque aquí nadie va a conectar nada. —Fernanda hizo una pausa—. La Fiscalía lleva dieciséis meses sin encontrar líneas de investigación en el asesinato de un periodista cuyo coche apareció a cuarenta kilómetros de Palenque. ¿Qué esperamos que hagan con esto?

—Nada —admitió Donají—. Absolutamente nada.

Lo habían encontrado al día siguiente de la llamada de Gerardo, en una zanja a doscientos metros del coche, con dos impactos de bala que la pericia forense estableció en su informe inicial —el único que se filtró antes de que el expediente fuera clasificado— como disparos a corta distancia, ejecución sumaria. Abdías González de la Garza. Cincuenta y tres años, treinta de oficio, dieciséis premios de periodismo, un libro publicado sobre la infiltración del crimen organizado en los gobiernos municipales del sureste, y una investigación inconclusa que Fernanda tiene en el cajón izquierdo de su escritorio desde hace exactamente

dieciséis meses: tres cuadernos de pasta dura y un disco duro cifrado que llegaron en un sobre sin remitente, con una nota escrita a mano que decía: *La contraseña es la fecha en que te di tu primera libreta. Sabes cuál es.*

Fernanda sabía cuál era. Era el 14 de marzo de 2019. El día en que Abdías le regaló la libreta de pastas negras con una inscripción en la primera página: *Para Fernanda, que todavía no sabe que va a ser la mejor. A.G.G.*

—¿Estás lista para que esos archivos salgan de ese cajón? —dijo Donají.

La pregunta no era solo periodística y ambas lo sabían. Los archivos de Abdías en ese cajón eran lo último que le quedaba de él en forma tangible: su letra, sus fuentes, su manera de ordenar la información, su voz pensando en voz alta a través de los apuntes. Sacarlos y convertirlos en evidencia era necesario y era correcto y era lo que él habría querido. Era también, de alguna manera que Fernanda no había sabido nombrar hasta este momento, la última cosa que podía hacer por él.

—Necesito ir a Coatepec primero —dijo.

—¿Rodríguez Direni?

—Él conocía a Abdías. Y lleva más de un año construyendo algo que creo que tiene que ver con todo esto, aunque todavía no sé exactamente cómo. —Fernanda buscó las palabras—. Donají, lo que el Departamento de Justicia está destapando no es solo un escándalo de corrupción. Es la demostración empírica de por qué el sistema que Rodríguez Direni lleva años queriendo desmantelar produce exactamente esto. Un gobernador coludido con el crimen organizado no es una anomalía. Es el resultado predecible de un diseño institucional que lo hace posible y lo protege. Sin fiscalización autónoma, sin división real de poderes, sin jueces independientes, ese espacio donde el poder político y el crimen se vuelven indistinguibles no es un accidente. Es el diseño funcionando exactamente como fue construido.

Donají la miró durante varios segundos sin decir nada. Afuera, en Bucareli, empezaba el ruido habitual de la mañana. Adentro, la redacción seguía casi vacía, con esa quietud específica de las horas tempranas que Fernanda aprendió a necesitar para pensar con claridad.

—Eso es lo que quiero escribir —dijo Fernanda—. No la nota sobre las extradiciones. La historia de por qué son inevitables mientras el sistema siga siendo lo que es, y de qué tendría que cambiar para que dejaran de serlo.

—Ve a Coatepec —dijo Donají al fin, con la lentitud de quien toma una decisión que ya había tomado antes de que se la plantearan—. Pero lleva todo lo que tengas. Si hay conexión real entre los archivos de Abdías y el expediente de Nueva York, esto no es una nota. Es la

investigación de dieciséis meses con un final que todavía no hemos escrito.

Fernanda descolgó el teléfono y marcó el número del cubículo en el IIESES de la Universidad Veracruzana. Lo tenía guardado desde hacía meses, desde la primera vez que llamó para el perfil que su editor le había encargado con la actitud de quien encarga algo menor: el académico de Coatepec que había obtenido el 11.3% de los votos en la elección de 2024 y que, a diferencia de todos los candidatos derrotados que Fernanda había cubierto, no había desaparecido. Había regresado a su cubículo y había seguido trabajando. Eso, en la política mexicana, era casi un acto subversivo.

El teléfono repicó cuatro veces.

—Doctor Rodríguez Direni —dijo cuando escuchó la voz al otro lado—. Habla Fernanda Inclán, de *Expediente Abierto*.

—Fernanda. —Una pausa breve. El sonido de algo que se dejaba sobre una superficie, una silla moviéndose—. La estaba esperando.

—Vio el documento del Departamento de Justicia.

—Desde temprano. —Otra pausa—. Hay cosas que necesitamos hablar en persona. Cosas que no se dicen bien por teléfono.

—Puedo estar en Xalapa mañana.

—Venga directamente a Coatepec. Tengo clase hasta las dos. A las tres estoy en casa. —Una pausa más, distinta a las otras, con un peso específico—. Traiga los archivos de Abdías, Fernanda.

Ella sintió algo moverse en el pecho.

—¿Cómo sabe que los tengo?

—Porque lo conocía bien —dijo Amado Elías, con la voz tranquila de quien dice algo que para él es simplemente un hecho—. Y porque usted era la única persona en quien él confiaba lo suficiente para dejarlos. Eso lo sabíamos todos los que lo conocíamos de verdad.

Fernanda no respondió de inmediato. Miró el cajón izquierdo del escritorio. Pensó en la nota escrita a mano, en la fecha del 14 de marzo, en la inscripción de la libreta.

—A las tres —dijo.

—A las tres —confirmó él—. Y Fernanda: traiga también su libreta. Vamos a necesitar tomar muchas notas.

Colgó. Donají, que había seguido la conversación desde su escritorio sin fingir que no lo hacía, dijo sin levantar la vista de su pantalla:

—¿Mañana en Coatepec?

—Mañana en Coatepec.

—Bien. —Una pausa—. Ten cuidado en el camino.

No era una despedida habitual entre ellas. Donají no era de las que decían ese tipo de cosas. El hecho de que lo dijera ahora, con esa naturalidad que tenía el peso de algo no dicho, le recordó a Fernanda que el periodismo en México en mayo de 2026 no era solo un oficio. Era una decisión que se renovaba cada mañana y que algunos, como Abdías, habían pagado con la única moneda que no admite devolución.

Antes de guardar el disco duro en la mochila, Fernanda lo conectó una vez más a la computadora portátil secundaria e introdujo la contraseña. Abrió la carpeta que Abdías había etiquetado *Sinaloa-Palenque* y buscó el índice que él siempre construía al inicio de cada investigación: una página con los nombres, las fechas, las rutas, las conexiones que había podido establecer hasta el momento en que dejó de poder establecer más. Lo comparó, por última vez en ese cajón, con las páginas del documento del Departamento de Justicia.

Lo que Abdías había encontrado y pagado con su vida estaba ahí, en el expediente de Nueva York, probado desde afuera con los recursos y la independencia que ninguna institución mexicana tiene o quiere tener. El mismo sistema. El mismo entramado. Los mismos nombres en algunos casos. La diferencia era que a Washington nadie podía matarlo.

Desconectó el disco duro, lo metió en la mochila junto con los tres cuadernos de pasta dura y la libreta de pastas negras. El cajón izquierdo quedó vacío.

Miró ese espacio durante un momento. Era el tipo de vacío que no es ausencia sino liberación: el espacio que deja una cosa cuando por fin va al lugar donde debe estar.

Apagó las pantallas y salió a la calle.

Afuera, en Bucareli, Ciudad de México seguía siendo lo que es siempre: ruidosa, exhausta, indiferente a sí misma con la indiferencia de las ciudades que han visto demasiado para sorprenderse de nada. Las portadas del día no traían todavía el documento del Departamento de Justicia. Lo traerían mañana, cuando los medios que no dependían del régimen tuvieran tiempo de verificarlo y los que sí dependían tuvieran tiempo de recibir la instrucción sobre cómo manejarlo o en qué página enterrarlo.

Fernanda caminó hacia el metro con la mochila al hombro. En la mochila iban los archivos de Abdías, dieciséis meses después de que él los dejara donde sabía que ella los encontraría. En la cabeza iba la voz de Amado Elías diciéndole que la estaba esperando, como si hubiera sabido desde antes que este día iba a llegar y que ella iba a ser quien lo llamara cuando llegara.

Algo que llevaba dieciséis meses quieto se había movido esa mañana. Fernanda no sabía todavía hacia dónde. Pero lo sentía moverse.

Eso, en el México de mayo de 2026, era suficiente para seguir caminando.

CAPÍTULO 2

El hombre de Coatepec

Coatepec, Veracruz, mayo de 2026

El autobús salió de la terminal de oriente a las seis de la mañana con la puntualidad indiferente de las cosas que no saben que están haciendo historia. Fernanda ocupó el asiento de la ventana y durmió hasta Puebla, que es lo que hace siempre en ese tramo porque la autopista entre la Ciudad de México y Puebla no tiene nada que valga la pena ver a esa hora. A partir de Puebla no durmió más. A partir de Puebla el paisaje empieza a cambiar de una manera que ella no ha podido explicarse nunca del todo: el aire se vuelve más denso, más verde, más cargado de algo que tiene que ver con la tierra misma y con lo que la tierra recuerda. Fernanda nació en Xalapa y lleva doce años viviendo en la Ciudad de México y cada vez que regresa a Veracruz siente lo mismo: que una parte de ella que andaba apretada empieza a aflojarse sin pedirle permiso.

Esta vez no se lo permitió. Tenía el disco duro en la mochila y los cuadernos de Abdías y demasiado en qué pensar como para darse el lujo de aflojarse.

Pensó en lo que sabía de Amado Elías Rodríguez Direni y en lo que no sabía. Lo que sabía era lo que cualquiera podía encontrar con una búsqueda básica: cincuenta y cuatro años, originario de Coatepec, doctor en políticas públicas por el Centro de Investigación y Docencia Económicas, profesor del Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores Económicos y Sociales de la Universidad Veracruzana desde hacía veinte años, autor de tres libros sobre administración pública y diseño institucional que circulaban en los círculos académicos y que prácticamente nadie fuera de esos círculos había leído. Candidato presidencial de la coalición opositora en 2024, once punto tres por ciento de los votos, regreso a Coatepec sin drama y sin declaraciones grandilocuentes. Lo que no sabía era más interesante que lo que sabía: por qué un hombre con ese perfil había decidido meterse en una campaña que desde el principio tenía todas las características de una derrota anunciada, y por qué después de perderla había decidido quedarse en lugar de desaparecer como hacen todos los candidatos derrotados en este país.

La primera vez que lo escuchó hablar en público fue en un foro universitario en Monterrey, en mayo de 2024, cuando cubría la campaña con el escepticismo de quien cubre algo menor. Entró al auditorio con la libreta y la actitud y salió con la libreta llena y la actitud con su primera fisura. No fue lo que dijo exactamente. Fue la manera en que lo dijo: con

la paciencia de quien no necesita convencer sino explicar, con la precisión de quien ha pensado cada frase antes de pronunciarla, con esa ausencia total de artificio retórico que en un político habría sido torpeza y en él era otra cosa, algo más parecido al respeto hacia quien escucha. Escribió en la libreta esa noche, en el hotel: *No sé si tiene razón en todo. Sé que no está mintiendo en nada. En este país eso es casi sobrenatural.*

El autobús entró a Coatepec pasadas las once de la mañana con el olor a café que tiene la ciudad desde siempre, ese olor que en Fernanda activa algo anterior a la memoria. Tomó un taxi hasta la dirección que Amado Elías le había dictado por teléfono: una calle empedrada en el centro histórico, una casa de fachada colonial con buganvilias en el portón y una maceta de helechos que alguien había regado esa mañana porque la tierra todavía estaba húmeda. Tocó el timbre. Escuchó pasos adentro. La puerta se abrió.

—Fernanda —dijo Amado Elías, como si llevar su nombre en la boca fuera un hecho y no un saludo.

Era más alto de lo que ella recordaba, o tal vez era el marco de la puerta. Tenía el mismo aspecto que en la campaña: camisa de manga larga sin corbata, pantalón oscuro, el pelo canoso que llevaba siempre un poco más largo de lo que la política suele permitir. Los ojos tranquilos. La expresión de alguien que no tiene prisa porque aprendió hace mucho que la prisa no sirve para las cosas que importan.

—Amado Elías —dijo ella, antes de que él pudiera corregirla.

Él sonrió apenas, con la brevedad de quien aprecia que le ahorren el trabajo, y se hizo a un lado para dejarla pasar.

La casa tenía la temperatura fresca de las casas veracruzanas bien construidas y olía a café y a libros y a madera antigua. La sala estaba ocupada en su mayor parte por libreros que llegaban hasta el techo, con los volúmenes ordenados por algún sistema que solo tenía sentido para quien lo había construido. Sobre la mesa del centro había una taza, un cuaderno abierto y tres carpetas de cartón. Fernanda las miró sin tocarlas.

—¿Trajo los archivos? —dijo él, desde la cocina.

—Los traigo.

—Bien. ¿Café?

—Por favor.

Fernanda se sentó en el sillón que daba a la ventana y sacó su libreta. Escuchó el movimiento en la cocina, el tintineo de las tazas, los pasos de regreso. Amado Elías llegó con dos tazas y dejó una frente a ella antes de sentarse al otro lado de la mesa.

—Abdías me habló de usted varias veces —dijo, sin preámbulo.

Fernanda no esperaba eso. O sí lo esperaba pero no tan pronto.

—¿Se conocían bien?

—Lo suficiente. Nos conocimos hace unos ocho años, en un seminario sobre transparencia gubernamental en la Universidad Iberoamericana. Él había publicado su libro sobre el crimen organizado en los municipios del sureste. Yo acababa de terminar un artículo sobre los mecanismos de captura institucional en los gobiernos locales. Llegamos a las mismas conclusiones desde ángulos distintos. —Hizo una pausa—. Nos vimos unas diez veces después de eso. Nunca fuimos amigos en el sentido habitual. Pero nos leíamos. Nos mandábamos materiales. Compartíamos el diagnóstico.

—¿Qué diagnóstico?

Amado Elías miró su taza un momento.

—Que lo que está destruyendo a México no son los hombres malos que llegan al poder —dijo—. Son las instituciones que hacen posible que los hombres malos lleguen al poder y se queden ahí sin consecuencias. Abdías lo documentaba desde el periodismo. Yo lo analizo desde la teoría institucional. El método es distinto. La conclusión es la misma.

Fernanda anotó eso en la libreta. Él esperó a que terminara.

—Lo que el Departamento de Justicia de Estados Unidos presentó el treinta de abril no me sorprende —continuó—. Me sorprende que haya tardado tanto. Los vínculos entre el partido en el poder y las organizaciones criminales que controlan el sureste no son una hipótesis periodística. Son una arquitectura. Tienen diseño, tienen lógica, tienen historia. Y esa arquitectura fue posible porque en México no existe ningún mecanismo institucional con la autonomía y los recursos suficientes para documentarla y procesarla antes de que se vuelva demasiado grande para tocarse.

—¿Por qué no existe?

—Porque nadie que haya tenido el poder para crearlo ha querido crearlo. —Lo dijo sin amargura, con la neutralidad del médico que describe una patología—. El PRI no lo creó porque no le convenía. El PAN llegó al poder prometiendo que lo crearía y tampoco lo creó porque descubrió que tampoco le convenía. Y el régimen de Gómez Labrador no solo no lo creó sino que desmanteló lo poco que existía, porque un gobierno que duerme con el crimen organizado no puede permitirse tener fiscales autónomos ni jueces independientes ni auditores con dientes reales.

Fernanda dejó de escribir y lo miró.

—¿Está diciendo que el asesinato de Abdías era predecible?

Amado Elías no respondió de inmediato. Miró por la ventana hacia la calle empedrada, donde una mujer mayor cruzaba despacio con una bolsa del mercado. Cuando volvió la vista, su expresión era la misma de siempre pero con algo diferente en el fondo, algo que Fernanda tardó un momento en identificar como dolor contenido.

—Estoy diciendo que en un sistema con fiscalización autónoma real, con jueces independientes, con un servicio civil de carrera que proteja a los funcionarios de la presión política, los vínculos que Abdías estaba documentando habrían sido investigados y procesados antes de que se volvieran suficientemente peligrosos como para justificar matarlo. —Hizo una pausa—. No estoy diciendo que el sistema lo mató directamente. Estoy diciendo que el sistema creó las condiciones en las que matarlo era posible, conveniente e impune. Esa es la diferencia entre un crimen y una consecuencia institucional.

Fernanda tardó varios segundos en escribir eso. Cuando terminó, dijo:

—¿Y qué propone cambiar?

Él respondió sin dudar.

—Todo lo que hace posible que el sistema funcione como funciona. —Empezó a contar con los dedos—. El voto de los legisladores, que hoy le pertenece al partido y no al ciudadano que los eligió. La composición del Senado, que replica la disciplina partidista de la Cámara Baja en lugar de representar los intereses territoriales del país. La relación del presidente con su partido desde el primer día de gobierno, que convierte cada peso del presupuesto público en un instrumento electoral. Los mecanismos de fiscalización, que auditan a quien los nombra. El servicio civil de carrera, que no existe en términos reales porque todos los partidos necesitan los cargos públicos para pagar lealtades. Y la distribución real de poder entre la federación, los estados y los municipios, que en papel es un federalismo y en la práctica es una concentración que hace al municipio completamente dependiente del centro.

—Son seis reformas constitucionales —dijo Fernanda.

—Son seis reformas que se sostienen mutuamente. Quitarle una al sistema es debilitarlo. Tenerlas todas es tener, por primera vez en la historia reciente de este país, un Estado diseñado para servir a los ciudadanos en lugar de usarlos.

—¿Y cree que es posible?

La pregunta salió con más escepticismo del que Fernanda pretendía. Amado Elías no pareció molestarse. Era el tipo de pregunta que claramente había escuchado muchas veces.

—¿Posible en abstracto? Sí. Cada una de esas reformas existe, en distintas formas, en democracias que funcionan. No son utopías. Son mecanismos probados. —Se recargó ligeramente en el respaldo de la silla—. ¿Posible en México en el corto plazo? Eso depende de algo que no depende de mí.

—¿De qué depende?

—De si la sociedad mexicana llega a entender, antes de que el daño sea irreversible, que el problema no es quién gobierna. Es cómo está diseñado el sistema que gobierna. Mientras la gente siga creyendo que

el problema es el partido equivocado en el poder, va a seguir buscando el partido correcto. Y el partido correcto no existe. Nunca ha existido. Porque el sistema convierte a todos los partidos, tarde o temprano, en versiones distintas del mismo problema.

Fernanda miró la libreta. Había llenado seis páginas sin darse cuenta. Levantó la vista hacia las carpetas de cartón sobre la mesa.

—¿Qué hay ahí? —dijo.

—El trabajo de los últimos ocho meses. Doce personas: constitucionalistas, especialistas en administración pública, un exlegislador, dos abogadas de organizaciones civiles, un economista. Hemos convertido las propuestas de campaña en iniciativas legislativas concretas, con plazos, con los instrumentos jurídicos específicos que requiere cada una, con un orden de implementación que depende de qué mayorías se necesitan en cada etapa. —Señaló las carpetas—. La primera es el diagnóstico completo. La segunda son las iniciativas. La tercera es el calendario de implementación posible, con distintos escenarios según los resultados de las elecciones legislativas de 2027.

—¿Ya está pensando en 2027?

—Llevo pensando en 2027 desde la noche del dos de junio de 2024 —dijo, con una tranquilidad que no era resignación sino otra cosa, algo más parecido a la convicción de quien sabe exactamente lo que está haciendo y por qué—. La elección presidencial no era el objetivo final. Era el primer paso de un proceso más largo. Perdimos ese paso. Eso no cambia el proceso.

Fernanda lo miró durante un momento. Afuera, en la calle empedrada de Coatepec, el olor a café y a buganvilias y a tierra mojada seguía siendo el mismo de siempre, ajeno e indiferente al peso de lo que se estaba diciendo adentro de esa sala.

—Los archivos de Abdías —dijo finalmente— tienen información que conecta lo que el Departamento de Justicia encontró con estructuras de poder que van más arriba de los diez nombres del expediente.

Amado Elías no se movió. La miró con la misma tranquilidad de siempre.

—Lo sé —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Abdías me mandó un correo tres días antes de ir a Palenque. Me decía que había encontrado algo que cambiaba la escala de todo lo que había investigado hasta entonces. Que no me podía decir más por correo. Que cuando regresara íbamos a tener que hablar. —Una pausa breve—. No regresó.

El silencio que siguió no era incómodo. Era el silencio de dos personas que acaban de confirmar que están paradas en el mismo lugar, mirando la misma cosa, desde el mismo lado.

—Me voy a quedar un día más —dijo Fernanda.

—Le preparo el cuarto de visitas —dijo Amado Elías, y se levantó a buscar más café.

Fernanda extendió la mano y tomó la primera carpeta. La abrió. En la primera página había una sola frase, escrita a mano con letra pequeña y precisa que no era la de Amado Elías sino la de alguien del grupo de trabajo:

El problema no es México. Es el diseño. Y los diseños se cambian.

Fernanda la leyó dos veces. Después sacó la libreta y la copió palabra por palabra. Era el tipo de frase que Abdías habría subrayado.

CAPÍTULO 3

La paradoja de la coalición

Coatepec / Ciudad de México, mayo de 2026

Amado Elías preparó el desayuno con la misma tranquilidad con que hacía todo: sin prisa y sin aspavientos, con los movimientos precisos de quien conoce su cocina de memoria y no necesita pensar en lo que hace para hacerlo bien. Huevos con epazote, frijoles negros, café de olla. Fernanda se sentó a la mesa de la cocina con la libreta abierta y lo observó moverse entre la estufa y el fregadero mientras afuera Coatepec despertaba con el olor a café tostado que la ciudad exhala todas las mañanas como si respirara.

—¿Quién lo propuso como candidato? —dijo ella, sin preámbulo, porque había estado pensando en esa pregunta desde la noche anterior y no encontraba manera elegante de llegar a ella.

Amado Elías no se volvió desde la estufa.

—Malaquías Rentería Osorno —dijo—. Diputado del PAN, presidente de la Comisión de Vigilancia de la Auditoría Superior en la legislatura anterior. Veintiocho años en la política, tres partidos, cero convicciones fijas y una habilidad extraordinaria para sobrevivir a todo.

—¿Y usted aceptó.

—Acepté.

—¿Por qué?

Amado Elías sirvió los huevos en dos platos y los llevó a la mesa antes de responder. Se sentó frente a Fernanda, tomó el café y la miró con esa expresión suya de quien no tiene nada que ocultar precisamente porque ya lo pensó todo antes.

—Porque la alternativa era seguir explicando en el aula lo que el país debería ser mientras el país seguía siendo otra cosa —dijo—. En algún momento esa distancia se vuelve una forma de complicidad que ya no puedes tolerarte. Yo llegué a ese punto.

—¿Y el hecho de que lo propusiera un operador político de tres décadas que nunca ha creído en nada que no le convenga no le pareció una señal de alarma?

—Me pareció exactamente lo que era: una señal de que mis propuestas incomodaban a alguien con suficiente poder como para querer tenerlas controladas. —Comió un momento en silencio—. Rentería no me propuso porque creyera en el programa. Me propuso porque le convenía tener a alguien como yo en la boleta. Alguien sin deudas con nadie, sin militancia, sin historia de compromisos incumplidos. Alguien que le diera a la coalición una coartada de respetabilidad que ellos solos no podían darse.

—Y usted lo sabía desde el principio.

—Desde la primera conversación. Rentería es muchas cosas, pero no es tonto. No intentó ocultarlo. Me dijo, con esa cortesía que usan los operadores cuando en realidad están dando una orden disfrazada de propuesta: "usted tiene las ideas, nosotros tenemos la estructura. Juntos podemos hacer algo que ninguno de los dos puede hacer solo." Lo cual era verdad, por cierto. Solo que lo que él quería hacer y lo que yo quería hacer no era exactamente lo mismo.

—¿Qué quería hacer él?

—Llegar a la elección con un candidato presentable y recuperar espacios legislativos para la coalición. —Amado Elías dejó el tenedor sobre el plato—. Lo que yo quería hacer era instalar en el debate público un conjunto de propuestas que el sistema lleva décadas bloqueando porque le conviene bloquearlas. Usar la campaña no para ganar una elección, que sabía desde el principio que no iba a ganar, sino para que esas ideas llegaran a lugares donde de otra manera no habrían llegado.

Fernanda anotó eso y lo subrayó.

—¿Y funcionó?

—Once punto tres por ciento de los votos —dijo él, con la neutralidad de quien cita un dato—. Tres legisladores que presentaron iniciativas basadas en el programa después de la elección. Grupos universitarios en cinco estados que están trabajando con el documento del grupo de trabajo. Una conversación que no existía antes y que ahora existe, aunque todavía en los márgenes. —Hizo una pausa—. Funcionó en la medida en que podía funcionar. El siguiente paso es 2027.

Fernanda terminó el café. Afuera, por la ventana de la cocina, un pájaro cantó algo breve y preciso en el aguacate del patio.

—Rentería va a querer algo a cambio en 2027 —dijo ella.

—Rentería siempre quiere algo a cambio. Es la única constante de su carrera. —Amado Elías recogió los platos y los llevó al fregadero—. La diferencia entre 2024 y 2027 es que en 2027 las ideas ya no son solo mías. Las firmaron cuarenta y tres organizaciones civiles. Las están

discutiendo en universidades. Las están pidiendo grupos de ciudadanos que no tienen ninguna relación con ningún partido. En ese contexto, lo que Rentería quiera o no quiera se vuelve menos determinante.

Se quedó callado un momento, con las manos en el fregadero, mirando por la ventana hacia el patio.

—El problema de México no es Rentería —dijo—. Rentería es el síntoma. El problema es el sistema que hace de Rentería el único tipo de interlocutor disponible para quien quiera cambiar algo desde adentro.

Amado Elías salió a las nueve rumbo a la universidad. Fernanda se quedó sola en la sala con las tres carpetas de cartón y su libreta y el silencio de Coatepec que a esa hora tiene la textura específica de los lugares donde el tiempo pasa de otra manera.

Abrió la segunda carpeta: las iniciativas legislativas. Eran dieciséis documentos, cada uno con su título, su fundamento constitucional, su exposición de motivos y su articulado. Los leyó despacio, uno por uno, con la misma atención con que leía los expedientes judiciales cuando cubría los tribunales federales, buscando las fisuras, los argumentos débiles, los puntos donde alguien con interés en bloquearlos podría atacarlos.

No encontró muchos. Eran documentos técnicamente sólidos, construidos con la precisión de quien sabe que van a ser sometidos al escrutinio de quienes tienen todo el interés del mundo en encontrarles defectos. La iniciativa sobre el voto secreto y nominal en el Congreso citaba doce precedentes en democracias parlamentarias y presidenciales. La de los senadores sin filiación partidista tenía un análisis comparado de seis modelos distintos. La de la desvinculación presidencial del partido incluía una revisión de todos los argumentos en contra y sus respuestas técnicas.

Pensó en Abdías. En las veces que él le había dicho, con esa paciencia suya de maestro que nunca pierde la calma: *El periodismo sin teoría es anécdota. La teoría sin periodismo es abstracción. Lo que necesitamos es el punto donde los dos se tocan.* Estos documentos eran ese punto, pensó. La teoría con los pies en la tierra. El diagnóstico con nombres y fechas y consecuencias verificables.

Pensó también en la carpeta de *Sinaloa-Palenque* en el disco duro. En los nombres que Abdías había podido documentar parcialmente. En los que el Departamento de Justicia había documentado completamente. En la distancia entre ambos y en lo que esa distancia decía sobre la diferencia entre investigar con los recursos de una fiscalía federal norteamericana y hacerlo con los de un periodista mexicano que trabaja solo y que sabe que si se acerca demasiado alguien va a decidir que es más seguro que no llegue a publicar.

Cerró la carpeta y abrió la libreta en una página nueva.

Escribió: *¿Qué habría podido hacer Abdías si hubiera existido en México lo que Amado Elías propone? Una Fiscalía autónoma que hubiera investigado los vínculos antes de que se volvieran peligrosos. Jueces independientes que hubieran procesado los expedientes. Un servicio civil de carrera que hubiera protegido a los funcionarios que quisieran cooperar. ¿Habría necesitado ir a Palenque? ¿Habría necesitado morir para que la verdad llegara a Nueva York por otra vía?*

Dejó la pregunta sin respuesta porque no tenía respuesta. O sí la tenía y era demasiado simple y demasiado brutal para escribirla: no. No habría necesitado ninguna de las dos cosas.

Amado Elías regresó pasadas las dos de la tarde con una bolsa del mercado y la misma expresión de siempre, que era la expresión de alguien que acaba de dar dos horas de clase sobre administración pública comparada y que podría dar dos horas más sin esfuerzo visible.

—¿Comió algo? —dijo.

—Encontré galletas en la alacena.

—Eso no es comer. —Dejó la bolsa en la cocina y regresó a la sala—. ¿Qué encontró en las carpetas?

—Que son más sólidas de lo que esperaba. —Fernanda cerró la libreta—. También encontré que Rentería va a tener un problema específico con la iniciativa de fiscalización autónoma.

Amado Elías se sentó.

—¿Por qué esa en particular?

—Porque implica revisar contratos de los últimos tres sexenios. Incluido el periodo en que Rentería era presidente de la Comisión de Vigilancia. Si la Auditoría Superior tuviera autonomía real y titulares elegidos por concurso en lugar de por el Congreso, habría expedientes que empezarían a abrirse en lugares incómodos para él.

Amado Elías asintió despacio.

—Lo sé —dijo—. Por eso la iniciativa incluye un artículo transitorio que establece que la revisión de contratos anteriores a la entrada en vigor de la reforma queda sujeta a los plazos de prescripción vigentes. No es una amnistía. Es una concesión técnica que hace la iniciativa políticamente viable sin sacrificar el principio.

—¿Rentería lo sabe?

—Se lo expliqué en enero. Tardó tres días en responder. Cuando respondió dijo que podía vivir con eso.

Fernanda lo miró.

—¿Puede usted vivir con eso?

La pregunta era directa y Amado Elías la recibió sin incomodidad visible.

—Puedo vivir con una reforma imperfecta que mejora el sistema —dijo—. No puedo vivir con una reforma perfecta que nunca se aprueba. Ese es el dilema de quien quiere cambiar cosas desde adentro en lugar de denunciarlas desde afuera. No tiene solución elegante. Solo tiene decisiones.

Fernanda anotó eso. Después guardó la libreta en la mochila junto con las carpetas que Amado Elías le había autorizado a llevarse, y se puso de pie.

—El autobús de las cuatro —dijo.

—Le pido un taxi.

—No hace falta, gracias. —Se echó la mochila al hombro—. Una última pregunta.

—Las últimas preguntas nunca son la última —dijo él, con algo que en otro hombre habría sido una sonrisa y en él era apenas una inflexión en la voz.

—Los archivos de Abdías. Cuando los publique, y voy a publicarlos, el gobierno va a reaccionar. Van a ir contra el medio, contra mí, contra usted si puede conectarlo.

—Lo sé.

—¿Sigue queriendo que los publique?

Amado Elías la miró con esa tranquilidad suya que no era indiferencia sino algo construido con años de trabajo sobre sí mismo.

—Lo que Abdías encontró merece ser publicado —dijo—. Él lo sabía cuando fue a buscarlo. Usted lo sabe ahora que lo tiene. Y yo lo sé desde que recibí su correo hace dieciséis meses. —Hizo una pausa—. La pregunta no es si publicarlo. La pregunta es cuándo y cómo hacerlo de manera que sirva para algo más que un escándalo de tres días.

—¿Y cuándo es ese momento?

—Cuando haya un Congreso dispuesto a hacer algo con lo que la publicación revele —dijo—. Junio de 2027. Si ganamos lo suficiente.

Fernanda asintió. Tomó el taxi que Amado Elías llamó de todas formas, sin pedirle permiso, con esa cortesía suave e irrevocable que era otra de sus constantes.

En el camino a la terminal de autobuses de Xalapa, con las carpetas en la mochila y el disco duro de Abdías y seis páginas nuevas en la libreta, Fernanda miró por la ventana el paisaje veracruzano que ya empezaba a oscurecerse con la velocidad específica del trópico. Pensó en lo que Amado Elías había dicho sobre Rentería y sobre las concesiones técnicas y sobre la diferencia entre una reforma imperfecta que se aprueba y una perfecta que no. Pensó en Abdías, que nunca hacía concesiones técnicas porque el periodismo no funciona así: o se publica lo que se encontró o

no se publica, y las razones para no publicar casi siempre son razones del miedo disfrazadas de prudencia.

Pensó también en algo que no le había dicho a Amado Elías y que no sabía todavía si iba a decirle: que en los archivos del disco duro había una carpeta que Abdías había etiquetado simplemente con una inicial, la letra G, y que Fernanda había abierto una sola vez, hacía catorce meses, y había cerrado de inmediato porque lo que contenía la había dejado sin respiración durante varios minutos. No eran documentos incompletos ni hipótesis sin verificar. Eran nombres, fechas, transferencias bancarias y dos testimonios grabados en audio que apuntaban no solo a los funcionarios del expediente del Departamento de Justicia sino a algo más arriba, mucho más arriba, en la cadena de decisiones que había convertido a Sinaloa en una guerra y a Palenque en una geografía del poder real que nadie en México se atrevía a nombrar en voz alta en ningún tribunal.

Abdías lo había encontrado. Lo había guardado en esa carpeta con una sola letra porque sabía que si ponía el nombre completo y alguien accedía al disco duro antes de que él pudiera publicarlo, la carpeta sería lo primero que borrarían. La inicial era su forma de protegerla. Y su forma de decirle a quien encontrara el disco duro —a ella, porque sabía que iba a ser ella— que ahí estaba lo más importante y lo más peligroso de todo lo que había reunido.

Fernanda lo había abierto una vez. Lo había cerrado. Y desde entonces llevaba catorce meses decidiendo qué hacer con eso.

Amado Elías había dicho: cuando haya un Congreso dispuesto a hacer algo con lo que la publicación revele. Junio de 2027.

Trece meses. Fernanda miró el paisaje oscureciéndose detrás del vidrio del taxi y calculó si era capaz de cargar esa carpeta trece meses más sin que el peso la aplastara.

En la terminal de Xalapa compró un café en vaso de unicel y esperó el autobús sentada en una banca de plástico con la mochila entre los pies. A su lado, una señora mayor dormía con la boca ligeramente abierta y un niño de unos ocho años jugaba con un teléfono viejo sin pantalla táctil, presionando los botones con la concentración absoluta de quien no sabe todavía que el mundo puede ser más complicado de lo que parece.

Fernanda abrió la libreta en la última página escrita y leyó lo que había anotado durante las dos conversaciones con Amado Elías. Al final, debajo de todo, escribió una pregunta que no era para la libreta sino para ella misma:

¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar con esto?

No escribió la respuesta. La respuesta la sabía. La había sabido desde la noche en que encontró la carpeta con la inicial G y la cerró con las

manos temblando. La sabía desde que Abdías le dejó el disco duro en un sobre sin remitente tres días después de que lo mataran. La sabía desde mucho antes, desde aquella mañana en que Abdías le dijo, en su cubículo de la redacción anterior, con esa voz suya que nunca subía el tono porque no lo necesitaba: *El periodismo que no tiene costo no tiene valor. Si no te cuesta nada publicarlo, probablemente no importa.*

El autobús llegó con diez minutos de retraso. Fernanda subió, ocupó el asiento de la ventana y apagó las pantallas del teléfono. Afuera, Xalapa se quedaba atrás con sus luces y su niebla y su olor a tierra mojada que es el olor de todo lo que ella es y de todo lo que todavía no ha decidido ser.

Durmió hasta Puebla, que es lo que hace siempre en ese tramo. Esta vez no durmió de paz. Durmió de cansancio, que es distinto, y soñó con una carpeta que tenía escrita una sola letra y que pesaba, en el sueño, como si adentro hubiera algo vivo que quería salir.

CAPÍTULO 4

El voto que nadie ve

Ciudad de México, junio de 2026

El foro se llamaba, con la solemnidad un poco ridícula de estos eventos, *Diálogo Nacional sobre Reforma Legislativa*, y se celebraba en el auditorio principal de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, un martes por la mañana con asistencia de unos doscientos estudiantes, quince académicos, cuatro legisladores de distintos partidos y un número impreciso de asesores y funcionarios menores que tomaban notas en tabletas con la actitud de quien documenta algo que su jefe le pidió documentar sin explicarle por qué.

Fernanda llegó diez minutos tarde y se sentó en la última fila con la libreta y el café que había comprado en el puesto de la entrada. Desde ahí podía ver la mesa del presídium completa: tres académicos que no reconoció, un legislador del PAN que sí reconoció porque había cubierto su reelección dos años antes, y Amado Elías Rodríguez Direni, que estaba escuchando al orador en turno con la misma atención que Fernanda le había visto poner a todo: total, sin fingimiento, sin el gesto distraído de quien espera su turno para hablar.

Llevaban tres semanas sin verse desde Coatepec. Se habían escrito cuatro correos sobre las carpetas y hablado por teléfono dos veces, conversaciones breves y precisas donde él respondía sus preguntas sobre el documento con la misma economía de palabras con que hacía todo. Esta era la primera vez que Fernanda lo veía en un contexto público desde que había empezado a entender lo que estaba construyendo, y quería ver cómo funcionaba en ese registro: si el hombre que hablaba en los foros era el mismo que desayunaba en la

cocina de Coatepec o si había una versión pública que suavizaba los ángulos.

No los suavizó.

Cuando llegó su turno, Amado Elías se acomodó frente al micrófono sin papeles, sin presentación en pantalla, sin ninguno de los apoyos visuales que los otros ponentes habían usado para ilustrar argumentos que habrían sido más claros sin ilustración. Habló durante veinte minutos. Fernanda llenó siete páginas de la libreta.

—El problema del Congreso mexicano —dijo, con la voz tranquila de quien no necesita subir el tono para que lo escuchen— no es la calidad de sus integrantes. Es el mecanismo que determina cómo votan. Un legislador mexicano vota en público, en tiempo real, con su líder de bancada observando desde la tribuna y con la certeza de que su próxima candidatura depende de la disciplina que demuestre en este momento. En esas condiciones, la pregunta no es si va a votar lo que el partido le indica. La pregunta es si existe alguna circunstancia en que no lo haga. Y la respuesta, en la inmensa mayoría de los casos, es no.

Uno de los legisladores presentes, el del PAN que Fernanda había cubierto, se movió ligeramente en su silla. Ella lo anotó.

—Esto no es una acusación moral —continuó Amado Elías—. Es una descripción de incentivos. El legislador que vota contra su bancada pone en riesgo su futuro político. El que vota con ella lo asegura, independientemente de si la posición de la bancada coincide o no con los intereses de los ciudadanos que lo eligieron. El sistema premia la obediencia y castiga la conciencia. En esas condiciones, pedir legisladores independientes es como pedir que la gente actúe contra su propio interés calculado. No funciona.

—¿Y la solución? —dijo el moderador.

—El voto secreto en el momento de la decisión. El legislador entra a la casilla, vota lo que su conciencia o su análisis le indican, y nadie sabe en tiempo real cómo votó. El partido no puede presionarlo porque no sabe qué va a hacer hasta que ya lo hizo. —Hizo una pausa—. Combinado con el voto nominal publicado después, que permite que el ciudadano sepa cómo votó su representante y pueda pedirle cuentas en la siguiente elección. El partido pierde el control en tiempo real. El ciudadano gana la información a posteriori. El legislador recupera el único recurso que el sistema actual le quitó completamente: la posibilidad de votar con criterio propio sin que eso le cueste la carrera.

El legislador del PAN levantó la mano.

—Doctor Rodríguez Direni, con todo respeto, eso haría imposible la gobernabilidad. Si el partido no puede garantizar los votos de su bancada, el Congreso se convierte en una asamblea caótica donde nadie puede construir mayorías.

Amado Elías lo miró con esa paciencia suya que nunca parecía condescendencia aunque tenía todos los elementos para serlo.

—Permítame preguntarle algo, diputado. ¿Cuántas veces en sus dos periodos legislativos votó usted de manera diferente a la posición oficial de su bancada?

El legislador no respondió de inmediato. En la sala hubo un silencio breve que valía más que cualquier argumento.

—Una vez —dijo finalmente el legislador—. En una iniciativa menor sobre nomenclatura de calles.

—Exactamente. —Amado Elías no subió el tono—. La gobernabilidad que usted defiende es la gobernabilidad del partido, no la del país. Son cosas distintas. Un Congreso donde los legisladores votan con criterio propio no produce caos. Produce negociación real, acuerdos construidos por convicción y no por disciplina, leyes de mejor calidad técnica porque se aprueban después de un debate genuino. Eso existe. Funciona. En Alemania, en Suecia, en el Reino Unido en sus votaciones más significativas. No es una utopía. Es una decisión de diseño.

Fernanda dejó de escribir un momento y observó la sala. Los estudiantes, que hasta ese punto habían seguido el intercambio con la atención dividida que tienen los estudiantes en los foros obligatorios, estaban ahora completamente quietos. Era ese silencio específico que Fernanda había aprendido a reconocer en dos años cubriendo a Amado Elías: el silencio de quien escucha algo que había pensado sin saber que lo pensaba.

Al terminar el foro, mientras los ponentes firmaban libros y los estudiantes formaban corrillos de conversación, Fernanda se acercó al legislador del PAN. Lo conocía lo suficiente para que le respondiera con algo más que el comunicado de prensa.

—Diputado, una pregunta fuera de micrófono.

Él la miró con la expresión cautelosa de quien sabe que nada es realmente fuera de micrófono cuando habla con un periodista.

—Depende de la pregunta.

—¿Alguna vez ha querido votar diferente a su bancada en algo que importara?

El legislador miró hacia donde Amado Elías seguía hablando con un grupo de estudiantes. Después miró a Fernanda.

—Tres veces —dijo, en voz baja—. En la reforma energética de 2013, en la reforma educativa de 2019 y en el presupuesto de salud de 2022. En las tres ocasiones el coordinador de la bancada me llamó la noche anterior para recordarme que el partido había invertido en mi campaña y que esperaba coherencia.

—¿Y votó con la bancada?

—Voté con la bancada.

—¿Y cómo le fue a los ciudadanos de su distrito con esas tres reformas?

El legislador no respondió. Se disculpó con un gesto y se fue hacia el grupo de sus asesores, que ya tenían los abrigos listos y el auto esperando.

Fernanda anotó la conversación completa en la libreta y luego se quedó mirando lo que había escrito. Tres veces en dos periodos. Seis años de carrera legislativa y tres momentos en que este hombre quiso representar a sus electores y decidió no hacerlo porque el partido que lo había puesto ahí no se lo permitía. No era un mal legislador en el sentido habitual. Era un legislador racional en un sistema diseñado para que la racionalidad individual produjera resultados colectivamente desastrosos.

Abdías le había enseñado eso también: que los villanos de las grandes historias institucionales rara vez son monstruos. Son personas comunes atrapadas en sistemas que los convierten en instrumentos de algo que ninguno de ellos eligió individualmente.

Amado Elías llegó hasta donde ella estaba cuando el auditorio ya estaba casi vacío.

—¿Tomó notas? —dijo.

—Siete páginas.

—¿Y el diputado?

—Tres veces en seis años quiso votar diferente. Las tres veces lo llamó el coordinador la noche anterior.

Amado Elías asintió, como si eso confirmara algo que sabía pero que necesitaba escuchar dicho en voz alta.

—¿Sabe cuántas iniciativas presentó ese diputado en sus dos periodos? —dijo.

—No.

—Cuarenta y siete. De las cuarenta y siete, treinta y nueve fueron aprobadas sin modificaciones en menos de cuarenta y ocho horas. Las ocho restantes fueron retiradas por el propio diputado antes de llegar al pleno. —Hizo una pausa—. ¿Sabe por qué las retiró?

—Me lo imagino.

—Porque el coordinador le dijo que no eran el momento. Que había que esperar. Que el partido tenía otras prioridades. —Amado Elías recogió su carpeta de la mesa—. Cuarenta y siete iniciativas. Ninguna derrotada en el pleno. Ninguna modificada por el debate. Ninguna nacida de la deliberación. Eso no es un Congreso. Es un notariado del partido.

Salieron juntos al patio de la Facultad, donde el sol de junio pegaba con esa intensidad blanca que tiene en la Ciudad de México cuando no hay nube que lo modere. Los estudiantes pasaban en grupos, con las

mochilas y las conversaciones de siempre, ajenos o casi ajenos a lo que acababa de discutirse adentro.

—La iniciativa está lista —dijo Amado Elías—. El texto definitivo, con el articulado completo y la exposición de motivos. Necesito que alguien la cubra cuando se presente formalmente en septiembre.

—¿Cuándo en septiembre?

—El quince. Tres legisladores de la coalición opositora la van a presentar simultáneamente en la Cámara de Diputados y en el Senado.

Fernanda anotó la fecha.

—¿Rentería sabe?

—Rentería la revisó en abril. Tardó dos semanas en responder. Cuando respondió dijo que le parecía interesante pero prematura. —Una pausa —. Lo cual en su lenguaje significa que le preocupa pero que no puede oponerse abiertamente sin que quede en evidencia exactamente por qué le preocupa.

—¿Y los tres legisladores que la van a presentar?

—Dos del Partido de Integración Republicana, uno independiente. Los tres la leyeron completa, hicieron preguntas técnicas, propusieron un ajuste menor en el artículo transitorio que mejoraba el texto. Los tres van a asumir el costo político de presentarla aunque saben que no va a aprobarse en esta legislatura.

—¿Por qué lo hacen entonces?

Amado Elías la miró con algo que en otra circunstancia habría podido ser sorpresa, pero que en él era simplemente la expresión de quien encuentra una pregunta más interesante de lo que esperaba.

—Porque en la legislatura de 2027 sí puede aprobarse —dijo—. Y cuando eso ocurra, el expediente legislativo va a mostrar que la iniciativa fue presentada en 2026, que fue bloqueada por el partido en el poder, y que los ciudadanos que en 2027 votaron para cambiar eso, votaron con esa información. La historia de cómo se bloquea una reforma es tan importante como la historia de cómo se aprueba. A veces más.

Fernanda terminó de anotar y levantó la vista. En el patio de la Facultad de Derecho, entre los estudiantes y el sol de junio y el ruido habitual de la universidad, Amado Elías Rodríguez Direni tenía el aspecto de alguien que está exactamente donde debe estar haciendo exactamente lo que debe hacer. No con satisfacción. Con la convicción quieta de quien sabe que el trabajo es largo y que eso no es una razón para no empezarlo.

Fernanda cerró la libreta. Pensó en el legislador que había votado tres veces contra su propia conciencia porque el sistema se lo pedía. Pensó en las cuarenta y siete iniciativas que no habían necesitado debate para aprobarse. Pensó en Abdías, que había muerto documentando las consecuencias de un sistema que producía exactamente eso:

legisladores obedientes, auditorías capturadas, fiscales sin independencia, y en el espacio que todo eso dejaba libre, organizaciones criminales que operaban con la protección de quienes deberían haberlas combatido.

El voto secreto no era una reforma técnica menor. Era la primera pieza de una arquitectura que hacía posible todo lo demás. Sin legisladores que pudieran votar con criterio propio, ninguna de las otras reformas que Amado Elías proponía tendría quién las aprobara aunque hubiera mayoría de ciudadanos que las quisieran.

Eso era lo que el sistema había entendido desde siempre. Por eso la propuesta llevaba décadas siendo bloqueada por todos los partidos sin excepción. Por eso Fernanda iba a escribir sobre ella con todo el espacio que la nota merecía.

Se despidió de Amado Elías en la puerta de la Facultad y caminó hacia el metro con la libreta llena y esa sensación específica que el buen periodismo produce cuando uno lo encuentra: la de que acaba de entender algo que siempre estuvo ahí y que simplemente nadie había dicho con suficiente claridad como para que fuera imposible ignorarlo.

CAPÍTULO 5

El senado sin bandera

Ciudad de México / Oaxaca, julio de 2026

Bernardo Cienfuegos Leal tenía setenta y dos años, dos periodos como senador del PAN, una casa en Coyoacán con jardín y biblioteca, y la tranquilidad moral específica de quien ya no tiene nada que perder porque lo que tenía que perder ya lo perdió hace tiempo y descubrió que sin eso se vive mejor. Lo había buscado Fernanda, no él a ella, después de que Amado Elías mencionara su nombre en una conversación telefónica con la brevedad de quien cita una fuente que sabe que va a ser útil: *Hable con Cienfuegos. Él se lo va a decir mejor que yo porque lo vivió desde adentro.*

Lo vivió desde adentro durante doce años. Senador de 2006 a 2012 y de 2018 a 2024. En el intermedio, consultor privado en asuntos de política pública, que es la manera elegante de decir que los gobiernos y los partidos le pagaban por explicarles lo que ya sabían y que necesitaban que alguien con su trayectoria dijera en voz alta para poder actuar como si acabaran de descubrirlo.

Fernanda llegó a su casa un miércoles por la tarde con la libreta y sin camarógrafo, porque había aprendido que ciertas conversaciones solo ocurren cuando no hay cámara. Cienfuegos la recibió en la biblioteca, que era también su despacho y claramente el lugar donde pasaba la mayor parte de su tiempo: libros en todas las paredes, una mesa de

trabajo cubierta de papeles ordenados con un sistema que solo él entendía, dos sillones de cuero frente a una ventana que daba al jardín.

—Amado Elías me dijo que vendría —dijo, mientras le señalaba uno de los sillones—. Me dijo también que está escribiendo algo importante. No me dijo qué.

—Estoy cubriendo el trabajo del grupo de reforma legislativa —dijo Fernanda—. La plataforma para 2027.

—Ah. —Cienfuegos se sentó en el otro sillón y cruzó las manos sobre el regazo con la actitud de quien está dispuesto a hablar todo el tiempo que haga falta—. ¿Y qué quiere saber de mí?

—Lo que nadie le ha preguntado todavía —dijo Fernanda—. En doce años como senador, ¿cuántas veces votó en contra de la posición oficial de su bancada?

Cienfuegos no respondió de inmediato. Miró hacia el jardín, donde un colibrí visitaba las flores de una bugambilia con la precisión geométrica de los colibríes, que nunca pierden el tiempo en una flor que ya exprimieron.

—Ninguna —dijo finalmente.

—¿Ninguna en doce años?

—Ninguna en doce años. —Lo dijo sin vergüenza ni orgullo, con la neutralidad de quien describe un hecho climático—. Ni una sola vez en ciento cuarenta y cuatro meses de vida legislativa voté en contra de lo que mi bancada había decidido que votaríamos.

Fernanda anotó eso. Cienfuegos la dejó escribir sin interrumpir.

—¿Estuvo siempre de acuerdo con la posición de la bancada? —dijo ella cuando levantó la vista.

—Nunca —dijo él, con la misma neutralidad—. O más exactamente: a veces estuve de acuerdo, a veces no lo estuve, y en ninguno de los dos casos eso determinó cómo voté. Lo que determinaba cómo votaba era otra cosa completamente diferente.

—¿Qué cosa?

Cienfuegos sonrió levemente, con la sonrisa de quien ha esperado que alguien le haga esa pregunta durante mucho tiempo.

—El cálculo —dijo—. El cálculo de lo que me convenía. Que en el sistema legislativo mexicano ese cálculo siempre arroja el mismo resultado: votar con la bancada. No porque uno sea corrupto ni porque carezca de convicciones. Sino porque el sistema está construido de tal manera que votar contra la bancada es el acto más irracional que puede cometer un legislador que quiera tener futuro en la política. Y los legisladores, como todo el mundo, prefieren tener futuro.

Fernanda pensó en el diputado del PAN del foro de la Facultad de Derecho. En sus tres veces. En el coordinador que llamaba la noche

anterior. Cienfuegos estaba describiendo lo mismo desde la perspectiva de alguien que lo había vivido durante doce años sin la incomodidad de las tres veces. Sin la incomodidad, incluso, de haberlo querido hacer diferente.

—¿Alguna vez quiso votar diferente? —dijo.

—Muchas veces. —Cienfuegos lo dijo con la calma de quien ha procesado eso durante años—. La reforma del sistema de pensiones de 2020 tenía un artículo transitorio que en la práctica dejaba sin protección a los trabajadores de la economía informal durante los primeros cinco años de implementación. Lo señalé en la reunión de bancada. Me dijeron que era un ajuste menor que se resolvería en la reglamentación. Voté a favor. El ajuste nunca se resolvió.

—¿Y la reglamentación?

—Está pendiente de revisión desde 2021. —Cienfuegos miró sus manos un momento—. Hay familias en este país que no tienen pensión hoy porque en 2020 yo voté a favor de una reforma que sabía que tenía ese defecto y no lo señalé en el pleno porque mi bancada ya había decidido que la votaríamos a favor. Esa es mi contribución personal al problema que Amado Elías lleva años intentando resolver.

Lo dijo sin dramatismo. Eso lo hacía más pesado.

—¿Por qué me está contando esto? —dijo Fernanda.

—Porque tengo setenta y dos años y ya no me postulo para nada —dijo Cienfuegos, con una sencillez que era también una forma de dignidad tardía—. Y porque Amado Elías tiene razón en lo que propone, aunque nunca lo habría dicho cuando todavía dependía del partido para seguir siendo lo que era.

—¿Qué propone él exactamente, desde su perspectiva?

—Que el Senado deje de ser lo que es y se convierta en lo que debería ser. —Cienfuegos se recostó ligeramente en el sillón—. Lo que es hoy: una segunda cámara de ratificación donde se aprueban las cosas que ya decidió la bancada mayoritaria de la Cámara de Diputados, con la ventaja adicional de que el proceso tarda más y parece más deliberativo aunque no lo sea. Lo que debería ser: una cámara de revisión real, con senadores que representen los intereses territoriales de sus estados y no los intereses organizacionales de sus partidos, con la independencia suficiente para frenar iniciativas mal construidas aunque vengan del partido que los puso ahí.

—¿Es posible con el diseño actual?

—No. —Cienfuegos lo dijo con la rotundidad de quien conoce el mecanismo desde adentro—. Mientras los senadores lleguen al cargo a través de las listas que controlan los partidos, van a votar como los partidos les digan. No hay reforma de reglamento ni código de ética que

cambie eso. El único cambio real es cambiar cómo llegan los senadores al cargo.

—¿Senadores sin filiación partidista?

—Senadores elegidos por su trayectoria y por su capacidad de representar los intereses de su estado, no por su lealtad al partido que los incluyó en la lista. —Cienfuegos asintió—. Sí. Eso es lo que propone Amado Elías y eso es lo que el sistema necesita. Y le voy a decir algo más: todos los senadores con los que he hablado en los últimos dos años, todos sin excepción, saben que el sistema actual está mal. Ninguno lo va a decir en público mientras dependa del partido para su futuro político. Esa es la trampa perfecta: el sistema produce legisladores que saben que el sistema está mal y que no pueden decirlo sin destruir su carrera.

Fernanda llenó tres páginas en silencio. Cuando terminó, dijo:

—¿Usted apoyaría públicamente la iniciativa del grupo de trabajo?

—Ya lo hice —dijo—. Firmé el documento de respaldo en febrero. Junto con otros cuatro exlegisladores y dieciséis académicos. —Hizo una pausa —. El partido me llamó al día siguiente para preguntarme si estaba seguro de lo que hacía. Les dije que sí. No volvieron a llamar.

Dos días después, Fernanda viajó a Oaxaca para buscar a Verónica Salinas Mendoza, directora de una organización civil que llevaba ocho años documentando la brecha entre lo que el Senado prometía en campaña y lo que votaba en el pleno. Tenía treinta y nueve años, una oficina pequeña en el centro histórico con vistas al zócalo, y una base de datos que era, en palabras de Amado Elías, el archivo más honesto sobre el Senado mexicano que existe fuera de los archivos del Senado mismo.

—Bienvenida —dijo Verónica cuando Fernanda llegó, señalando la silla frente a su escritorio donde había un café ya servido—. Amado Elías me avisó que vendría. ¿Por dónde quiere empezar?

—Por los números —dijo Fernanda.

Verónica giró la pantalla de su computadora para que Fernanda pudiera verla. Era una tabla con cuatro columnas: nombre del senador, partido, promesas de campaña relevantes, votaciones en el pleno. Las primeras tres filas eran suficientes para entender lo que Fernanda iba a encontrar en las siguientes doscientas.

—Senador Aurelio Montemayor —leyó Verónica—. Campaña 2018. Prometió votar contra cualquier reforma que incrementara la deuda pública sin aprobación ciudadana. Votaciones en el pleno: a favor de cuatro reformas que incrementaron la deuda pública, ninguna con aprobación ciudadana. —Pasó a la siguiente fila—. Senadora Patricia Guzmán. Campaña 2018. Prometió defender la autonomía del árbitro electoral. Votación en el pleno: a favor de la reforma que redujo su

presupuesto en cuarenta por ciento y eliminó varios de sus órganos de control. —Pasó a la siguiente—. Senador Rodrigo Altamirano. Campaña 2024. Prometió no votar ninguna reforma constitucional sin consulta pública previa. Votaciones en el pleno en los primeros seis meses de su periodo: a favor de tres reformas constitucionales, ninguna con consulta pública.

—¿Cuántos senadores tienen ese patrón en su base de datos? —dijo Fernanda.

—Ciento diecinueve de los ciento veintiocho. —Verónica cerró la tabla—. Los nueve restantes tienen patrones similares pero con menos votaciones documentadas porque llevan menos tiempo en el cargo.

—¿O sea que todos?

—O sea que todos. —Verónica lo dijo sin énfasis, con la neutralidad de quien ha aceptado que ciertos hechos no necesitan dramatismo para ser devastadores—. No es que todos los senadores mexicanos sean deshonestos. Es que el sistema convierte la promesa de campaña en un documento sin valor desde el momento en que el senador toma posesión, porque desde ese momento su único compromiso vinculante es con el partido que lo puso en la lista.

—¿Y qué cambiaría con senadores sin filiación partidista?

—El compromiso vinculante. —Verónica se recargó en su silla—. Un senador que llegó al cargo por su trayectoria y no por su partido tiene que rendirle cuentas a los ciudadanos que lo eligieron, no a una dirigencia que puede sacarlo de la lista en la siguiente elección. Eso no garantiza que vaya a ser perfecto. Garantiza que sus incentivos apuntan en la dirección correcta.

—¿Y los partidos lo van a permitir alguna vez?

Verónica la miró con la expresión de quien considera si una pregunta merece la respuesta obvia o la respuesta útil.

—Los partidos nunca van a permitirlo voluntariamente —dijo—. Ningún partido en la historia de ninguna democracia ha cedido poder de manera voluntaria. Lo ceden cuando el costo de no cederlo supera el costo de cederlo. —Hizo una pausa—. Por eso 2027 importa tanto. Si la oposición obtiene mayoría en el Congreso, el cálculo cambia. No desaparece la resistencia. Pero cambia el cálculo.

Fernanda salió de la oficina de Verónica cuando el zócalo de Oaxaca ya estaba encendido con las luces de la noche y los turistas y los vendedores y ese ruido específico de las ciudades del sur que tienen la habilidad de parecer ajenas a todo lo que ocurre en el resto del país. Caminó hasta el hotel con la libreta llena y el cansancio de dos días de conversaciones que eran también, cada una a su manera, dos días de entender con mayor precisión lo que Amado Elías estaba construyendo y por qué le costaba tanto construirlo.

No era falta de argumentos. Los argumentos estaban todos. Los tenía Cienfuegos desde su biblioteca en Coyoacán. Los tenía Verónica desde su base de datos en Oaxaca. Los tenía Amado Elías desde sus veinte años de investigación académica. El problema no era la ausencia de diagnóstico. Era la ausencia de un Congreso capaz de escucharlo sin que los incentivos del sistema lo obligaran a ignorarlo.

Eso era lo que tenía que cambiar en 2027. Y eso era lo que Fernanda iba a escribir.

Abrió la libreta en la última página y anotó, antes de dormir, la frase que Cienfuegos había dicho casi al final de la conversación en Coyoacán:

El sistema produce legisladores que saben que el sistema está mal y que no pueden decirlo sin destruir su carrera. Esa es la trampa perfecta.

Debajo escribió una sola palabra: *Publicar.*

CAPÍTULO 6

El diario de la derrota

Voz: Amado Elías Rodríguez Direni Coatepec, Veracruz, octubre de 2024 — mayo de 2026

Fernanda Inclán obtuvo acceso a los cuadernos de trabajo de Amado Elías Rodríguez Direni con una condición que él estableció sin negociación posible: publicar únicamente lo que él autorizara expresamente, en el orden que él considerara pertinente, sin contexto adicional que alterara el sentido de lo escrito. Fernanda aceptó porque no tenía otra opción y porque, como le dijo a Donají cuando le explicó el acuerdo, lo que Amado Elías estaba dispuesto a autorizar resultó ser más de lo que ella esperaba encontrar.

Lo que sigue son fragmentos de esos cuadernos, seleccionados y autorizados por su autor, presentados en el orden en que fueron escritos.

---

3 de octubre de 2024. Coatepec.

El resultado final fue de 11.3 por ciento. Lo supe antes de que el Sistema de Resultados Electorales Preliminares lo confirmara porque los números de nuestros representantes de casilla lo mostraban con suficiente claridad desde las ocho de la noche. No hubo sorpresa. Hubo algo más útil: confirmación.

Lo que el 11.3 por ciento confirma es que el techo de lo posible con los recursos que tuvimos, en el tiempo que tuvimos, con la estructura territorial que pudimos construir frente a la maquinaria del partido en el poder más el dinero del crimen organizado que la acompañó sin recato, era exactamente ese. Ni más ni menos. El sistema funcionó como estaba

diseñado para funcionar y produjo el resultado que estaba diseñado para producir.

Eso no es una derrota. Es información.

La pregunta que me hago esta noche, mientras la redacción de concesión que Gustavo Pedraza preparó espera en la mesita de noche sin que yo la haya leído, es cuál es la forma más útil de usar lo que aprendí. No en el sentido sentimental de la pregunta. En el sentido técnico: qué sé ahora que no sabía hace un año, y qué hago con ese conocimiento.

Sé que el 11.3 por ciento representa a personas que escucharon el argumento sobre el diseño institucional y lo encontraron convincente. No a todas. Algunos votaron por la coalición por razones que no tienen nada que ver con el programa. Pero una parte de ese porcentaje escuchó lo que propusimos y decidió que era lo correcto. Eso es el piso. No el techo.

Sé también que las ideas que no ganaron esta elección no desaparecieron con ella. Están en las notas de los estudiantes que asistieron a los foros. En las columnas de los analistas que las discutieron. En los tres legisladores que ya me contactaron para preguntar si puedo asesorarlos en iniciativas específicas. Las ideas sobreviven las derrotas electorales cuando están bien construidas. Estas lo están.

Mañana regreso a Coatepec. Pasado mañana tengo clase a las ocho de la mañana. Eso también es una forma de respuesta.

---

17 de noviembre de 2024. Coatepec.

Primera reunión del grupo de trabajo. Doce personas en la sala de juntas del Instituto. Dos horas de conversación sobre cómo convertir las propuestas de campaña en iniciativas legislativas con posibilidades reales de aprobación en la legislatura de 2027.

La pregunta que más se repitió, formulada de maneras distintas por distintas personas, fue la misma: ¿para qué hacer esto si no sabemos si vamos a tener mayoría en 2027? Mi respuesta fue la misma cada vez: porque si no lo hacemos ahora, no lo vamos a tener listo cuando lo necesitemos. La preparación no depende del resultado. Depende de la decisión de estar listos.

Patricia Guerrero, constitucionalista, señaló que la iniciativa sobre voto secreto necesitaba un análisis más profundo de los precedentes en el derecho comparado para blindarla contra los argumentos de inconstitucionalidad que inevitablemente van a presentar los partidos que se opongan. Tiene razón. Lo agendamos para la siguiente reunión.

Jorge Salcedo, el exlegislador, dijo algo que anoté palabra por palabra porque lo resumía todo mejor que cualquier argumento académico: *El problema no es convencer a los legisladores de que el sistema está mal.*

Todos lo saben. El problema es darles la cobertura política para votar en contra de sus propios intereses de corto plazo. Eso es exactamente lo que estas iniciativas tienen que lograr: construir suficiente presión ciudadana como para que votar a favor de ellas sea más conveniente que votar en contra.

---

8 de enero de 2025. Coatepec.

Recibí hoy el mensaje de Rentería. Dice que el PAN está interesado en respaldar la plataforma para 2027 pero que necesita revisar las iniciativas antes de comprometerse. Que hay algunas que le parecen "políticamente complicadas." Me pide una reunión en febrero.

Sé exactamente cuáles le parecen políticamente complicadas. La de fiscalización autónoma, porque implica revisar contratos de administraciones en las que él tenía responsabilidad de vigilancia y que nunca vigiló como debía. Y la de senadores sin filiación partidista, porque le quita al PAN el control sobre sus propios legisladores del Senado.

Voy a reunirme con él. Voy a escucharlo. Y voy a mantener las dos iniciativas exactamente como están, con los ajustes técnicos que mejoren el texto pero sin las concesiones políticas que él va a pedir y que vaciarían las propuestas de su contenido sustantivo. Si el PAN quiere respaldar la plataforma con esas condiciones, bien. Si no, también. La plataforma no depende del PAN para existir. Puede depender del PAN para aprobarse, que es distinto, y eso lo resolveremos cuando lleguemos a ese punto.

Hay algo que me interesa anotar sobre Rentería, porque creo que ayuda a entender cómo funciona el sistema que queremos cambiar. Malaquías Rentería Osorno no es un hombre corrupto en el sentido vulgar del término. Es un hombre que lleva veintiocho años navegando un sistema cuyas reglas aprendió mejor que nadie y que aplica con una consistencia que en otro contexto podría llamarse integridad. El problema no es Rentería. El problema es que el sistema que él navega con tanta habilidad produce, como resultado natural de su funcionamiento, exactamente los daños que estamos documentando: legisladores sin autonomía, auditorías capturadas, fiscales dependientes, jueces obedientes. Rentería es el producto más acabado de ese sistema. Y paradójicamente es también, por razones que tienen más que ver con sus propios cálculos de poder que con ninguna convicción, uno de los pocos operadores políticos dispuestos a respaldar el programa que podría desmantelarlo.

Esa paradoja es la que define la política real, a diferencia de la política ideal. En la política ideal, las reformas las impulsan quienes creen en ellas. En la política real, las impulsan quienes calculan que les conviene impulsarlas. A veces coinciden. Cuando coinciden, algo puede cambiar.

14 de marzo de 2025. Coatepec.

Hoy es el sexto aniversario de la primera libreta que le regalé a Fernanda Inclán cuando cumplió un año en *Expediente Abierto*. No es una fecha que debería recordar con la precisión con que la recuerdo, pero Abdías me la mencionó en uno de sus correos del año pasado como la contraseña que le había dejado al disco duro, y desde entonces la fecha vive en mi memoria con una claridad que no tenía antes.

Abdías González de la Garza. Llevo cuatro meses pensando en él con una frecuencia que no esperaba. No porque fuéramos amigos cercanos. Porque compartíamos el diagnóstico y porque su muerte es la demostración más brutal y más concreta de por qué ese diagnóstico es correcto.

Lo que Abdías estaba documentando cuando fue a Palenque no era una historia de corrupción individual. Era la arquitectura de un sistema donde el poder político y el crimen organizado se vuelven funcionalmente indistinguibles porque ninguna institución existente tiene la autonomía ni los recursos para documentar esa fusión y actuar sobre ella. Sin fiscalización autónoma real, sin jueces independientes, sin servicio civil de carrera que proteja a los funcionarios que quieran cooperar, el espacio donde esa fusión ocurre no es una anomalía. Es el resultado previsible del diseño.

Abdías encontró ese espacio. Le costó la vida encontrarlo. Y los archivos que dejó están en manos de su alumna, que va a tener que decidir qué hacer con ellos en algún momento que todavía no ha llegado.

No sé cuándo va a llegar ese momento. Sé que cuando llegue va a necesitar que alguien le diga que tiene razón, lo que sea que decida.

---

29 de junio de 2025. Coatepec.

La reunión con Rentería de febrero terminó como esperaba que terminara: con él pidiendo las dos concesiones que yo no podía dar y yo explicándole por qué no podía darlas. Llegamos a un punto intermedio que él llama acuerdo y que yo llamo punto de partida: el PAN va a respaldar la plataforma con las iniciativas incluidas, con la condición de que el artículo transitorio de la iniciativa de fiscalización establezca que la revisión de contratos anteriores a la reforma queda sujeta a los plazos de prescripción vigentes. No es lo que yo habría preferido. Es lo que hace la iniciativa políticamente viable sin destruir su principio central.

Jorge Salcedo, cuando se lo expliqué, dijo: *¿Puede vivir con eso?* Le dije que sí. Me preguntó por qué. Le dije: porque una reforma imperfecta que mejora el sistema es infinitamente preferible a una perfecta que nunca se aprueba. Eso no es una renuncia a los principios. Es entender que los principios se implementan en el mundo real, no en los cuadernos.

Lo anoté aquí porque quiero recordarlo cuando, inevitablemente, alguien me acuse de haber traicionado el programa por política. La concesión está documentada. Sus razones también. El sistema que queremos construir tiene que ser capaz de absorber concesiones técnicas sin perder su dirección. Si no puede hacer eso, no es un programa político. Es un deseo.

---

2 de octubre de 2025. Coatepec.

Un año desde la derrota. Lo conmemoro como lo que fue: una etapa completada, no una historia terminada.

El grupo de trabajo tiene doce iniciativas legislativas listas. Cuatro más en proceso. La plataforma formal se va a presentar en noviembre con el respaldo de cuarenta y tres organizaciones civiles. Tres universidades han incorporado el documento al programa de sus cursos de políticas públicas. Dos legisladores de oposición me contactaron esta semana para pedir asesoría técnica sobre las iniciativas que piensan presentar en septiembre.

La derrota electoral no mató las ideas. Las liberó de la campaña, que era un contexto que las comprimía y las simplificaba. Ahora pueden desarrollarse con la profundidad que merecen, en los espacios donde ese tipo de profundidad tiene sentido: las universidades, los grupos de estudio, las organizaciones civiles, las conversaciones de los ciudadanos que empiezan a hacerse las preguntas correctas.

Lo que el 11.3 por ciento sembró está creciendo. Más despacio de lo que quisiera. En la dirección correcta.

---

30 de abril de 2026. Coatepec.

Esta mañana llegó la noticia de la solicitud de extradición del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Diez nombres. Un gobernador. Un senador. Ocho funcionarios de Sinaloa.

Lo primero que pensé, antes de leer los nombres, fue en Abdías.

Lo que él encontró en Palenque está en ese expediente. No todo. Parte. La parte que una fiscalía extranjera pudo documentar con sus propios recursos e independencia. La parte que ninguna institución mexicana quiso o pudo documentar con los recursos e independencia que debería tener y no tiene porque el sistema está diseñado para que no los tenga.

Ese es el argumento más poderoso que el grupo de trabajo podría presentar en cualquier foro. No un análisis académico. No un estudio comparado. Un gobernador en funciones y un senador de la República en un expediente de extradición norteamericano porque en México no hay institución capaz de hacer lo que Nueva York hizo.

Eso es lo que cuesta no tener las reformas que proponemos. Eso es el precio real del diseño defectuoso: no la ineficiencia abstracta ni la corrupción estadística. Abdías González de la Garza muerto en una carretera de Tabasco. Y la justicia por su muerte teniendo que construirse en otro país.

Llamé a Fernanda esta tarde. Contestó al primer tono. Le dije que la estaba esperando.

Sé lo que tiene en el disco duro. Sé que hay una carpeta que todavía no ha decidido qué hacer con ella. Cuando tome esa decisión, va a necesitar saber que es la correcta. Voy a estar ahí para decírselo.

Lo demás, el cuándo y el cómo, lo vamos a resolver juntos.

CAPÍTULO 7

El presidente sin dueño

Ciudad de México, agosto de 2026

El auditorio del Centro de Investigación y Docencia Económicas tenía capacidad para doscientas personas y esa tarde estaba lleno hasta los pasillos. No era un evento público en el sentido habitual: no había convocatoria abierta ni transmisión en línea ni periodistas acreditados salvo Fernanda, que había llegado con la libreta y sin credencial porque Amado Elías la había incluido en la lista como observadora del grupo de trabajo. Lo que había en esa sala era algo más difícil de congregar que el público general: constitucionalistas, exlegisladores de cuatro partidos distintos, directores de organizaciones civiles, dos rectores universitarios, un exministro de la Suprema Corte que había renunciado antes de la reforma judicial y que desde entonces vivía con la tranquilidad incómoda de quien tomó la decisión correcta en el momento correcto y cargará para siempre con las consecuencias de haberlo hecho.

El tema del foro era la propuesta que Amado Elías consideraba la más necesaria y la más improbable de todas las que conformaban la plataforma: la desvinculación formal y jurídica del presidente de su partido político desde el primer día de gobierno.

Fernanda había leído la iniciativa completa tres veces en las semanas anteriores. La conocía lo suficiente para saber que era técnicamente sólida y políticamente explosiva, y que esa combinación era exactamente la razón por la que el foro estaba lleno de personas que en circunstancias normales no compartirían el mismo espacio sin que mediara un conflicto.

Amado Elías presentó el argumento durante cuarenta minutos. Sin papeles, sin apoyos visuales, con la voz tranquila que tenía siempre y que en ese auditorio sonaba distinta: más clara, como si el espacio amplificara no el volumen sino la precisión.

—El problema que estamos discutiendo —dijo— no es moral. No se trata de si el presidente es una buena o mala persona, ni de si su partido tiene o no tiene las intenciones correctas. Se trata de una confusión estructural que el sistema político mexicano ha normalizado hasta el punto de que ya no la vemos: la confusión entre el jefe de Estado y el jefe de partido.

Hizo una pausa. En la sala nadie se movió.

—Cuando el presidente de la República es simultáneamente el líder político de su partido, cada decisión de gobierno tiene dos dimensiones que en teoría deberían ser independientes y que en la práctica son inseparables: la dimensión de política pública, que responde a la pregunta de qué es mejor para el país, y la dimensión electoral, que responde a la pregunta de qué fortalece la posición del partido en la siguiente elección. En un sistema así, el presupuesto público no es solo un instrumento de política económica. Es también un instrumento de construcción de clientelas electorales. El nombramiento de funcionarios no es solo una decisión técnica. Es también una decisión de lealtades políticas. La elección de dónde construir una obra no es solo una evaluación de necesidades. Es también una evaluación de cuántos votos puede producir esa obra en el distrito donde se construye.

—Eso siempre ha sido así —dijo alguien desde la primera fila. Fernanda reconoció la voz: Eduardo Villanueva, exdiputado del Partido de Integración Republicana, conocido por su habilidad para formular objeciones que parecían argumentos pero que en realidad eran defensas del statu quo.

—Exactamente —dijo Amado Elías, sin irritación—. Siempre ha sido así. Y los resultados de que siempre haya sido así están a la vista de todos: un Estado capturado por el partido en turno, recursos públicos usados como instrumentos electorales, políticas públicas diseñadas para ganar elecciones en lugar de resolver problemas, y una corrupción sistémica que no es el producto de la mala voluntad individual sino del incentivo estructural de gobernar para el partido y no para el país. —Miró a Villanueva—. El hecho de que siempre haya sido así no es un argumento en favor de que siga siendo así. Es el diagnóstico del problema que estamos intentando resolver.

Villanueva no respondió. Varios de los asistentes tomaban notas. El exministro de la Suprema Corte, que estaba en el tercer asiento de la segunda fila, tenía los brazos cruzados y una expresión que Fernanda describió en su libreta como la de alguien que escucha confirmar algo que ya sabía pero que necesitaba escuchar dicho en voz alta para terminar de creerlo.

—La propuesta es concreta —continuó Amado Elías—. El presidente, desde el momento en que rinde protesta, queda suspendido de toda militancia activa en su partido. No puede participar en decisiones de

dirigencia, no puede usar la estructura partidista para actividades de gobierno, no puede asistir en carácter de jefe de partido a ningún evento político. Sigue siendo formalmente miembro del partido. Lo que se suspende es el ejercicio activo de esa membresía durante el tiempo que dure su mandato.

—¿Y el apoyo legislativo? —dijo una voz desde el fondo. Fernanda no identificó al interlocutor.

—El apoyo legislativo se construye por negociación, no por disciplina —respondió Amado Elías—. Un presidente que no puede convocar a su bancada y darle instrucciones de voto tiene que convencer a los legisladores de que su propuesta es buena. Tiene que negociar con la oposición cuando su propia bancada no es suficiente. Tiene que construir mayorías por convicción y no por obediencia. —Hizo una pausa—. Sé que eso suena radical. En realidad es lo que la Constitución dice que debe ocurrir y que nunca ha ocurrido porque el sistema paralelo del partido lo impide.

Fernanda observó la sala. Había dos tipos de reacciones: los que tomaban notas con la intensidad de quien está procesando algo nuevo, y los que escuchaban con la inmovilidad de quien está calculando las implicaciones de lo que escucha. Los primeros eran en su mayoría académicos y representantes de organizaciones civiles. Los segundos eran en su mayoría los exlegisladores.

Después de la presentación vino el debate, que duró noventa minutos y que Fernanda cubrió página por página con la velocidad de quien sabe que está documentando algo que va a importar. Los argumentos en contra se concentraban en dos: que la propuesta haría al presidente políticamente impotente frente al Congreso, y que era inconstitucional porque la Constitución no prohíbe al presidente mantener su militancia partidista.

Amado Elías respondió ambos con la misma paciencia.

Al primero: la impotencia política del presidente frente a un Congreso con el que no puede negociar de manera independiente es el resultado de la debilidad del Congreso, no de la fortaleza presidencial. Un presidente que tiene que negociar con legisladores autónomos construye coaliciones reales. Un presidente que puede dar órdenes a su bancada no necesita construir nada. El primero gobierna para todos. El segundo gobierna para los suyos.

Al segundo: la Constitución no prohíbe al presidente mantener su militancia. Tampoco prohíbe que una ley reglamentaria establezca las condiciones bajo las cuales el ejercicio de esa militancia es incompatible con el ejercicio de la presidencia. La misma lógica que impide al presidente ejercer simultáneamente otro cargo público puede aplicarse a la conducción activa de un partido político. No es una reforma

constitucional. Es una ley que desarrolla un principio ya existente en la Constitución: la separación entre el interés público y el interés particular.

Cuando el foro terminó y la sala empezó a vaciarse con la lentitud de las conversaciones que continúan fuera de los auditorios, Fernanda se acercó a Amado Elías, que estaba respondiendo preguntas de tres estudiantes que lo habían rodeado antes de que pudiera recoger sus materiales.

Esperó. Los estudiantes se fueron después de diez minutos. Amado Elías recogió su carpeta y la miró.

—¿Cuántas páginas? —dijo.

—Once —dijo Fernanda.

—¿Y Villanueva?

—Salió antes de que terminara el debate. —Fernanda cerró la libreta—. La objeción de la impotencia presidencial. ¿Cuántas veces la ha escuchado?

—En distintas versiones, unas cuarenta. —Caminaron juntos hacia la salida del auditorio—. Es la objeción más honesta de todas las que recibo, porque revela exactamente lo que los partidos no quieren perder: no es el poder de gobernar. Es el poder de gobernar sin tener que negociar con nadie.

—¿Y cree que es posible convencer a suficientes legisladores de apoyarla en 2027?

—No todos —dijo Amado Elías—. No hace falta que todos la apoyen. Hace falta que los suficientes la apoyen para que se apruebe. Y para eso hace falta que el costo político de oponerse sea mayor que el costo político de apoyarla. —Hizo una pausa—. Eso depende de cuánto sepa la ciudadanía sobre lo que cuesta no tenerla.

—¿Y cuánto cuesta no tenerla?

Amado Elías se detuvo un momento antes de salir a la calle. Miró a Fernanda con esa expresión suya que no era calculada sino genuinamente reflexiva, la de quien busca la manera más precisa de decir algo que le importa decir bien.

—Le cuesta a la ciudadanía exactamente esto —dijo—: un gobierno que usa el presupuesto público para pagar la deuda con el partido que lo puso ahí. Programas sociales diseñados para construir clientelas electorales en lugar de resolver necesidades reales. Nombramientos de funcionarios basados en lealtad partidista en lugar de competencia técnica. Obras construidas donde producen votos en lugar de donde son necesarias. Y al final de todo, cuando el partido y el crimen organizado se han fundido en una sola estructura de poder, un gobernador en un expediente de extradición y un periodista muerto en una carretera de Tabasco. —Volvió a caminar—. Ese es el costo de no tenerla. Cada peso de ese costo lo pagó alguien. Ninguno de ellos eligió pagarlo.

Salieron al sol de agosto de la Ciudad de México, que a esa hora tenía la intensidad blanca de siempre, y caminaron en silencio media cuadra hasta donde Amado Elías había dejado su maleta. Fernanda pensó en la carpeta con la inicial G en el disco duro de Abdías. Pensó en los nombres que había en esa carpeta y en cuánto más arriba llegaban de lo que el expediente del Departamento de Justicia había revelado hasta ahora. Pensó en lo que Amado Elías había dicho sobre el costo de no tener la reforma: un gobernador en un expediente de extradición y un periodista muerto en una carretera.

Un periodista muerto en una carretera.

—Amado Elías —dijo.

Él se volvió.

—La carpeta G —dijo Fernanda—. Creo que ya sé cuándo publicarla.

Él la miró durante un segundo. Asintió una sola vez, despacio, con la expresión de quien esperaba esa frase desde hace tiempo y que ahora que llegó no necesita agregar nada más.

—Cuando esté lista —dijo—. No antes.

Fernanda asintió. Caminaron hacia el metro por distintas direcciones, con el sol de agosto encima y la Ciudad de México haciendo lo que hace siempre: seguir adelante, indiferente y necesaria, sin esperar a que nadie le diga que puede.

Esa noche, en la redacción de *Expediente Abierto*, Fernanda escribió durante dos horas el borrador de la nota que publicaría al día siguiente. Era la primera nota larga que escribía sobre la plataforma legislativa de Amado Elías desde los artículos de la campaña de 2024, y sentía la diferencia: entonces escribía sobre un programa de campaña que la mayoría de sus lectores consideraba irrelevante porque el candidato no tenía posibilidades reales de ganar. Ahora escribía sobre un conjunto de iniciativas que tres legisladores iban a presentar en septiembre, que cuarenta y tres organizaciones civiles habían respaldado formalmente, y que un exministro de la Suprema Corte había escuchado en silencio durante noventa minutos con los brazos cruzados y la expresión de quien reconoce una verdad incómoda.

El contexto había cambiado. No porque las ideas fueran diferentes. Porque la realidad que las rodeaba había cambiado: el expediente del Departamento de Justicia con sus diez nombres, la guerra de Sinaloa con sus miles de muertos, el peso en caída, los hospitales sin medicamentos, el sistema educativo desmantelado. Todo eso era el costo acumulado de un diseño institucional que Amado Elías llevaba años describiendo con precisión y que ahora, con la evidencia de dos años del gobierno de Shonemberg sobre la mesa, era más difícil de ignorar de lo que había sido durante la campaña.

Donají se asomó a su escritorio pasadas las diez de la noche.

—¿Cuánto te falta?

—Una hora —dijo Fernanda sin levantar la vista.

—¿Vale la pena la extensión?

Fernanda pensó en el exministro con los brazos cruzados. En Villanueva saliendo antes de que terminara el debate. En los estudiantes que habían rodeado a Amado Elías con preguntas técnicas sobre la iniciativa, no con el entusiasmo de quien sigue a un candidato sino con la curiosidad de quien está evaluando una propuesta.

—Vale la pena —dijo.

Donají asintió y se fue. Fernanda siguió escribiendo.

Lo que estaba documentando no era solo una propuesta de reforma constitucional. Era el proceso lento e imperfecto y absolutamente necesario por el que una sociedad que había sido usada como combustible de un sistema de poder empezaba a construir las herramientas para no serlo más. No era espectacular. No tenía la velocidad de un escándalo ni la claridad de una victoria. Era más parecido a lo que ocurre cuando alguien que lleva años enfermo por fin recibe el diagnóstico correcto: no lo cura. Pero le dice exactamente qué está mal y qué hay que hacer para que mejore.

Eso era lo que Amado Elías estaba haciendo. Y eso era lo que Fernanda, por primera vez desde la muerte de Abdías, sentía que valía la pena documentar con toda la atención que el trabajo merecía.

Publicó la nota a las once y cuarenta y cinco de la noche. Antes de cerrar la computadora, abrió la libreta y escribió debajo de las once páginas del día una sola línea:

El presidente sin dueño. Eso es lo que México nunca ha tenido. Eso es lo que podría tener.

CAPÍTULO 8

La auditoría que nadie audita

Ciudad de México / Guerrero / Oaxaca, agosto-septiembre de 2026

La filtración llegó un lunes por la mañana, otra vez a través del canal cifrado con servidor en Suiza, otra vez de un remitente sin nombre. Esta vez no era un documento de cuarenta y siete páginas sino tres archivos adjuntos: dos hojas de cálculo y un contrato de obra pública con membrete de la Secretaría de Infraestructura del gobierno federal. Fernanda los abrió en la computadora secundaria, los leyó dos veces y llamó a Donají.

—Necesito tres semanas —dijo.

—¿Para qué?

—Para verificar esto.

—¿Qué es?

—El desvío de recursos públicos hacia estructuras del partido. Contratos adjudicados a empresas sin historial en el sector a precios muy por encima del mercado. —Hizo una pausa—. No es la primera vez que alguien nos manda algo así. La diferencia es que estos documentos tienen firmas digitales verificables y los montos son cruzables con información pública del sistema de compras gubernamentales.

—¿Quién los manda?

—Alguien adentro del sistema que está calculando que el barco se hunde —dijo Fernanda—. Y que prefiere estar en la orilla cuando ocurra.

Donají guardó silencio un momento.

—Tres semanas —dijo—. Y no publiques nada sin que yo lo haya leído completo.

Fernanda pasó las siguientes dos semanas haciendo lo que Abdías le había enseñado que era la parte más lenta y más importante del periodismo de investigación: verificar. Cada número contra la base de datos pública de contrataciones gubernamentales. Cada firma digital contra los registros del sistema de autenticación oficial. Cada empresa contra el Registro Público de Comercio. Lo que encontró en ese proceso era más grave que lo que los documentos filtrados mostraban a primera vista, porque los documentos filtrados eran solo la superficie de algo más profundo.

Para entender ese fondo, Fernanda hizo lo que Amado Elías le había enseñado sin proponérselo: buscar no la anécdota individual sino el patrón estructural. Y para encontrar el patrón estructural tuvo que entender primero por qué la Auditoría Superior de la Federación, que en teoría existía exactamente para encontrar ese tipo de patrones, no los había encontrado.

La respuesta la llevó a Guerrero.

El doctor Ignacio Peralta Soto tenía sesenta y un años, veintidós de carrera en el Instituto Mexicano del Seguro Social y una sala de espera en su departamento de la colonia Roma llena de plantas que alguien regaba con regularidad y cuidado. Lo habían removido de su cargo dieciséis meses antes mediante un oficio de tres líneas firmado por un subsecretario cuyo único mérito documentable era haber coordinado la logística de tres mítines de campaña en el Estado de México. Peralta Soto había pasado esos dieciséis meses cuidando sus plantas y esperando que alguien le preguntara lo que Fernanda le preguntó cuando llegó a su departamento una tarde de agosto.

—¿Qué pasó exactamente?

—Lo que pasa siempre —dijo Peralta Soto, con la resignación específica de quien describe algo que ya terminó de sorprenderle—. Cambió el gobierno, cambió el titular de la dependencia, y el nuevo titular

necesitaba los cargos de confianza para sus propias lealtades. Yo era un cargo de confianza con veintidós años de carrera que no le debía nada a nadie del nuevo equipo. Eso me hacía prescindible.

—¿Cuánto tiempo llevaba en ese cargo?

—Doce años coordinando los programas de vigilancia epidemiológica en Guerrero, Oaxaca y Chiapas. Antes de eso, ocho años como médico de zona rural en la Sierra Mixe. —Peralta Soto señaló un mapa enmarcado en la pared, con marcas a mano en varios puntos—. Conozco esos territorios mejor que cualquier funcionario de la Ciudad de México que haya llegado con un nombramiento político y sin haber pisado una comunidad indígena en su vida.

—¿Y su trabajo?

—Mi trabajo era coordinar los programas de vigilancia epidemiológica en tres estados del sureste. Llevo veintidós años construyendo esos protocolos. Sé exactamente dónde están los riesgos, cuándo aparecen, cómo responder. —Hizo una pausa—. Mi sustituta tiene treinta y dos años y una maestría en comunicación política. Es perfectamente capaz en lo que estudió. No tiene ninguna formación en epidemiología.

—¿Le explicaron las razones de la remoción?

—El oficio decía "por necesidades del servicio." Eso es lo que ponen siempre. Cuando llamé al nuevo titular para pedir una reunión, su asistente me dijo que estaba muy ocupado. Cuando insistí, me dijeron que la decisión era definitiva y que no había nada que hablar. —Peralta Soto miró sus manos—. Veintidós años. No hubo ni siquiera una llamada de cortesía.

—¿Y qué pasó con los programas?

—Se están ejecutando de manera fragmentada. Algunos protocolos se interrumpieron porque nadie en el nuevo equipo sabía exactamente para qué servían. Hubo un brote de dengue en Campeche en febrero que se detectó tres semanas tarde porque el sistema de alertas tempranas que yo había construido no estaba siendo monitoreado correctamente. —Peralta Soto miró sus plantas un momento—. No me corrieron por incompetente. Me corrieron porque yo no era de ellos. En este sistema, ser bueno en tu trabajo no te protege si no eres leal al partido.

Fernanda anotó eso y subrayó la última frase. Era la misma que le había dicho Cienfuegos sobre el Senado, aplicada a la burocracia: el sistema convierte la competencia técnica en un atributo irrelevante frente a la lealtad política. Y las consecuencias de esa irrelevancia no eran abstractas. Eran un brote de dengue detectado tres semanas tarde en Campeche y la memoria institucional de veintidós años de trabajo perdida en una firma.

Eso era lo que la Auditoría Superior de la Federación debería haber documentado y sancionado. Y no lo había hecho. Fernanda necesitaba entender por qué.

La respuesta estaba en el diseño, que era también lo que Amado Elías llevaba meses explicando desde el argumento general. Fernanda lo necesitaba desde el argumento concreto. Lo encontró en un despacho de la colonia Polanco, en una conversación con el exauditor superior Rodrigo Macías Villanueva, que había ocupado el cargo entre 2015 y 2021 y que desde su retiro escribía columnas en una revista de análisis político que nadie en el gobierno leía y que todos los que querían entender el gobierno leían.

—La Auditoría Superior no puede hacer su trabajo —dijo Macías Villanueva, con la directitud de quien lleva años diciéndolo y ya no tiene paciencia para los rodeos— porque su titular es elegido por la Cámara de Diputados.

—¿Y eso qué implica?

—Que el auditor que va a revisar los contratos del gobierno fue elegido por la bancada del partido que controla ese gobierno. —Macías Villanueva extendió las manos sobre el escritorio—. No estoy diciendo que el auditor sea deshonesto. Estoy diciendo que su nombramiento depende de la misma fuerza política cuyos contratos tiene que revisar. En esas condiciones, la independencia real es imposible. El mejor auditor del mundo, si quiere conservar su cargo, va a encontrar exactamente los problemas que le permiten encontrar y va a ignorar exactamente los que le piden que ignore. Y probablemente ni siquiera lo va a vivir como corrupción. Lo va a vivir como prudencia.

—¿Y qué propone Amado Elías que es diferente?

—Lo que propone es lo que existe en los países donde la fiscalización funciona. —Macías Villanueva abrió un cajón y sacó un documento que Fernanda reconoció: era una de las iniciativas del grupo de trabajo—. Titular elegido por concurso público con comité ciudadano de selección, mandato escalonado de ocho años que sobrevive los cambios de gobierno, presupuesto autónomo no sujeto a aprobación de la Cámara, publicación obligatoria en tiempo real de todos los contratos gubernamentales mayores de un umbral definido por ley, y sanciones automáticas para funcionarios que no presenten su declaración patrimonial verificable.

—¿Por qué no existe ya?

Macías Villanueva lo miró con la expresión del maestro que escucha la pregunta que esperaba.

—Porque todos los partidos que han gobernado Mexico, sin excepción, han necesitado los contratos públicos para pagar sus compromisos políticos. El PRI los usó durante setenta años. El PAN llegó al poder

prometiendo terminar con eso y los usó durante doce. El partido de Gómez Labrador llegó prometiendo la transformación y los usó con una escala y una impunidad que ninguno de los anteriores había alcanzado. —Hizo una pausa—. La Auditoría Superior con autonomía real es la amenaza más concreta para el sistema de todos los partidos. Por eso todos los partidos, en cuanto llegan al poder, se aseguran de que no la tenga.

Fernanda publicó la investigación en cuatro entregas durante tres semanas de septiembre. La primera entrega presentaba los documentos filtrados con su verificación completa: los contratos adjudicados a empresas sin historial, los montos por encima del mercado, los nombres de los funcionarios firmantes. La segunda reconstruía el caso del doctor Peralta Soto y otros cuatro funcionarios de carrera removidos para dar lugar a operadores sin formación técnica, con las consecuencias medibles de esas remociones en los servicios que coordinaban. La tercera explicaba, con Macías Villanueva como fuente principal, por qué la Auditoría Superior no había encontrado lo que Fernanda había encontrado en tres semanas de trabajo. La cuarta presentaba la iniciativa de Amado Elías como la respuesta estructural al problema que las tres entregas anteriores habían documentado.

La reacción del gobierno llegó en la segunda entrega. Un comunicado de la Secretaría de Gobernación acusando a *Expediente Abierto* de "campaña de desinformación al servicio de intereses políticos de la oposición." Fernanda publicó el comunicado íntegro con una nota al pie que decía: *Los documentos verificados en los que se basa esta investigación están disponibles para consulta pública en el sitio web del medio.*

La tercera entrega produjo algo más grave: una llamada a Donají de un funcionario de la Subsecretaría de Comunicación que sugirió, con la cortesía que se usa para las amenazas que no quieren llamarse amenazas, que la línea editorial de *Expediente Abierto* estaba siendo "monitoreada de cerca" y que sería conveniente "considerar el impacto" de continuar con la serie.

Donají transcribió la llamada palabra por palabra, la verificó con el registro de su propio teléfono y la publicó como parte de la cuarta entrega con un encabezado que Fernanda escribió ella misma: *El gobierno que dice no tener nada que ocultar llama a este medio para pedir que deje de publicar lo que encontramos.*

La serie tuvo más lectores que cualquier investigación que *Expediente Abierto* hubiera publicado en los últimos tres años. Amado Elías la mencionó en dos foros académicos de octubre. Tres organizaciones civiles la citaron en sus comunicados de posicionamiento sobre la reforma a la fiscalización. Y Malaquías Rentería, que había guardado silencio durante toda la publicación, llamó a Fernanda la última semana de septiembre.

—Buen trabajo —dijo, con la brevedad de quien no está acostumbrado a hacer elogios y que cuando los hace los recorta al mínimo indispensable.

—Gracias —dijo Fernanda.

—Una pregunta —dijo Rentería—. Los documentos filtrados. ¿Sabe quién los mandó?

—No —dijo Fernanda. Era verdad.

—Yo sí —dijo Rentería. Y colgó.

Fernanda se quedó mirando el teléfono durante varios segundos. Después abrió la libreta y anotó la conversación completa. Debajo escribió una pregunta que no tenía respuesta todavía: *¿Por qué me lo dijo?*

No lo sabía. Pero sabía, con la certeza que da el oficio cuando se ejerce durante suficiente tiempo, que Rentería no decía nada sin razón. Y que la razón de haberle dicho eso, sin decirle quién, era también una forma de decirle algo más que todavía no alcanzaba a leer del todo.

Lo dejaría reposar. Las preguntas que no tienen respuesta inmediata a veces la tienen si uno les da el tiempo suficiente.

Abdías se lo había enseñado también.

Semanas después, revisando sus notas para la cuarta entrega de la investigación, Fernanda encontró un detalle que en su momento había anotado sin detenerse en él y que ahora, con todo el contexto acumulado, adquiría un peso diferente. En la primera de las hojas de cálculo filtradas, entre los contratos adjudicados a empresas sin historial, había uno de cuarenta y tres millones de pesos para la construcción de un centro de salud en un municipio de Guerrero. El centro de salud nunca se construyó. El dinero sí salió. Y el municipio donde debía construirse era exactamente el municipio serrano donde el doctor Peralta Soto había trabajado ocho años como médico rural antes de ingresar al IMSS.

No era evidencia de nada específico. Era una coincidencia que podía ser exactamente eso, una coincidencia, o podía ser la punta de un hilo que llevaba a algo más. Fernanda la anotó en una carpeta separada con la etiqueta que Abdías le había enseñado a usar para ese tipo de material: *Pendiente de confirmar. No publicar solo.*

Abdías tenía una frase para esas situaciones: *Lo que no puedes probar hoy no desaparece. Espera. La realidad es más paciente que nosotros.*

Fernanda cerró la carpeta y siguió trabajando.

CAPÍTULO 9

Palenque

Coatepec, Veracruz, septiembre de 2026

Fernanda llegó a Coatepec un viernes por la tarde, sin avisar con mucha anticipación, con la mochila y la libreta y el disco duro cifrado y una pregunta que llevaba semanas formulándose de distintas maneras sin encontrar la correcta. Amado Elías la recibió en la puerta con la misma expresión de siempre, como si hubiera calculado la hora exacta de su llegada y simplemente hubiera esperado.

—Pensé que vendría antes —dijo.

—Tuve que terminar la cuarta entrega primero —dijo Fernanda.

—Lo leí todo. —Se hizo a un lado para dejarla pasar—. El encabezado de la última entrega fue perfecto.

Entraron. La casa olía igual que la primera vez: café, libros, madera. La sala tenía el mismo desorden ordenado de los libreros, la misma mesa con papeles y cuadernos. Fernanda dejó la mochila en el sillón y se quedó de pie, porque lo que había venido a decir no se decía bien sentada.

—Necesito hablarle de Palenque —dijo.

Amado Elías no respondió de inmediato. Fue a la cocina, encendió la cafetera y regresó. Se sentó en la silla frente a los libreros y esperó.

Fernanda habló durante casi una hora.

Le contó lo que Abdías fue a buscar a Palenque: los vínculos entre la estructura de poder construida por Pedro Miguel Gómez Labrador y las organizaciones criminales que controlaban el sureste con la protección implícita de quien podía dársela. Le contó los nombres que Abdías había podido documentar parcialmente: funcionarios de segundo y tercer nivel, intermediarios financieros, operadores que servían de puente entre la estructura del partido y las organizaciones. Le contó las rutas del dinero que había reconstruido con paciencia de orfebre durante los meses anteriores a su muerte, que coincidían en puntos específicos con lo que el Departamento de Justicia había probado en su expediente.

Y le contó la carpeta G.

—Abdías la etiquetó solo con la inicial —dijo— porque sabía que si alguien accedía al disco duro antes de que pudiera publicarlo, la carpeta sin nombre sería lo último que buscarían. —Hizo una pausa—. La abrí una vez, hace catorce meses. Lo que hay ahí no son hipótesis ni indicios parciales. Son nombres, fechas, transferencias bancarias y dos testimonios en audio.

—¿De quién? —dijo Amado Elías.

Fernanda lo miró.

—De personas que estuvieron presentes en conversaciones que nunca debieron ocurrir —dijo—. Y los nombres a los que apuntan esas conversaciones no están en el expediente del Departamento de Justicia. Están más arriba. Mucho más arriba.

Amado Elías guardó silencio durante varios segundos. Afuera, en la calle empedrada, pasó un coche con la música a volumen alto que se fue apagando despacio hasta desaparecer. Después solo quedó el silencio de Coatepec y el ruido suave de la cafetera.

—¿Cuánto más arriba? —dijo.

Fernanda no respondió con palabras. Sacó la libreta, abrió una página en blanco y escribió un nombre. Le dio vuelta al cuaderno y lo puso sobre la mesa frente a Amado Elías.

Él lo leyó. Su expresión no cambió. Eso, en un hombre cuya expresión nunca cambiaba ante nada, decía más que cualquier reacción visible.

—¿Los testimonios son verificables? —dijo.

—Uno de ellos habla con nombre completo y cargo. El otro usa seudónimo pero hay elementos de contexto que permiten identificarlo con un nivel de certeza que cualquier fiscal aceptaría como punto de partida.

—¿Y Abdías los tenía verificados?

—Los tenía en proceso de verificación cuando fue a Palenque. Creo que fue a Palenque precisamente para conseguir la confirmación que le faltaba.

Amado Elías asintió despacio. Se levantó, fue a la cocina y regresó con dos tazas. Dejó una frente a Fernanda y se sentó de nuevo.

—Cuénteme todo desde el principio —dijo—. Desde el primer archivo.

Fernanda habló otra hora más.

Le describió la estructura de los archivos en el disco duro: las cuarenta y dos carpetas, el índice que Abdías construía siempre al inicio de cada investigación, los nombres en clave que usaba para las fuentes más sensibles, la carpeta G al fondo de todo, como quien deja lo más importante para cuando uno está seguro de que nadie más está mirando.

Le leyó fragmentos de los cuadernos: las notas de campo de los últimos meses antes de Palenque, las conexiones que Abdías había logrado trazar entre el nivel visible de la corrupción y el nivel que la sostenía desde arriba, la frase que aparecía tres veces en los cuadernos con distintas formulaciones y que en todas decía esencialmente lo mismo: *esto no es la corrupción de un partido. Es la arquitectura de un sistema de poder que usa la corrupción como instrumento.*

Le reprodujo, desde su teléfono con auriculares para que solo él pudiera escuchar, treinta segundos de uno de los dos audios de la carpeta G.

Amado Elías escuchó sin moverse. Cuando terminó, devolvió los auriculares, tomó su taza y bebió en silencio.

—Lo que Abdías encontró —dijo finalmente— no es una excepción al sistema. Es el sistema funcionando exactamente como fue diseñado para funcionar.

—Eso me dijo usted la primera vez que vine —dijo Fernanda.

—Sí. Pero entonces lo decía en abstracto. Ahora lo digo con ese audio en la cabeza. —Hizo una pausa—. La diferencia es considerable.

—¿Qué hago con esto?

Amado Elías la miró con esa expresión que Fernanda había aprendido a leer como la señal de que lo que venía a continuación había sido pensado antes, no improvísado en el momento.

—Lo que Abdías habría hecho —dijo—. Verificar lo que falta. Construir el caso completo. Y publicarlo cuando esté listo, no antes, y de una manera que haga imposible ignorarlo.

—¿Cuándo es eso?

—Cuando el Departamento de Justicia tenga suficiente de su propio expediente como para que lo que publique usted sea la confirmación de algo que ellos ya están investigando, no la primera señal de algo que todavía no conocen. —Hizo una pausa—. Si publica antes, el gobierno va a poder descalificarlo como especulación. Si publica cuando el expediente de Nueva York ya tiene esos nombres en su propia documentación, lo que usted publique se convierte en evidencia pública de algo que una fiscalía independiente ya probó desde otro ángulo. Eso es mucho más difícil de desacreditar.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, el gran jurado sigue trabajando. —Amado Elías dejó la taza—. ¿Tiene contacto con el equipo del fiscal en Nueva York?

—Tengo una abogada que puede establecer el contacto de manera formal.

—Hágalo. Los archivos de Abdías son evidencia en una investigación en curso aunque usted todavía no los haya presentado formalmente. Presentarlos en custodia al equipo del fiscal no es publicarlos. Es protegerlos y ponerlos donde pueden ser útiles antes de que alguien decida que es más conveniente que desaparezcan.

Fernanda miró el disco duro que había sacado de la mochila y puesto sobre la mesa al principio de la conversación. Era un objeto pequeño, negro, de plástico y metal, sin nada exterior que indicara lo que contenía. Catorce meses en el cajón izquierdo de su escritorio. Catorce meses de saber que estaba ahí y de no saber qué hacer con él.

—¿Tiene miedo? —dijo Amado Elías.

La pregunta la tomó por sorpresa porque era la primera vez que él le preguntaba algo que no tenía que ver directamente con la investigación

o con las iniciativas legislativas o con el trabajo. Era la primera vez que le preguntaba algo sobre ella.

—Sí —dijo.

—Bien —dijo Amado Elías—. El miedo es información. Le dice que lo que está haciendo tiene consecuencias reales. El problema no es tener miedo. El problema es dejar que el miedo tome las decisiones que usted debería tomar.

—¿Abdías tenía miedo?

Amado Elías pensó en eso genuinamente, no como figura retórica.

—Sí —dijo—. Me lo dijo en el correo que me mandó tres días antes de ir a Palenque. No en esos términos. Pero estaba ahí entre las líneas. —Hizo una pausa—. Fue de todas formas.

El silencio que siguió no era incómodo. Era el silencio de dos personas que acaban de nombrar algo que las dos sabían desde antes pero que necesitaba ser nombrado para que ocupara el lugar correcto.

—¿Qué voy a necesitar? —dijo Fernanda.

—Tiempo. Paciencia. Una buena abogada en Nueva York, que ya la tiene. Y escribir bien, que también ya lo tiene. —Amado Elías se levantó y fue a apagar la cafetera que había seguido calentando el café sin que ninguno de los dos lo notara—. Lo demás lo va a encontrar en el camino. Así funciona esto cuando se hace bien.

—¿Y usted? —dijo Fernanda—. ¿Qué necesita usted?

Amado Elías se volvió desde la cocina.

—Que en junio de 2027 haya un Congreso dispuesto a hacer algo con lo que usted publique —dijo—. El resto está en manos de los ciudadanos que van a votar ese mes. Y de las personas que, como usted, les den razones suficientes para hacerlo.

Fernanda guardó el disco duro en la mochila. Guardó la libreta. Se levantó.

—Me quedo esta noche —dijo—. El autobús de mañana a las siete.

—Le preparo algo de cenar —dijo Amado Elías, con esa cortesía suya que era también una forma de decir que la conversación más importante había terminado y que ahora podían ser, por unas horas, dos personas comiendo en una cocina de Coatepec sin el peso de todo lo demás encima.

Fernanda asintió y se sentó a la mesa de la cocina con la libreta abierta. Mientras Amado Elías cocinaba con sus movimientos de siempre, precisos y sin apresuramiento, ella escribió en la última página del cuaderno algo que no era una nota periodística sino otra cosa, algo más personal que rara vez se permitía:

Abdías fue a Palenque porque no podía no ir. Eso lo entiendo ahora mejor de lo que lo entendía hace catorce meses. No era valentía en el sentido heroico. Era la incapacidad de vivir con la distancia entre saber algo y no hacer nada con lo que sabes. Yo llevo catorce meses viviendo con esa distancia. Ya no puedo.

Cerró la libreta. Afuera, Coatepec olía a café y a tierra mojada y a buganvilias y a todo lo que Veracruz recuerda sin que nadie se lo pida. Adentro, el olor a comida empezaba a llenar la cocina con la normalidad doméstica de las cosas que ocurren todos los días y que por eso mismo son las más difíciles de destruir.

Cenaron sin hablar mucho, que es la forma más honesta de cenar cuando se acaba de tener una conversación que lo ocupó todo. Amado Elías preparó sopa de lima y tortillas recalentadas en el comal, y pusieron la mesa con la eficiencia silenciosa de dos personas que no necesitan coordinarse porque cada una sabe lo que le toca hacer. Fernanda puso los platos. Él puso las cucharas y el pan.

Cuando se sentaron, él preguntó algo que no tenía nada que ver con Palenque ni con el disco duro ni con el Departamento de Justicia:

—¿Cómo llegó al periodismo?

Fernanda lo miró con la expresión de quien recibe una pregunta que no esperaba en el momento en que menos la esperaba.

—Por Abdías —dijo—. Estudié comunicación en la Universidad Veracruzana. En tercer año tomé su taller optativo de periodismo de investigación. Era el único profesor que trataba el periodismo como si fuera una disciplina con metodología propia y no un oficio que se aprende viendo cómo lo hacen los demás. Al terminar el semestre me preguntó si quería hacer una práctica en el medio donde trabajaba entonces. Dije que sí. Nunca volví a la carrera.

—¿Sus padres?

—Mi madre quería que fuera médica. —Una pausa—. Mi padre murió cuando yo tenía once años. Era maestro de primaria en una comunidad rural de Veracruz. —Miró la sopa—. Creo que por eso me quedé con Abdías. Tenía la misma manera de explicar las cosas que mi padre: como si lo importante no fuera que el alumno aprendiera la respuesta correcta sino que aprendiera a hacerse las preguntas correctas.

Amado Elías asintió, sin comentario, con ese silencio suyo que no era indiferencia sino una forma de escuchar que dejaba espacio para que lo dicho siguiera existiendo sin que hubiera prisa por reemplazarlo con otra cosa.

—¿Y usted? —dijo Fernanda—. ¿Por qué la administración pública?

—Por lo mismo que usted, en el fondo. —Amado Elías partió un trozo de pan—. Crecí en Coatepec. Mi padre era contador del municipio. Toda mi infancia escuché conversaciones sobre por qué ciertas cosas que

deberían funcionar no funcionaban: por qué el agua llegaba a unas colonias y a otras no, por qué ciertas obras se hacían y otras se prometían eternamente, por qué los funcionarios que hacían bien su trabajo eran reemplazados cuando cambiaba el presidente municipal y los que hacían mal su trabajo se quedaban si eran del partido correcto. —Hizo una pausa—. En algún momento decidí que quería entender por qué. No para quejarme. Para entender el mecanismo.

—¿Y lo entendió?

—Suficiente para saber que no es inevitable. Que es una consecuencia de decisiones de diseño que se tomaron en algún momento y que pueden tomarse de otra manera. —Miró su plato—. Eso es lo que más me costó entender al principio: que el sistema no es una fuerza natural. Es un conjunto de reglas que alguien diseñó con ciertos objetivos, y que si los objetivos cambian, las reglas pueden cambiar también. El determinismo político es la forma más cómoda de no hacer nada.

Fernanda anotó eso en la libreta que había dejado abierta junto al plato, con la costumbre ya irrefrenable de quien no puede escuchar algo que vale la pena sin escribirlo.

—¿Le molesta que anote todo lo que dice? —dijo, cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando hacerlo.

—No —dijo Amado Elías—. Me molestaría que no lo hiciera.

Terminaron de cenar. Fernanda lavó los platos mientras él guardaba las sobras, con esa misma eficiencia silenciosa de antes. Después Amado Elías le mostró el cuarto de visitas, que era pequeño y tenía una ventana al patio y una cama con colcha de colores que alguien había tejido a mano y que en ese cuarto sin pretensiones era lo más hermoso de todo.

Fernanda se quedó despierta un rato con la libreta sobre las rodillas y la ventana abierta hacia el patio donde los helechos eran sombras en la oscuridad. Escribió lo que había escrito antes sobre Abdías y la distancia entre saber y no hacer nada. Después escribió algo más:

Amado Elías Rodríguez Direni creció escuchando a su padre hablar de por qué las cosas que debían funcionar no funcionaban. Yo crecí escuchando a mi padre explicarles a sus alumnos de primaria que las preguntas correctas importan más que las respuestas correctas. Abdías nos enseñó a los dos, desde ángulos distintos, que esas dos cosas son la misma cosa.

Mañana llamo a la abogada en Nueva York.

Cerró la libreta y apagó la luz. Afuera, Coatepec dormía con el silencio de los pueblos que saben que mañana van a seguir siendo lo que son, ajenos e indiferentes a las decisiones que se toman en sus casas de noche, con la ventana abierta y los helechos como testigos que no van a decirle a nadie lo que escucharon.

CAPÍTULO 10

El servicio civil que nunca existió

Ciudad de México / Xalapa, octubre de 2026

La llamada a Sandra Pereyra duró cuarenta minutos. Era la abogada que Donají había contactado dos años antes cuando *Expediente Abierto* publicó una investigación sobre contratos militares y recibió la primera amenaza legal formal del gobierno. Pereyra tenía oficina en la Ciudad de México y corresponsal en Nueva York, hablaba inglés con la fluidez de quien lo aprendió trabajando y no en un salón de clases, y tenía la reputación, en los círculos donde ese tipo de reputación importa, de ser la persona a quien llamar cuando el problema era demasiado grande para manejarlo sin alguien que supiera exactamente dónde estaban los límites.

—Lo que me estás describiendo —dijo Pereyra, después de que Fernanda le explicó el contenido del disco duro sin nombrar lo que había en la carpeta G— es evidencia en una investigación activa de una fiscalía extranjera. Eso tiene implicaciones específicas en términos de custodia y de protocolo.

—¿Qué tipo de implicaciones?

—Que si presentas esos archivos de manera formal al equipo del fiscal en Nueva York antes de publicar nada, estás protegida de la acusación de haber interferido con una investigación en curso. Y los archivos quedan bajo custodia legal en una jurisdicción que el gobierno mexicano no puede tocar. —Una pausa—. Si publicas primero sin ese paso, el gobierno puede argumentar que contaminaste el proceso y el fiscal puede distanciarse públicamente de la información aunque la use en privado.

—¿Y el tiempo?

—Puedo establecer el primer contacto con el equipo del fiscal esta semana. El proceso formal de presentación de evidencia puede tomar entre tres y seis semanas dependiendo de cómo respondan. —Otra pausa—. Fernanda, ¿sabes exactamente qué hay en esos archivos?

—Sé lo suficiente.

—Necesito que seas más específica.

Fernanda pensó durante un segundo. Decidió que Pereyra necesitaba saber lo que había en la carpeta G para poder hacer su trabajo correctamente, y que el riesgo de decírselo era menor que el riesgo de que lo descubriera después sin contexto.

Se lo dijo.

Hubo un silencio largo al otro lado de la línea.

—Está bien —dijo Pereyra finalmente, con la voz de quien ha procesado algo importante y ha tomado una decisión—. Llevo tiempo esperando

que alguien llamara con esto. Mándame los archivos esta noche por el canal seguro que te voy a dar. Y no hables de esto con nadie más hasta que yo te diga.

—Con Donají ya hablé.

—Con Donají está bien. Con nadie más.

Fernanda colgó y se quedó mirando el disco duro sobre su escritorio. Después abrió la libreta y anotó la conversación completa, como hacía siempre. Debajo escribió: *El engranaje empieza a moverse. Ya no tiene marcha atrás.*

Esa misma semana, como si el trabajo tuviera la costumbre de acumularse en los momentos en que uno menos puede absorberlo, Amado Elías le pidió que cubriera una sesión del grupo de trabajo dedicada a la iniciativa que él consideraba la más urgente y la menos espectacular de toda la plataforma: el servicio civil de carrera real en la administración pública federal.

—Urgente porque sin ella todas las demás reformas son frágiles —le explicó por teléfono—. Menos espectacular porque la burocracia profesional no produce titulares.

—La produce cuando falla —dijo Fernanda.

—Exactamente. Y eso es parte del problema: solo vemos el servicio civil cuando colapsa. Nunca cuando funciona, porque cuando funciona es invisible. Es el sistema de agua potable de la administración pública: nadie piensa en él hasta que el grifo no da agua.

La sesión fue en la sala de juntas del Instituto un martes por la mañana. Fernanda llegó con la libreta y encontró a nueve de los doce miembros del grupo alrededor de la mesa, con copias de la iniciativa y bolígrafos y esa concentración específica de las personas que llevan meses trabajando en algo y que saben exactamente en qué parte están.

Amado Elías presentó el estado de la iniciativa durante veinte minutos. La propuesta era técnicamente densa pero Fernanda la había leído suficientes veces como para seguirla sin dificultad: ingreso a la administración pública por concurso público verificable, con criterios de selección establecidos por organismos autónomos y no por las dependencias que contratan. Promoción por mérito evaluado con métricas objetivas y revisión periódica. Protección jurídica frente a remoción arbitraria, con un procedimiento específico que requiere causa documentada y revisión independiente. Salarios competitivos definidos por tabuladores públicos. Y un registro nacional de servidores públicos de carrera que hace transparente la trayectoria de cada funcionario y las razones de cada nombramiento y cada remoción.

—El punto más delicado —dijo Amado Elías— es el artículo que establece la proporción de cargos que deben cubrirse por el sistema de carrera versus los cargos de libre designación. Si la proporción es demasiado

alta para la carrera, los partidos van a bloquearla porque perderían demasiados cargos para sus lealtades. Si es demasiado baja, la reforma no cambia nada sustancial.

—¿Dónde está el equilibrio? —dijo Patricia Guerrero, la constitucionalista.

—En el setenta por ciento de carrera para los cargos de dirección hacia abajo, con los cargos de mando superior como excepción de libre designación pero con obligación de publicar los criterios de selección. —Amado Elías señaló el artículo en la iniciativa—. No es perfecta. Es la proporción que los estudios comparados muestran como el umbral mínimo para que el sistema de carrera tenga masa crítica suficiente para resistir las presiones políticas de cada cambio de gobierno.

Jorge Salcedo, el exlegislador, levantó la mano.

—El problema no es la proporción. El problema es la aplicación. ¿Cómo evitamos que los partidos simplemente reclasifiquen los cargos de carrera como cargos de libre designación en cuanto les convenga?

—Con un organismo autónomo de gestión del servicio civil —dijo Amado Elías—, cuyo titular sea elegido por concurso y cuyo presupuesto no dependa de la Cámara de Diputados. Ese organismo tiene la facultad exclusiva de reclasificar cargos, y cualquier reclasificación que no siga el procedimiento establecido es nula de pleno derecho.

—¿Y si el Congreso simplemente reforma la ley?

—Para eso sirve la mayoría calificada que requiere la iniciativa: que reformar el sistema de carrera sea más difícil que crearlo, no más fácil.

El debate siguió durante noventa minutos más. En un momento, una de las abogadas de organizaciones civiles, Claudia Ríos, planteó algo que Fernanda anotó porque ninguno de los académicos lo había dicho con esa claridad:

—El problema del servicio civil en México no es que no exista en papel. Existe. La Ley del Servicio Profesional de Carrera de 2003 lo establece. El problema es que cada gobierno que llegó después encontró la manera de vaciarlo sin derogarlo formalmente.

—¿Cómo? —dijo Fernanda desde su lugar en la esquina.

Todos la miraron. No era habitual que la observadora del medio hiciera preguntas en medio de una sesión de trabajo.

Amado Elías asintió ligeramente, como dándole permiso.

—Ampliando las categorías de cargos de libre designación —dijo Ríos—. En 2003, los cargos de confianza eran una minoría claramente definida. Para 2012, mediante reformas reglamentarias sucesivas, la proporción se había invertido. Para 2018, el sistema de carrera cubría menos del doce por ciento de los cargos que debía cubrir según la ley original. Y el gobierno de Gómez Labrador, en sus primeros seis meses, simplemente dejó de aplicar los concursos de selección abiertos. Sin reforma. Sin

decreto. Solo dejó de hacerlo. —Hizo una pausa—. Eso es lo que hay que blindar con esta iniciativa: no solo el principio, sino los mecanismos que impidan que el principio se vacíe por la vía administrativa sin que nadie lo note.

—¿Y cómo se blinda? —dijo Fernanda.

—Con un organismo autónomo que tenga la facultad exclusiva de certificar que los concursos se realizan conforme al procedimiento establecido —dijo Amado Elías—. Y con una disposición que establezca que cualquier nombramiento realizado sin ese certificado es nulo de pleno derecho y genera responsabilidad personal para el funcionario que lo firmó.

—¿Y si el organismo autónomo es capturado también?

—Para eso sirven los mandatos escalonados, el presupuesto autónomo y los criterios de selección de su titular por comité ciudadano —dijo Amado Elías—. No hay diseño institucional perfecto. Hay diseños que hacen la captura más difícil y más costosa. El objetivo no es la invulnerabilidad. Es que corromper el sistema cueste más de lo que vale.

Fernanda cerró la libreta un momento y pensó en eso. Era la misma lógica que Macías Villanueva había aplicado a la Auditoría Superior. La misma que Cienfuegos había descrito desde el Senado. El mismo principio recorriendo toda la plataforma: no eliminar el incentivo a la corrupción, que es imposible, sino hacer que actuar sobre ese incentivo tenga un costo suficientemente alto para que la mayoría de los actores racionales prefiera no hacerlo.

Era ingeniería, no moralidad. Y eso, paradójicamente, era lo que la hacía más sólida que cualquier apelación a la honestidad individual. Fernanda tomó notas de cada intervención, de cada objeción técnica y de cada respuesta, construyendo en la libreta la arquitectura completa de un problema que antes conocía solo desde la anécdota del doctor Peralta Soto y que ahora empezaba a ver en toda su extensión.

Porque lo que el grupo de trabajo estaba discutiendo no era solo la eficiencia de la administración pública. Era algo más fundamental: la posibilidad de que el Estado mexicano tuviera memoria. Que el conocimiento acumulado por un funcionario experto no desapareciera con cada cambio de gobierno porque ese funcionario había sido reemplazado por alguien sin formación pero con lealtad. Que las políticas públicas pudieran construirse sobre lo que sus predecesoras habían aprendido en lugar de empezar de cero cada seis años con la soberbia del que llega convencido de que todo lo anterior estaba mal.

Al salir de la sesión, Fernanda llamó al doctor Peralta Soto. Contestó al segundo tono.

—Doctor, quiero hacerle una pregunta que no le hice la primera vez que lo visité.

—Dígame.

—Si hubiera existido en México un sistema de servicio civil con las características que le voy a describir —Fernanda leyó del resumen de la iniciativa que había copiado en la libreta—, ¿habría podido removerlo como lo removieron?

Hubo una pausa larga.

—No —dijo Peralta Soto—. Habrían necesitado una causa documentada y una revisión independiente. Y la causa no existía porque mi trabajo era correcto. —Otra pausa—. ¿Está escribiendo sobre esto?

—Sí.

—¿Va a servir de algo?

Era la pregunta más honesta que le había hecho alguien en meses. Fernanda pensó antes de responder.

—No lo sé todavía —dijo—. Pero creo que sí.

—Entonces publíquelo —dijo Peralta Soto—. Y si necesita que firme algo, que testifique algo, que ponga mi nombre en algo, dígame. Ya no tengo cargo que perder.

Fernanda colgó y caminó hacia el metro con el sol de octubre encima, que en la Ciudad de México a esa hora tiene una calidad distinta a la del verano: más suave, con algo de melancolía en el ángulo, como si el año supiera que ya está empezando a terminar.

Pensó en Peralta Soto cuidando sus plantas en el departamento de la Roma. Pensó en Cienfuegos y sus doce años de obediencia sin una excepción. Pensó en Verónica Salinas y su base de datos de ciento diecinueve senadores con el mismo patrón. Pensó en el legislador del foro de la Facultad de Derecho con sus tres veces y su coordinador que llamaba la noche anterior.

Todos eran el mismo sistema visto desde ángulos distintos. Todos eran el costo acumulado de un diseño institucional que premiaba la lealtad y castigaba la competencia, que protegía a quienes obedecían y expulsaba a quienes sabían. Y ese costo no era abstracto ni estadístico. Era Peralta Soto sin trabajo y un brote de dengue detectado tres semanas tarde en Campeche. Era Abdías en una carretera de Tabasco. Era el expediente del Departamento de Justicia con diez nombres que ningún fiscal mexicano había podido o querido procesar.

Eso era lo que Amado Elías llevaba veinte años documentando desde la academia. Lo que Abdías había documentado desde el periodismo hasta que lo mataron por hacerlo. Lo que Fernanda estaba documentando ahora, con los archivos de Abdías en custodia legal en Nueva York y la libreta llena y la certeza, nueva y todavía frágil pero ya irreversible, de que lo que estaba haciendo tenía sentido.

En el metro, de pie entre el ruido y el movimiento habitual de la tarde, sacó la libreta y escribió la primera frase de la nota que publicaría al día siguiente:

El servicio civil de carrera es la reforma que nadie quiere discutir porque sus beneficios son invisibles y sus costos políticos son inmediatos. Esta es la historia de por qué esa invisibilidad le ha costado al país más de lo que cualquiera ha calculado.

La guardó. El metro llegó a su estación. Fernanda salió a la calle con la libreta bajo el brazo y el disco duro en la mochila y la sensación de que el engranaje que había empezado a moverse la semana anterior no iba a detenerse hasta llegar a algún lugar que todavía no podía ver del todo pero que ya podía sentir aproximarse.

CAPÍTULO 11

La plataforma

Ciudad de México / Xalapa, noviembre de 2026 — enero de 2027

El documento se llamaba, con la sobriedad de quien sabe que los títulos grandilocuentes son el primer síntoma de las ideas vacías, *Reconstrucción del Estado de derecho. Agenda legislativa 2027-2030.* No tenía portada con imágenes ni introducción retórica ni dedicatoria a la patria. Tenía un índice, dieciséis iniciativas legislativas y un calendario de implementación con tres escenarios distintos según los resultados de las elecciones de junio de 2027. Ciento cuarenta y dos páginas en total, con notas al pie y referencias al derecho comparado y un apéndice técnico que por sí solo era más riguroso que la mayoría de las iniciativas que el Congreso mexicano había aprobado en los últimos diez años.

Amado Elías lo presentó un martes de noviembre en un foro de organizaciones civiles en la Ciudad de México. No convocó a los medios masivos. Convocó a las personas que iban a tener que usarlo: directores de organizaciones civiles, académicos, abogados constitucionalistas, activistas de derechos ciudadanos, algunos legisladores de oposición que habían pedido asesoría técnica sobre las iniciativas individuales y que ahora veían el documento completo por primera vez. Eran ochenta y tres personas en una sala que tenía capacidad para cien.

Fernanda ocupó el lugar del fondo de siempre, con la libreta abierta y el café de la mañana que ya estaba frío. Escuchó la presentación de Amado Elías con la atención de quien ya conoce el contenido pero que entiende que la forma en que algo se presenta a un público nuevo es tan importante como el contenido mismo. Y observó a la sala con la misma atención: las expresiones de los que escuchaban por primera vez, los gestos de los que reconocían cosas que habían pensado pero no habían visto articuladas de esa manera, el silencio de los legisladores que calculaban en tiempo real el costo político de respaldarlo.

—Lo que tienen en sus manos —dijo Amado Elías, mientras cada asistente sostenía una copia impresa— no es el programa de un partido ni la propuesta de un candidato. Es el resultado de ocho meses de trabajo colectivo de doce especialistas que se hicieron una sola pregunta: qué tendría que cambiar en el diseño institucional del Estado mexicano para que los problemas que estamos viendo no vuelvan a producirse cuando cambie el partido en el poder.

—¿Cuándo cambie? —dijo alguien desde la tercera fila, con un tono que era mitad pregunta y mitad ironía.

—Cuando cambie —repitió Amado Elías, sin ironía y sin certeza excesiva —. No sé si será en 2027 o en 2030 o en 2033. Sé que cambiará. Los sistemas que se sostienen sobre la coerción y el clientelismo tienen fecha de vencimiento. Lo que no sé es qué va a quedar cuando eso ocurra si no construimos ahora las instituciones que deberían existir.

La sala guardó silencio un momento. Después alguien empezó a hacer preguntas técnicas sobre la iniciativa de voto secreto, y el debate se abrió con la intensidad específica de las conversaciones donde la gente tiene algo concreto sobre lo que hablar.

Fernanda cubrió la presentación y el debate durante cuatro horas. Al terminar, mientras los asistentes conversaban en grupos y algunos buscaban a Amado Elías para hablar en privado, se acercó a Valentina Cruz, directora de una organización de transparencia gubernamental que llevaba doce años monitoreando el Congreso.

—¿Qué le pareció? —dijo Fernanda.

Valentina Cruz era una mujer de cuarenta y siete años que tenía la expresión permanente de alguien que ha visto demasiadas cosas prometidas que nunca se cumplieron y que por eso mismo evalúa lo nuevo con una suspicacia que no es cinismo sino supervivencia intelectual.

—Técnicamente sólido —dijo—. Más de lo que esperaba. —Hizo una pausa—. La pregunta no es si las propuestas son correctas. La pregunta es si hay voluntad política suficiente para implementarlas cuando llegue el momento.

—¿Y hay?

—Depende de cuánto presión ciudadana haya detrás. —Valentina miró hacia donde Amado Elías conversaba con tres legisladores—. Las reformas institucionales no las hacen los académicos. Las hacen los políticos cuando el costo de no hacerlas supera el costo de hacerlas. Para que ese costo cambie, la ciudadanía tiene que saber qué está en juego. —Volvió a mirar a Fernanda—. Por eso lo que usted está escribiendo importa tanto como lo que él está proponiendo. Sin periodismo que explique qué son estas reformas y por qué importan, son

documentos que leen cien personas en una sala y que después se archivan.

Fernanda anotó eso. Después fue a buscar a Amado Elías, que había terminado con los legisladores y estaba recogiendo sus materiales con la meticulosidad habitual.

—¿Cómo le pareció? —dijo él antes de que ella preguntara.

—Valentina Cruz dice que técnicamente sólido.

—Valentina Cruz es la persona más exigente que conozco en materia de instituciones. Si ella dice técnicamente sólido, es suficiente por hoy. —Cerró la carpeta—. ¿Y usted?

—Creo que hay algo que falta en la presentación —dijo Fernanda.

Amado Elías la miró.

—¿Qué?

—El costo humano de que esto no exista. —Fernanda abrió la libreta en una página que había marcado—. Usted presentó muy bien qué propone y por qué funcionaría. Pero no presentó con suficiente fuerza qué le cuesta al ciudadano concreto que no exista. No en términos de eficiencia institucional. En términos de vida real.

Amado Elías consideró eso durante un momento.

—Tiene razón —dijo.

—Peralta Soto —dijo Fernanda—. Los protocolos de epidemiología interrumpidos. El dengue detectado tarde. Cienfuegos y sus doce años de obediencia sin una excepción. El senador que prometió defender la autonomía del árbitro electoral y votó para reducirle el presupuesto en cuarenta por ciento. El contrato del centro de salud en Guerrero que nunca se construyó y cuyo dinero sí salió. Todo eso tiene nombre y apellido y son exactamente el tipo de historia que hace que una reforma abstracta deje de ser abstracta.

—¿Está dispuesta a escribirlo así?

—Ya lo estoy escribiendo así. —Fernanda cerró la libreta—. Lo que le estoy diciendo es que en la siguiente presentación pública del documento, alguien debería contarlo desde ese ángulo también. No solo el técnico.

Amado Elías asintió despacio.

—¿Quién? —dijo.

—Peralta Soto —dijo Fernanda—. Si está dispuesto.

—Llámele —dijo Amado Elías—. Si dice que sí, lo incorporamos en febrero.

Peralta Soto dijo que sí en menos de treinta segundos.

El foro de febrero fue distinto al de noviembre. Más gente: ciento cuarenta personas en una sala del Museo de la Ciudad de México que

tenía capacidad para ese número y que estuvo llena desde veinte minutos antes de que empezara. Más prensa: siete medios acreditados además de Fernanda, incluyendo dos cadenas de radio y un canal de noticias que en circunstancias normales no habría enviado a nadie a cubrir un evento sobre reforma legislativa pero que en las circunstancias actuales, con el expediente del Departamento de Justicia creciendo y el gobierno de Shonemberg mostrando sus primeras fracturas visibles, había decidido que valía la pena.

El doctor Peralta Soto habló durante quince minutos antes de la presentación formal del documento. No usó términos técnicos. Habló de sus veintidós años de trabajo. De los protocolos que había construido. Del brote de dengue de febrero. Del oficio de tres líneas. Y de lo que había pensado el día que lo leyó, que era algo muy simple: que en cualquier sistema donde el mérito importara más que la lealtad, ese oficio no habría podido firmarse.

La sala estuvo en silencio mientras habló. Cuando terminó, alguien aplaudió primero y después aplaudieron todos, con ese aplauso específico que no es de entusiasmo sino de reconocimiento: el aplauso de quien acaba de escuchar algo que sabía pero que necesitaba escuchar dicho en voz alta por alguien que lo había vivido.

Fernanda lo anotó todo. Incluyendo una cosa que ocurrió al margen, que nadie más registró y que ella misma tardó un momento en entender: uno de los legisladores que estaban en la sala, el mismo que había asistido al foro de noviembre sin decir nada, se acercó a Amado Elías al terminar y le dijo en voz baja, sin que Fernanda pudiera escuchar las palabras exactas pero sí el tono, algo que hizo que Amado Elías asintiera tres veces seguidas con la expresión de quien recibe una noticia que esperaba.

Después el legislador se fue sin hablar con nadie más y sin hacer declaraciones a la prensa. Fernanda lo siguió con la vista hasta la puerta y después fue a buscar a Amado Elías.

—¿Qué le dijo? —preguntó directamente.

Amado Elías la miró con esa expresión suya que no era hermética sino simplemente precisa en lo que revelaba.

—Que tiene tres colegas más que están dispuestos a presentar las iniciativas en septiembre —dijo—. Y que si los números de las encuestas de marzo confirman la tendencia que están viendo, puede haber cinco o seis más para junio.

Fernanda anotó eso. Después preguntó:

—¿Cree que es suficiente?

—Para presentar las iniciativas, sí. Para aprobarlas, necesitamos ganar en junio. —Hizo una pausa—. Pero es la primera vez en todo este proceso que alguien con cargo electo me dice que está dispuesto a

asumir el costo político de presentar esto. Eso es distinto a lo que teníamos hace tres meses.

—¿Cuánto distinto?

Amado Elías recogió su carpeta y empezó a caminar hacia la salida.

—Lo suficiente —dijo— para que valga la pena seguir.

Fernanda lo siguió. Afuera del Museo de la Ciudad de México, en la calle de Pino Suárez, el tráfico de la Ciudad de México tenía su ruido habitual y el sol de febrero tenía esa temperatura engañosa que hace creer que el invierno ya terminó cuando en realidad solo se distrajo un momento. Fernanda se puso los audífonos y caminó hacia el metro pensando en lo que Valentina Cruz había dicho sobre el periodismo y las reformas institucionales: que sin periodismo que explique qué son y por qué importan, son documentos que leen cien personas en una sala y que después se archivan.

Eso no iba a pasar con este. No si ella podía evitarlo.

Sacó la libreta y escribió, de pie en la acera mientras esperaba el semáforo:

Peralta Soto dijo quince palabras que ninguno de los ciento cuarenta y dos páginas del documento pudo decir: que en cualquier sistema donde el mérito importara más que la lealtad, ese oficio no habría podido firmarse. Eso es lo que hay que publicar. Eso es lo que la gente necesita entender. No la reforma. Lo que cuesta no tenerla.

El semáforo cambió. Fernanda cruzó y siguió caminando.

En diciembre, mientras el grupo de trabajo hacía los últimos ajustes al documento, Fernanda publicó en *Expediente Abierto* la primera nota larga sobre la plataforma completa. No como reseña del foro de noviembre sino como análisis de lo que el documento proponía y de por qué lo proponía: la historia del diseño institucional defectuoso contada desde las personas que habían pagado su precio, con Peralta Soto y Cienfuegos y Verónica Salinas y Macías Villanueva como protagonistas de un argumento que en términos abstractos era difícil de sostener en la atención del lector y que en términos concretos era imposible de ignorar.

La nota tuvo más lectores que cualquier cosa que Fernanda había publicado en los últimos dos años. La compartieron organizaciones civiles, grupos universitarios, cuentas de redes sociales que normalmente no tocaban el tema de la reforma institucional. Amado Elías la mencionó en dos entrevistas académicas. Y Malaquías Rentería, que tenía el hábito de no mencionar nada que no le sirviera para algo, la citó en una declaración pública sobre la necesidad de reformar el sistema de fiscalización.

Fernanda leyó la declaración de Rentería tres veces. Después llamó a Amado Elías.

—Rentería citó mi nota.

—Lo sé. La leyó el mismo día que se publicó. —Una pausa—. Rentería es como el agua: toma la forma del recipiente que más le conviene en cada momento. Ahora le conviene parecer reformista. Eso no lo hace reformista. Pero hace que el tema tenga más visibilidad de la que tendría sin él.

—¿Le preocupa?

—Me preocuparía más que lo ignorara —dijo Amado Elías—. Que lo cite significa que está calculando que respaldar esto tiene más valor que ignorarlo. Ese cálculo es exactamente el que necesitamos que hagan los políticos que van a tener que votar estas iniciativas en el Congreso.

Fernanda colgó y anotó la conversación. Después abrió la carpeta de notas pendientes y leyó de nuevo lo del contrato del centro de salud en Guerrero. Todavía no tenía la confirmación que necesitaba para publicarlo. Pero el hilo seguía ahí, esperando el momento en que alguien decidiera que era más seguro hablar que seguir callando.

CAPÍTULO 12

El despertar avergonzado

Ciudad de México y varias ciudades, febrero — abril de 2027

El primer signo no fue un mitin ni una encuesta ni una declaración de ningún político. Fue una conversación en un mercado de Tlalpan que Fernanda escuchó por casualidad un sábado de febrero mientras compraba jitomates.

Dos mujeres de unos cincuenta años, una con delantal de la carnicería y la otra con una bolsa de mandado ya llena, hablaban con la velocidad y la confianza de quien conoce a su interlocutor desde hace años. Fernanda no habría prestado atención de no ser porque en un momento una de ellas dijo, con un tono que no era indignación sino algo más parecido a la vergüenza resignada: *pues ya para qué defendemos lo indefendible, si el señor ese de Sinaloa que dicen que lo van a extraditar estuvo en la mañanera como si nada hace apenas unos meses.*

La otra mujer no respondió con argumentos. Respondió con silencio. Y el silencio, en una conversación entre dos personas que Fernanda calculó habían estado del mismo lado político durante años, era más elocuente que cualquier réplica.

Fernanda sacó la libreta y anotó la conversación completa, incluyendo el silencio.

Pasó las siguientes seis semanas haciendo lo que Abdías le había enseñado que era la parte más difícil del periodismo de calle: escuchar sin intervenir. En mercados, en filas del metro, en las salas de espera de los centros de salud que ella documentaba desde hacía meses, en los grupos de padres de familia de las escuelas cuyos libros de texto habían sido cambiados con la lógica del adoctrinamiento disfrazado de

pedagogía, en los chats vecinales que monitoreaba desde que Amado Elías le sugirió que el cambio real en la opinión pública siempre empieza en los espacios donde la gente habla sin calcular lo que dice.

Lo que encontró no era una revolución. Era algo más lento y más profundo: el proceso específico por el que una sociedad que ha sostenido una posición durante años empieza a soltarla sin admitirlo todavía. No en los espacios públicos donde todavía dominaba la lealtad tribal y el miedo a ser señalado. En los privados: las cocinas, los mercados, los grupos de mensajería, los silencios en las reuniones familiares donde antes había aplausos.

El ciudadano que había votado por la transformación con convicción genuina veía los nombres del expediente del Departamento de Justicia en las pantallas y reconocía algunos. El que había votado por conveniencia calculaba que la conveniencia se había agotado porque el peso no alcanzaba y los servicios públicos se habían deteriorado hasta volverse irreconocibles. El que había votado por ingenuidad entendía, con la humillación específica de quien fue usado, que le habían visto la cara con una eficacia que él mismo había facilitado.

Y el que había votado simplemente porque era de los suyos empezaba a guardar silencio en los lugares donde antes hablaba más alto.

Fernanda escribió tres reportajes sobre ese proceso, publicados en *Expediente Abierto* con una semana de diferencia entre cada uno. No eran análisis políticos ni encuestas de opinión. Eran retratos: el taxista de Ecatepec que le explicó, con la franqueza de quien ya no tiene nada que perder frente a un micrófono, que sus hijos no tenían médico en el centro de salud del barrio desde hacía ocho meses y que él había votado dos veces por el partido que prometió que eso no iba a pasar. La maestra de primaria de Culiacán que había apoyado la transformación educativa con entusiasmo genuino y que ahora enseñaba con libros de texto que le pedían que explicara como pedagógicamente avanzados cuando ella sabía, por su formación y por su experiencia, que eran ideológicamente orientados y académicamente deficientes. El pequeño empresario de Mérida que había creído en el cambio y que llevaba dos años sin poder obtener un permiso municipal sin pagar una mordida mayor que la que pagaba con el gobierno anterior.

Tres historias. Tres personas que no eran de la oposición ni lo habían sido. Tres personas que habían creído en algo y que estaban en el proceso, lento y doloroso, de dejar de creerlo.

La reacción del gobierno fue predecible: los reportajes fueron acusados de ser "propaganda de la derecha" y "periodismo al servicio del conservadurismo." Fernanda publicó los desmentidos con la documentación de sus fuentes, que eran verificables hasta donde la protección de identidad lo permitía, y siguió trabajando.

Lo que sí la sorprendió fue la reacción de Donají.

—Estás recibiendo más correos de lectores que en cualquier momento desde que empezaste aquí —le dijo una tarde de marzo, con una expresión que en ella era el equivalente de un elogio expansivo—. Y no son correos de gente de la oposición diciéndote que les encantó. Son correos de gente que dice que le estás contando su propia historia.

—¿Cuántos?

—Ciento cuarenta y tres en la última semana. De los cuales noventa y uno mencionan que votaron por el partido en el gobierno en alguna elección.

Fernanda leyó los correos esa noche, uno por uno, en la redacción vacía después de que todos se habían ido. Había algo en ellos que le costaba nombrar con precisión y que finalmente identificó como vergüenza: no la vergüenza de quien hace algo malo, sino la de quien descubre que confió en algo que no merecía su confianza y que esa confianza tuvo consecuencias. Era una emoción más compleja que la indignación y más duradera. La indignación se agota. La vergüenza se convierte en algo más: en la necesidad de hacer algo que la corrija.

Eso era lo que Amado Elías había visto venir desde antes que nadie. En uno de sus cuadernos, en una entrada de enero de 2026 que Fernanda había leído meses atrás, había escrito algo que ella había copiado en su propia libreta porque le parecía demasiado preciso para dejarlo solo en el contexto donde estaba: *El hartazgo que llevó al régimen al poder fue el hartazgo de décadas de PRI y PAN. El nuevo hartazgo que se acumula ahora es cualitativamente distinto porque viene con evidencia visible, cotidiana, humillante. La gente no solo está decepcionada. Está avergonzada. Y la vergüenza política es el combustible más volátil que existe.*

En marzo, Sandra Pereyra llamó desde Nueva York.

—El equipo del fiscal aceptó la presentación formal de los archivos —dijo —. Tienen una sesión programada para la tercera semana de abril. Necesito que estés disponible para una videollamada de contexto antes de esa fecha.

—¿Cuándo?

—Primera semana de abril. Te confirmo el día.

—¿Hay novedades del expediente?

—Hay novedades que no te puedo comentar todavía. —Una pausa—. Lo que sí te puedo decir es que lo que Abdías tenía en esa carpeta no es sorpresa para ellos. Lo que es sorpresa es el nivel de detalle y la calidad de las fuentes.

Fernanda colgó y se quedó mirando el techo de la redacción durante un momento. Pensó en Abdías. En los cuadernos de pasta dura. En la contraseña del 14 de marzo. En la carpeta G que había abierto una sola vez y cerrado con las manos temblando.

Lo que Abdías había encontrado estaba llegando al lugar donde podía servir para algo. Eso no lo devolvía. Pero era lo más parecido a la justicia que el sistema disponible podía producir en este momento.

Abrió la libreta y escribió la fecha y la hora de la llamada de Pereyra. Después escribió: *Los archivos viajan a Nueva York en abril. Lo que Abdías no pudo publicar va a ser evidencia en el único tribunal que puede usarla. Eso tendrá que ser suficiente por ahora.*

En abril ocurrieron dos cosas que Fernanda cubrió con la intensidad de quien sabe que está documentando momentos que van a importar más adelante.

La primera: las encuestas de intención de voto para las elecciones legislativas de junio mostraron por primera vez a la oposición con posibilidades reales de obtener entre doscientos veinte y doscientos cuarenta diputados. No era mayoría. Pero era la primera vez que los números salían del rango de lo simbólico y entraban al rango de lo relevante. Los analistas que llevaban meses descartando cualquier posibilidad de cambio legislativo empezaron a modular sus predicciones con el cuidado de quien no quiere equivocarse en ninguna dirección.

La segunda: el Departamento de Justicia amplió su solicitud de extradición con dos nombres adicionales que no estaban en la lista original de abril del año anterior. Uno de ellos era un exfuncionario de la Secretaría de Gobernación. El otro era un empresario con contratos en cuatro dependencias del gobierno federal. El gobierno de Shonemberg respondió con la misma fórmula de siempre. Esta vez, en las redes de quienes habían sido sus defensores más activos, el silencio fue más elocuente que la fórmula.

Fernanda cubrió los dos eventos con la misma atención. Pero fue la reacción en las redes de los exdefensores lo que transcribió en la libreta con más cuidado, porque era ahí donde podía leerse con mayor claridad el estado real de una opinión pública que las encuestas apenas comenzaban a capturar.

Llamó a Amado Elías esa noche.

—¿Vio los números de las encuestas?

—Los vi esta mañana. —Una pausa—. ¿Qué opina usted?

—Que son reales —dijo Fernanda—. Que no son un artefacto estadístico ni un deseo de los analistas. Que algo cambió en febrero y que las encuestas de abril apenas lo están empezando a medir.

—¿Qué cambió en febrero?

Fernanda pensó en el mercado de Tlalpan. En las dos mujeres con la bolsa de mandado. En el silencio que valía más que cualquier réplica.

—La vergüenza —dijo—. Cruzó el umbral donde ya no puede ignorarse.

Amado Elías guardó silencio un momento.

—Sí —dijo finalmente—. Eso es exactamente lo que pasó. —Otra pausa —. ¿Está escribiéndolo?

—Ya lo escribí.

—¿Y lo va a publicar?

—El lunes.

—Bien —dijo Amado Elías—. Publíquelo.

Colgaron. Fernanda miró la pantalla apagada del teléfono y después miró la libreta abierta sobre el escritorio. Había empezado ese cuaderno el día que llegó el correo del servidor suizo, en mayo del año anterior. Ya iba por la mitad de las páginas. Le quedaban suficientes para lo que faltaba.

Suficientes, calculó, para llegar hasta junio.

Lo que Fernanda no publicó en esos tres reportajes, pero que anotó en su libreta como material de contexto, fue algo que encontró al margen de cada entrevista: los tres —el taxista, la maestra y el empresario— habían llegado a la misma conclusión por caminos distintos, pero ninguno la formulaba todavía como una decisión política. La formulaban como un agotamiento. Como la sensación de que algo en lo que habían creído había dejado de tener sentido sin que pudieran señalar el momento exacto en que eso ocurrió.

Eso era lo que Amado Elías había descrito en su cuaderno como vergüenza. Y lo que Fernanda estaba documentando en sus reportajes era el momento específico en que esa vergüenza dejaba de ser privada y empezaba a ser, aunque todavía en voz baja y sin nombre, algo compartido.

Compartido no significaba todavía organizado. Compartido significaba que cuando dos personas que habían votado igual se encontraban en un mercado y una decía algo que la otra había estado pensando sin atreverse a decirlo, el silencio que seguía no era de desacuerdo sino de reconocimiento. Y ese reconocimiento, multiplicado por millones de conversaciones en millones de cocinas y mercados y grupos de mensajería, era la sustancia de la que estaban hechos los cambios políticos reales: no los que producen los discursos ni los que fabrican las campañas, sino los que ocurren cuando una sociedad decide, sin que nadie se lo pida formalmente, que ya es suficiente de lo que hay.

Fernanda había cubierto suficientes ciclos electorales como para saber que ese momento podía evaporarse. Que el hartazgo podía transformarse en abstención en lugar de en voto de cambio. Que la vergüenza podía quedarse en privado si no había razones suficientemente concretas para llevarla a las urnas.

Por eso la plataforma de Amado Elías importaba ahora de una manera diferente a como había importado durante la campaña de 2024. En 2024, era el programa de un candidato que no iba a ganar. En 2027, era

la agenda de un Congreso que podría existir. Esa diferencia no era semántica. Era la diferencia entre un deseo y una posibilidad.

Y las posibilidades, a diferencia de los deseos, requieren trabajo.

CAPÍTULO 13

La víspera

Ciudad de México y varias ciudades, mayo — junio de 2027

Las encuestas de mayo mostraban entre doscientos veinte y doscientos cuarenta y cinco diputados para la oposición. Para la mayoría simple se necesitaban doscientos cincuenta y uno de los trescientos diputados de mayoría relativa más los que pudieran obtener por representación proporcional. Los analistas que en enero habían descartado cualquier posibilidad de cambio legislativo real ahora hablaban de "escenario competitivo" con la cuidadosa neutralidad de quien no quiere equivocarse en ninguna dirección pero que ya no puede ignorar los números.

Fernanda cubría la recta final con la intensidad de quien sabe que está documentando algo que va a importar independientemente del resultado. No la campaña en sentido estricto, porque la oposición no tenía un candidato único ni un mensaje centralizado ni los recursos para una campaña en el sentido tradicional. Cubría otra cosa: el proceso por el que la plataforma legislativa de Amado Elías, que doce meses antes era un documento que leían cien personas en una sala, se había convertido en el programa que decenas de organizaciones civiles llevaban a las conversaciones con sus comunidades, que aparecía citado en los foros universitarios y en los chats de padres de familia y en las columnas de opinión de medios que seis meses antes no lo habrían mencionado.

Eso no era magia ni estrategia de comunicación. Era lo que Valentina Cruz había descrito en noviembre: el periodismo y el análisis haciendo visible lo que necesitaba ser visible para que la ciudadanía pudiera tomar decisiones informadas. Era lento. Era imperfecto. Era absolutamente necesario.

Una mañana de la primera semana de mayo, Amado Elías la llamó a las siete de la mañana, que era inusual porque él rara vez llamaba antes de las nueve.

—Hay algo que necesita ver —dijo, sin preámbulo.

—¿Qué pasó?

—Venga a Coatepec este fin de semana. Tengo clase el sábado por la mañana. Por la tarde estamos libres.

—¿No puede decirme qué es?

—Puedo. Pero es mejor que lo vea en persona.

Fernanda llegó a Coatepec el sábado a mediodía. La casa olía igual que siempre. Amado Elías la esperaba en la sala con una carpeta sobre la mesa, que era la manera más precisa que Fernanda había aprendido a leer como señal de que lo que venía era importante: cuando ponía una carpeta sobre la mesa sin decir nada, era porque el contenido era más elocuente que cualquier introducción.

Abrió la carpeta. Adentro había tres documentos. El primero era una carta firmada por diecisiete legisladores de oposición comprometiéndose a presentar las iniciativas de la plataforma en la primera semana de la nueva legislatura si obtenían mayoría. El segundo era una lista de cincuenta y ocho organizaciones civiles que habían firmado formalmente su respaldo a la plataforma en los últimos dos meses. El tercero era un estudio de opinión encargado por una fundación universitaria que mostraba que el sesenta y tres por ciento de los ciudadanos encuestados estaban de acuerdo con al menos cuatro de las seis propuestas centrales de la plataforma, incluyendo el cuarenta y un por ciento de los que se identificaban como simpatizantes del partido en el gobierno.

Fernanda leyó los tres documentos en silencio. Cuando terminó, los puso sobre la mesa y miró a Amado Elías.

—¿Cuándo llegaron?

—La carta de los legisladores, el martes. La lista de organizaciones, el jueves. El estudio, esta mañana.

—¿Por qué no me avisó antes?

—Porque quería verlos todos juntos antes de mostrarlos. —Amado Elías se recostó ligeramente en la silla—. Tomados por separado, cada uno es una buena noticia. Juntos son otra cosa.

—¿Qué son juntos?

—La demostración de que el argumento llegó a donde necesitaba llegar. —Hizo una pausa—. No todos van a votar a favor de las iniciativas. No todos los legisladores que firmaron esa carta van a mantener su compromiso cuando enfrenten la presión específica de cada votación. No todas las organizaciones que firmaron el respaldo tienen la misma capacidad de movilización. Y el sesenta y tres por ciento de acuerdo no se traduce automáticamente en votos el seis de junio. Pero significa que la conversación ocurrió. Que las ideas llegaron a lugares donde hace un año no estaban. Que el umbral de lo que es políticamente posible en 2027 es distinto al de 2024.

—¿Suficientemente distinto?

Amado Elías miró la carpeta.

—No lo sé todavía —dijo—. Eso lo sabremos el siete de junio.

Fernanda pasó las últimas tres semanas antes de la elección haciendo lo que había aprendido a hacer desde el inicio de todo este proceso:

documentar lo que ocurría sin adelantar conclusiones que los hechos todavía no justificaban. Cubrió los foros de cierre de las organizaciones civiles, los mítines de los candidatos de oposición que llevaban la plataforma como programa, las reacciones del gobierno que oscilaban entre el desprecio oficial y el nerviosismo que se filtraba en las declaraciones de los funcionarios de segundo nivel cuando hablaban sin calcular del todo lo que decían.

Cubrió también, con la misma atención que a todo lo demás, algo que no era noticia en el sentido convencional pero que Abdías le había enseñado que era a veces la historia más importante: el movimiento de las personas que normalmente no se mueven. Los ciudadanos que en conversaciones previas le habían dicho que no pensaban votar porque para qué, que todos eran lo mismo, que el sistema no cambiaba de todas formas, y que en las últimas semanas le decían cosas distintas. No con entusiasmo militante. Con la determinación quieta de quien ha tomado una decisión después de pensarla bien y que ya no necesita convencer a nadie más.

Una tarde de la última semana de mayo, Fernanda estaba en el metro cuando reconoció, tres asientos más adelante, a la carnicera del mercado de Tlalpan. La mujer miraba por la ventana con la expresión de quien viaja en sus propios pensamientos. Fernanda dudó un momento y decidió no acercarse. No era el momento ni el lugar para una entrevista. Pero cuando la carnicera se bajó en su estación, se dio la vuelta antes de que las puertas cerraran y vio que llevaba en la mano, con la naturalidad de quien lleva una bolsa del mandado, una pequeña calcomanía redonda con los colores de la coalición opositora.

No era evidencia de nada. Era un signo. Y Fernanda llevaba suficiente tiempo en este oficio como para saber que los signos importan cuando son los únicos que puedes leer en el momento en que todavía no hay datos.

Anotó la calcomanía en la libreta. Debajo anotó la fecha: veintinueve de mayo de 2027. Ocho días antes de la elección.

El jueves anterior a la elección, Sandra Pereyra llamó desde Nueva York.

—El equipo del fiscal tiene los archivos desde abril —dijo—. Los verificaron. Los incorporaron al expediente activo. —Una pausa—. Fernanda, hay algo más.

—Dígame.

—El nombre que estaba en la carpeta G. Está en el expediente. No como sujeto de interés. Como objetivo primario de la investigación.

Fernanda tardó varios segundos en responder.

—¿Cuándo va a ser público eso?

—No lo sé. El proceso del gran jurado tiene sus propios tiempos y no los controlo. Lo que sí te puedo decir es que cuando sea público, los

archivos de Abdías van a ser parte de la evidencia citada. Su nombre va a estar en ese expediente.

—Está bien —dijo Fernanda, con una voz que ella misma reconoció como más firme de lo que esperaba.

—¿Estás bien?

—Sí. —Hizo una pausa—. ¿Puedo publicar algo sobre esto antes de que sea público?

—Nada que identifique el nombre. Nada que interfiera con el proceso. Pero puedes publicar que los archivos de Abdías González de la Garza fueron presentados formalmente como evidencia en una investigación federal en Estados Unidos y que forman parte de un expediente activo. Eso es un hecho verificable que no compromete el proceso.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras. Ya pasó el umbral donde la publicación podría interferir.

Fernanda colgó. Se quedó mirando el teléfono durante un momento. Después abrió la libreta y anotó la conversación completa, como siempre. Debajo escribió:

Los archivos de Abdías están en el expediente. Su nombre va a estar en los documentos oficiales de un proceso judicial en Estados Unidos. Eso no es justicia completa. Es el principio de la única justicia que el sistema disponible puede producir. Tiene que ser suficiente. Por ahora tiene que ser suficiente.

Publicó la nota sobre los archivos el viernes, tres días antes de la elección. No en primera plana del sitio, porque no era el momento de hacer ruido innecesario que el gobierno pudiera usar para distorsionar la conversación electoral. La publicó en la sección de investigación, con un titular que decía exactamente lo que podía decir sin más ni menos: *Los archivos del periodista asesinado Abdías González de la Garza forman parte de un expediente de investigación federal en Estados Unidos.*

El gobierno respondió con su fórmula habitual. Esta vez, en las redes de quienes lo seguían, el silencio fue casi total.

El sábado, la víspera de la elección, Fernanda fue al mercado de Tlalpan a comprar jitomates. No porque los necesitara. Porque quería ver si la carnicera seguía llevando la calcomanía. La llevaba. Y esta vez, cuando las dos se cruzaron en la fila de la caja, la carnicera la miró directamente y dijo, sin ningún contexto que lo explicara y sin esperar respuesta:

—Mañana voy a votar.

Fernanda asintió. La carnicera pagó sus compras y se fue. Fernanda se quedó en la fila con los jitomates en la bolsa y la libreta en la mano y la certeza, frágil e irreversible a la vez, de que algo que llevaba meses moviéndose estaba a punto de llegar a algún lugar.

No sabía todavía si ese lugar sería suficiente. Lo sabría mañana.

La semana anterior a la elección tuvo una calidad de tiempo distinta a cualquier semana que Fernanda recordara haber vivido en años: densa, cargada, con la sensación de que todo lo que había ocurrido en los doce meses anteriores estaba convergiendo hacia un punto que todavía no era visible pero que podía sentirse aproximarse como se siente un frente de tormenta antes de que llegue.

Amado Elías no apareció en mítines ni dio declaraciones a los medios esa semana. Lo llamó el martes para preguntarle si tenía algo que decir antes de la elección.

—No —dijo él.

—¿Nada?

—Nada que no haya dicho ya. Los argumentos están publicados, las iniciativas están redactadas, los legisladores que las van a presentar están comprometidos. Lo que ocurra el seis de junio va a depender de los ciudadanos que voten, no de lo que yo diga el martes anterior.

—¿Y si no es suficiente?

Hubo una pausa larga. No de duda sino de quien elige las palabras con cuidado.

—Si no es suficiente en junio de 2027 —dijo Amado Elías—, va a ser suficiente en algún momento posterior. Las ideas correctas no tienen fecha de vencimiento. Tienen fecha de implementación, que puede ser más tarde de lo que uno quisiera, pero que llega. —Otra pausa—. Lo que no tiene fecha garantizada es el país que quedará cuando llegue, si tardamos demasiado. Eso es lo que me quita el sueño. No si las ideas van a prevalecer eventualmente. Sino cuánto daño acumula el sistema mientras lo hacen.

Fernanda anotó eso y no preguntó más. Había aprendido que Amado Elías decía lo que necesitaba decir en la cantidad exacta que necesitaba decirlo, y que las preguntas adicionales rara vez producían más de lo que ya estaba en la primera respuesta.

Cubrió la última semana desde la calle, no desde la redacción. Recorrió cuatro colonias de la Ciudad de México, dos municipios del Estado de México y una ciudad de Guerrero donde el impacto de la guerra de Sinaloa en las rutas comerciales había golpeado la economía local con una brutalidad que las cifras nacionales no alcanzaban a mostrar. En todas partes encontró lo mismo que había encontrado desde febrero: el movimiento lento e irreversible de personas que habían llegado a una conclusión sin que nadie se las hubiera impuesto.

Lo que no encontró, en ninguno de esos lugares, fue entusiasmo. Lo que encontró fue determinación. Y la determinación, había aprendido en este oficio, dura más que el entusiasmo y produce resultados más sólidos cuando llega a las urnas.

El sábado por la noche, antes de que cerrara el periodo de campaña oficial, Fernanda escribió en la libreta el resumen de los doce meses que había cubierto. No para publicarlo. Para tenerlo. Para que cuando llegara el momento de escribir lo que correspondía después de la elección, tuviera claro desde dónde venía todo.

Escribió: *Doce meses desde el correo del servidor suizo. Doce meses desde que abrí el disco duro de Abdías y supe que lo que él había encontrado y lo que el Departamento de Justicia había encontrado eran la misma historia vista desde dos ángulos. Doce meses de foros y reportajes y conversaciones en mercados y sesiones del grupo de trabajo y noches en Coatepec y llamadas desde Nueva York. Mañana sabremos si fue suficiente para esta elección. Ya sé que fue suficiente para algo más importante: para que las ideas correctas llegaran a más personas de las que habrían llegado sin todo esto. Eso no lo borra el resultado de mañana, sea el que sea.*

Cerró la libreta. Apagó la luz. Afuera, la Ciudad de México hacía lo que hace siempre la víspera de algo importante: seguir siendo exactamente lo que es, indiferente y necesaria, sin esperar permiso de nadie.

CAPÍTULO 14

El federalismo que pudo haber sido

Xalapa / Ciudad de México / tres municipios, mayo de 2027

Fernanda llegó a Zitácuaro, Michoacán, un lunes por la mañana con la libreta y sin camarógrafo, que era la manera en que prefería hacer este tipo de trabajo: sola, sin el peso del equipo técnico que cambia la naturaleza de las conversaciones porque la gente habla distinto cuando hay una cámara frente a ellos que cuando hay solo una libreta sobre la mesa.

El presidente municipal la recibió en su despacho, que era una sala pequeña con una bandera, un escritorio y cuatro sillas de plástico que nadie había cambiado desde la administración anterior ni desde la anterior a esa. Rodrigo Mendoza Vargas tenía cuarenta y dos años, era ingeniero civil de formación y llevaba dos años intentando construir cuatro sistemas de agua potable en comunidades de la sierra que llevaban décadas sin acceso confiable al servicio.

—¿Los recursos están? —dijo Fernanda.

—Los recursos están —dijo Mendoza Vargas, con la paciencia específica de quien ha explicado esto muchas veces y que sabe que tiene que seguir explicándolo—. Tenemos el presupuesto aprobado desde el año pasado. El problema es que para ejecutarlo necesitamos la validación técnica de la delegación estatal de la Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano, que a su vez necesita el visto bueno de la oficina

regional, que a su vez está esperando una circular de la Secretaría federal que lleva catorce meses sin llegar.

—¿Catorce meses?

—Catorce meses. —Mendoza Vargas sacó una carpeta y la abrió sobre el escritorio—. Aquí están los oficios. Treinta y siete comunicaciones formales. Cuatro visitas presenciales a la delegación estatal. Dos reuniones con el delegado. Una carta al secretario estatal que nunca recibió respuesta. —Cerró la carpeta—. Cuatro comunidades de la sierra sin agua potable confiable. Cuatro comunidades que podrían tenerla si yo pudiera ejecutar el presupuesto que ya está asignado para eso.

—¿Por qué no puede ejecutarlo sin la validación?

—Porque la ley lo prohíbe. Cualquier obra de infraestructura hídrica mayor de cierto monto requiere validación federal. El monto de cada uno de los cuatro proyectos supera ese umbral por márgenes que en algunos casos son mínimos. Si divido los proyectos en etapas más pequeñas para eludir el umbral, la delegación puede objetar la artificialidad de la división y anular la obra ya ejecutada. Si espero la validación, las comunidades siguen sin agua.

Fernanda anotó todo eso. Después preguntó:

—¿Qué cambiaría si el municipio tuviera la competencia real sobre obra hídrica local, sin necesidad de validación federal para proyectos dentro de su territorio?

Mendoza Vargas la miró con la expresión de quien escucha una pregunta que lleva dos años haciéndose a sí mismo.

—Que las cuatro comunidades tendrían agua —dijo, con una sencillez que era también una forma de rabia contenida—. Y que yo podría hacer mi trabajo, que es para lo que me eligieron.

Fernanda pasó esa tarde en Juchitán, Oaxaca, donde la clínica de salud municipal llevaba nueve meses sin médico porque el sistema de asignación dependía de la Secretaría de Salud estatal, que dependía de la federal, que tenía sus propias prioridades determinadas por criterios que nadie en Juchitán había podido identificar con precisión pero que resultaban en médicos asignados a zonas urbanas con acceso a transporte mientras las zonas rurales con mayor necesidad esperaban en una lista que nadie actualizaba con regularidad.

La directora de la clínica, la enfermera Lucía Tláloc, tenía cincuenta y seis años y una calma que Fernanda identificó como la calma específica de quien lleva suficiente tiempo haciendo lo que hace como para saber que el escándalo no cambia nada y que la única cosa que cambia algo es la documentación paciente y el trabajo constante.

—¿Qué hace cuando alguien llega con una emergencia que requiere médico? —dijo Fernanda.

—Lo que siempre he hecho —dijo Tláloc—. Lo atiendo con los recursos que tengo, que son mis conocimientos de enfermería y el equipamiento básico de la clínica, y si el caso supera esos recursos, coordino el traslado al hospital de Tehuantepec. —Una pausa—. El traslado tarda entre cuarenta minutos y dos horas dependiendo de la hora y del estado de la carretera. En los casos que no esperan eso, hacemos lo que podemos y rezamos lo que sabemos.

—¿Ha habido casos que no esperaron?

Tláloc la miró durante un momento antes de responder.

—Tres en los últimos nueve meses —dijo—. Dos con desenlace favorable porque llegaron a Tehuantepec a tiempo. Uno que no llegó.

Fernanda anotó eso sin decir nada. Después preguntó:

—Si el municipio pudiera contratar directamente al médico con recursos propios, sin esperar la asignación estatal y federal, ¿cuánto tiempo tardaría?

—Tenemos tres candidatos identificados —dijo Tláloc—. Los tres viven en la región, los tres tienen el perfil adecuado, los tres están dispuestos a trabajar aquí. El presidente municipal tiene los recursos en el presupuesto municipal. Lo que no tiene es la facultad legal de hacer el nombramiento porque esa facultad pertenece a la Secretaría de Salud estatal.

—¿Cuánto tiempo tardaría si tuviera esa facultad?

—Una semana —dijo Tláloc—. Dos a lo mucho.

Al día siguiente, Fernanda viajó a un municipio del norte de Guerrero cuyo nombre no publicaría para proteger a la fuente que la había contactado semanas antes con información sobre el contrato del centro de salud que nunca se construyó. Lo que encontró en ese municipio no era solo el terreno baldío donde el centro debería estar. Era algo más: la historia completa de cómo cuarenta y tres millones de pesos habían salido de una partida presupuestal federal, pasado por tres intermediarios, llegado a una empresa sin historial en construcción de obra pública, y desaparecido sin dejar nada material en el municipio que los recibió, salvo un expediente de validación técnica firmado por funcionarios que nunca visitaron el sitio y una clausura administrativa emitida tres meses después contra la empresa, que para entonces había cambiado de razón social y de domicilio fiscal y era, en términos prácticos, imposible de localizar.

La fuente que le había dado la información era un funcionario menor de la delegación municipal que había firmado, sin saberlo en ese momento, uno de los documentos de validación. Cuando entendió lo que había firmado, presentó una denuncia ante la Fiscalía estatal. La Fiscalía le avisó seis meses después que el caso había sido remitido a la Fiscalía federal por razones de competencia. La Fiscalía federal le avisó cuatro

meses después que el caso estaba en proceso de investigación. Eso fue hace un año. Desde entonces, silencio.

—¿Por qué me contactó a mí? —dijo Fernanda.

El funcionario, que había pedido que la entrevista fuera en un café de carretera y no en ningún edificio público, la miró con los ojos de quien ha calibrado cuidadosamente cuánto riesgo puede asumir.

—Porque leyó sus reportajes sobre la Auditoría Superior —dijo—. Y porque en ese municipio, señorita, hay familias que siguen yendo al curandero porque no tienen clínica. Y el dinero para construir esa clínica está en algún lugar que yo no voy a poder encontrar pero que usted quizás sí.

Fernanda regresó a la Ciudad de México con tres libretas llenas y algo que fue articulando en el autobús de regreso, mientras el paisaje guerrerense cedía al del Estado de México y el del Estado de México cedía al del Valle de México con su polución y su luz específica: la comprensión completa de por qué la propuesta de Amado Elías sobre el federalismo real no era una reforma administrativa menor.

Era, en términos concretos y medibles, la diferencia entre cuatro comunidades con agua y cuatro comunidades sin ella. Entre un médico en Juchitán la semana que viene y nueve meses más de espera con traslados a Tehuantepec que a veces llegaban a tiempo y a veces no. Entre cuarenta y tres millones de pesos que construyen una clínica y cuarenta y tres millones de pesos que desaparecen en una empresa que cambia de nombre.

Lo que Amado Elías proponía era técnicamente complejo: transferencia real de competencias a los municipios en materias de salud primaria, agua potable y obra urbana menor, acompañada de transferencia proporcional de recursos y de mecanismos de fiscalización directa que permitieran al ciudadano ver con sus propios ojos si el presidente municipal ejecutaba o no lo que tenía que ejecutar. No era descentralización simbólica. Era la creación de un nivel de gobierno capaz de funcionar con autonomía real dentro de un marco de responsabilidad verificable.

Era también, y esto era lo que más resistencia generaba cuando Amado Elías lo explicaba en los foros, la reforma que más poder quitaba al gobierno federal: el poder de decidir qué municipios reciben qué recursos con qué condiciones y en qué tiempos, que era la herramienta más eficiente de control político territorial que el sistema federal mexicano había producido desde su fundación.

Llamó a Amado Elías desde el autobús.

—Estuve en Zitácuaro, Juchitán y un municipio de Guerrero que no voy a nombrar todavía.

—¿Qué encontró?

—Exactamente lo que usted predice en la iniciativa. Municipios con recursos y sin facultad para ejecutarlos. Competencias que pertenecen en papel a tres niveles de gobierno simultáneamente y que en la práctica no pertenecen a ninguno. Y el resultado concreto de eso: cuatro comunidades sin agua, una clínica sin médico, cuarenta y tres millones de pesos desaparecidos.

—¿Va a publicarlo?

—Sí. Antes de la elección.

—¿Tiene suficiente para el municipio de Guerrero?

—Para la historia del contrato, sí. Para los nombres detrás del contrato, todavía no. Pero tengo suficiente para mostrar el mecanismo sin comprometer lo que falta.

—Publíquelo —dijo Amado Elías—. El mecanismo es lo que importa ahora. Los nombres van a llegar con el expediente de Nueva York cuando llegue.

Fernanda colgó y miró por la ventana del autobús. El sol de mayo pegaba en el paisaje con esa intensidad que tiene en la meseta central antes de que lleguen las lluvias y que hace todo parecer más seco y más definitivo de lo que en realidad es.

Pensó en Mendoza Vargas con su carpeta de treinta y siete oficios sin respuesta. En Tláloc con sus tres casos en nueve meses y el que no llegó a tiempo. En el funcionario del café de carretera con sus ojos de quien ha calculado cuánto riesgo puede asumir.

Pensó también en algo que Amado Elías había dicho en el foro de noviembre, que ella había anotado en la libreta y que desde entonces no había dejado de parecerle la frase más honesta que había escuchado sobre lo que estaba en juego: *La democracia no empieza en el Congreso ni en el Palacio Nacional. Empieza donde el ciudadano puede señalar con el dedo la obra que no se hizo, el hospital que no funciona, la calle que no tiene agua. Sin esa base, cualquier reforma es una catedral sin paredes.*

Sacó la libreta y empezó a escribir el borrador de la nota. Afuera, el paisaje seguía cambiando. Adentro, las palabras llegaban con la velocidad específica de cuando uno ha encontrado exactamente lo que estaba buscando y ya sabe cómo decirlo.

La nota se publicó el jueves anterior a la elección. Tenía tres historias concretas y una pregunta central que Fernanda había aprendido de Abdías a formular siempre de la misma manera: no qué debería cambiar, sino qué cuesta que no cambie. El costo de Zitácuaro era cuatro comunidades sin agua potable. El de Juchitán era una clínica sin médico y un caso que no llegó a tiempo. El de Guerrero era cuarenta y tres millones de pesos y la impunidad perfecta de quien sabe que el municipio no tiene los instrumentos para rastrearlo.

Ninguna de las tres historias nombraba la iniciativa de Amado Elías. No era necesario. Cualquier lector que hubiera leído las notas anteriores de Fernanda sobre la plataforma podía hacer la conexión. Y para quien no las hubiera leído, la nota funcionaba sola: tres historias de lo que cuesta que el municipio no tenga la autonomía que debería tener, contadas desde las personas que pagaban ese costo todos los días.

Donají leyó la nota antes de que se publicara y no pidió ningún cambio. Eso era raro en ella, que tenía el hábito de sugerir al menos un ajuste en cada texto largo. Cuando Fernanda le preguntó qué le parecía, Donají tardó un momento antes de responder.

—Me parece que Abdías la habría publicado exactamente así —dijo.

Fernanda no respondió. Guardó esa frase en la libreta sin contexto adicional porque no necesitaba contexto. Era suficiente sola.

El viernes, el día anterior a la víspera de la elección, Amado Elías le mandó un mensaje de texto que decía solamente: *Leí la nota. Gracias.*

Fernanda lo leyó tres veces. Después lo guardó en la libreta también, porque había aprendido que las cosas que Amado Elías decía con economía de palabras eran exactamente las que merecía guardar con más cuidado.

El sábado fue al mercado de Tlalpan a comprar jitomates y encontró a la carnicera con la calcomanía de la coalición. El domingo sería la elección. El lunes, todo lo que había ocurrido en doce meses iba a tener un resultado que todavía no podía ver pero que ya podía sentir aproximarse.

Las palabras seguían llegando en la libreta. Afuera, la Ciudad de México seguía siendo lo que siempre es: demasiado grande para entenderse a sí misma, demasiado necesaria para dejar de intentarlo.

CAPÍTULO 15

Lo que Washington no para de encontrar

Ciudad de México, mayo — junio de 2027

El expediente del Departamento de Justicia de los Estados Unidos no se detuvo con la primera lista de diez nombres. Creció con la regularidad silenciosa de los procesos judiciales que no tienen prisa porque saben que el tiempo trabaja para ellos: una ampliación en enero, otra en marzo, la tercera en la última semana de mayo, diez días antes de la elección legislativa.

Fernanda cubría cada ampliación con la misma metodología que Abdías le había enseñado para los temas que crecen despacio pero que crecen sin parar: leer el documento completo antes de escribir una sola línea, identificar lo nuevo respecto a la versión anterior, verificar cada nombre nuevo antes de publicarlo, y resistir la tentación de adelantar

conclusiones que los hechos todavía no justificaban pero que la narrativa pedía.

La ampliación de mayo trajo dos nombres que no estaban en las listas anteriores. El primero era un exfuncionario de la Secretaría de Gobernación con rango de director general, responsable durante tres años del área de coordinación con gobiernos estatales, que según el documento había facilitado la transferencia de información confidencial sobre operaciones de seguridad en Sinaloa a representantes de una organización criminal designada por el Departamento del Tesoro de Estados Unidos. El segundo era un empresario con contratos en cuatro dependencias del gobierno federal cuyo nombre Fernanda había visto antes, en el apéndice de la primera filtración del servidor suizo, sin que en ese momento pudiera establecer la conexión que el documento de mayo ahora establecía con precisión.

Lo que más le llamó la atención no fueron los nombres sino algo en el cuerpo del documento que los analistas de los medios que cubrieron la ampliación pasaron por alto porque estaban concentrados en la novedad de los nombres: la mención, en el párrafo de contexto, de que la investigación había recibido en abril material documental adicional de fuentes externas al gobierno de los Estados Unidos que había fortalecido la línea de investigación sobre vínculos entre funcionarios del gobierno mexicano y estructuras criminales en el sureste.

Material documental adicional de fuentes externas. Los archivos de Abdías.

Fernanda leyó ese párrafo tres veces. Después llamó a Sandra Pereyra.

—Vi la mención —dijo Pereyra antes de que Fernanda pudiera preguntar —. No puedo confirmar ni negar que se refiere a los archivos que presentamos. Lo que sí puedo decirte es que el equipo del fiscal me confirmó que el material fue incorporado al expediente activo y que está siendo utilizado.

—¿Puedo escribir que los archivos de Abdías están siendo utilizados en una investigación federal activa en Estados Unidos?

—Lo que puedes escribir es lo que ya publicaste: que los archivos fueron presentados formalmente como evidencia y forman parte de un expediente activo. La mención en el documento de mayo es información pública que cualquiera puede leer. Las conclusiones que derives de esa lectura son tuyas.

Fernanda colgó y pasó dos horas escribiendo la nota con el cuidado de orfebre que Abdías le había enseñado para los temas donde la línea entre lo que se puede afirmar y lo que se puede sugerir es delgada y donde cruzarla en la dirección equivocada tiene consecuencias. La publicó a las seis de la tarde. No era la nota más espectacular que había escrito en los últimos doce meses. Era probablemente la más importante: el primer documento público que conectaba formalmente

los archivos de Abdías González de la Garza con un proceso judicial activo en el único tribunal que había demostrado tener la autonomía y los recursos para procesarlos.

El gobierno de Shonemberg respondió cuatro horas después con un comunicado que acusaba a *Expediente Abierto* de "fabricar vínculos inexistentes entre investigaciones extranjeras y la administración actual." El comunicado no mencionaba a Abdías por nombre. Eso, pensó Fernanda cuando lo leyó, era en sí mismo un dato: cuando el gobierno decide no mencionar a un periodista asesinado cuyo nombre aparece en el contexto de una investigación que los incomoda, es porque mencionar su nombre implicaría reconocer por qué fue asesinado.

Publicó el comunicado íntegro con una nota al pie de dos líneas: *El documento del Departamento de Justicia de los Estados Unidos es público y verificable. Los lectores pueden leerlo completo en el enlace adjunto y evaluar por sí mismos la exactitud de las descripciones en esta nota.*

La reacción en redes fue distinta a cualquier reacción anterior. No solo de las cuentas que normalmente seguían las investigaciones de *Expediente Abierto*. De cuentas que Fernanda había identificado en los meses anteriores como defensoras activas del gobierno y que en esta ocasión, frente a la nota y frente al comunicado gubernamental, eligieron el silencio.

El silencio de los que antes gritaban. Otra vez.

Amado Elías llamó esa noche.

—¿Está bien? —dijo.

Era la segunda vez que le preguntaba eso. La primera había sido en Coatepec, en septiembre, cuando le preguntó si tenía miedo. Fernanda había aprendido que cuando él hacía ese tipo de pregunta era porque tenía una razón específica para hacerla.

—Sí —dijo—. ¿Por qué?

—Porque lo que publicó hoy va a tener consecuencias que todavía no puede calcular del todo. El gobierno sabe que los archivos de Abdías están en Nueva York. Sabe que usted los puso ahí. Y sabe que usted va a seguir escribiendo.

—Eso lo saben desde hace meses.

—Sí. Pero hasta hoy podían tratar los archivos como una amenaza abstracta. Ahora son una realidad concreta en un documento público. Eso cambia el cálculo de lo que están dispuestos a hacer para reducir el daño.

Fernanda procesó eso durante un momento.

—¿Está diciéndome que debo tener cuidado?

—Estoy diciéndole que debe tener más cuidado del que ya tiene —dijo Amado Elías—. Que Donají sepa dónde está en todo momento. Que no haga trabajo de campo sola en zonas donde no tenga una red de contactos establecida. Que cualquier comunicación sensible sea por los canales seguros que ya usa. —Una pausa—. Y que si en algún momento siente que el riesgo supera lo que puede manejar, lo diga. No hay nota que valga más que eso.

—Abdías pensó lo mismo y fue de todas formas.

—Abdías fue solo y sin decirle a nadie exactamente a dónde iba. Usted no va a hacer eso.

No era una pregunta. Fernanda lo escuchó como lo que era: la declaración de alguien que ha pensado en esa posibilidad y que necesita que ella la descarte explícitamente.

—No voy a hacer eso —dijo.

—Bien. —Una pausa—. ¿Hay algo más en los archivos que todavía no ha publicado?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando el expediente de Nueva York tenga ese nombre como objetivo primario formal, no solo como sujeto de interés. —Fernanda miró el disco duro sobre el escritorio—. Pereyra dice que puede ser pronto. Que el proceso tiene sus propios tiempos.

—¿Y si es después de la elección?

—Entonces es después de la elección. La carpeta G no tiene fecha de vencimiento. Lo que tiene es el momento correcto para salir, y ese momento depende del proceso de Nueva York, no del calendario electoral de México.

Amado Elías guardó silencio durante varios segundos.

—Eso es lo correcto —dijo finalmente—. No todo tiene que ocurrir antes del seis de junio.

—No —dijo Fernanda—. Pero mucho de lo que necesitaba ocurrir ya ocurrió. Los legisladores tienen los compromisos. Las organizaciones tienen el respaldo. La ciudadanía tiene la información. Los archivos de Abdías están donde deben estar. —Hizo una pausa—. Lo que ocurra el seis de junio va a depender de cuántas personas decidan que ya es suficiente de lo que hay. Eso no lo podemos controlar usted ni yo.

—No —dijo Amado Elías—. Eso es exactamente lo que no podemos controlar. Y eso es exactamente lo que debería ser.

Colgaron. Fernanda se quedó mirando el teléfono durante un momento y después lo dejó sobre el escritorio junto al disco duro y la libreta. Eran los tres objetos que habían definido los últimos doce meses de su vida: el disco duro con los archivos de Abdías que ya estaban en Nueva York,

el teléfono con el que había hablado con Pereyra y con Amado Elías y con Donají y con todas las fuentes que habían construido la investigación, y la libreta con pastas negras que era la misma del 14 de marzo de 2019 y que seguía siendo el lugar donde ocurrían las cosas antes de que ocurrieran en público.

Abrió la libreta. Leyó la entrada que había escrito el sábado anterior, la víspera de la elección que todavía no había ocurrido pero que en la novela ya había ocurrido porque el prólogo la había descrito desde la madrugada del siete de junio. Leyó la frase que había anotado sobre los doce meses: *Ya sé que fue suficiente para algo más importante: para que las ideas correctas llegaran a más personas de las que habrían llegado sin todo esto.*

Siguió leyendo hasta llegar a la última página escrita. Después pasó a la siguiente, que estaba en blanco, y escribió:

Mañana es el seis de junio. Lo que ocurra mañana va a ser lo que es, no lo que queremos que sea. Pero lo que ocurrió en los doce meses anteriores ya no puede deshacerse: los argumentos están en el debate público, las iniciativas están redactadas, los archivos de Abdías están en el expediente de Nueva York, y hay personas en este país que saben cosas que hace un año no sabían y que van a llevar ese conocimiento a las urnas mañana independientemente del resultado.

Eso no es suficiente para todo. Es suficiente para empezar.

Mañana.

Cerró la libreta. Apagó la luz. Afuera, la Ciudad de México dormía con el ruido de siempre, que es el ruido de una ciudad que no para porque no sabe parar, indiferente a lo que ocurrirá mañana con la misma indiferencia con que ha sido indiferente a todo lo que ocurrió antes.

Eso también era una forma de constancia. Y la constancia, había aprendido en este oficio y en este año específico, era lo único que finalmente produce algo duradero.

Esa noche, después de apagar la luz, Fernanda pensó en algo que no había anotado en la libreta porque era demasiado personal para convertirlo en material de trabajo: que el expediente del Departamento de Justicia era la demostración más precisa y más brutal de todo lo que Amado Elías llevaba años argumentando sobre el diseño institucional.

No en abstracto. En concreto.

Un sistema con fiscalización autónoma real habría detectado los flujos de dinero que el Departamento de Justicia tardó cuatro años en documentar. Un sistema con jueces independientes habría procesado las denuncias que las fiscalías mexicanas archivaron. Un sistema con servicio civil de carrera habría protegido a los funcionarios que querían cooperar y que no cooperaron porque sabían lo que les costaría. Un

sistema con voto secreto en el Congreso habría producido legisladores capaces de investigar sin temer las consecuencias de investigar.

Cada ampliación del expediente de Washington era, leída con esa lente, la factura de lo que costaba no tener las reformas que la plataforma proponía. No en términos estadísticos ni en análisis comparados. En nombres, fechas, montos, y en las consecuencias específicas que esos nombres y esas fechas y esos montos habían tenido en la vida de personas que nunca habían oído hablar de ninguna reforma institucional y que sin embargo la estaban pagando.

Eso era lo que Fernanda había estado tratando de escribir desde mayo del año anterior. Lo que los reportajes sobre Peralta Soto y Cienfuegos y Verónica Salinas y Mendoza Vargas y Tláloc habían estado intentando decir desde ángulos distintos: que las reformas no son un ejercicio académico ni un programa político. Son la distancia entre lo que le ocurre a la gente cuando el sistema funciona y lo que le ocurre cuando no funciona. Y esa distancia, en México en 2027, se medía en médicos que no llegaban, en agua que no corría, en dinero que desaparecía, en periodistas que morían en carreteras de noche.

Durmió finalmente cuando la Ciudad de México empezaba a aclarar. Soñó, o creyó soñar, con los cuadernos de Abdías abiertos sobre una mesa de luz, con su letra apretada visible pero sin que las palabras pudieran leerse. Como si el sueño supiera que algunas cosas ya habían dicho todo lo que podían decir y que lo que quedaba por decir tendría que decirlo otro.

CAPÍTULO 16

La noche del 6 de junio

Ciudad de México, noche del 6 y madrugada del 7 de junio de 2027

A las ocho de la noche las casillas cerraron y el Sistema de Resultados Electorales Preliminares empezó a recibir las primeras actas. Fernanda estaba en la redacción de *Expediente Abierto* desde las seis de la tarde, cuando los últimos ciudadanos todavía hacían fila en algunas casillas de la periferia de la Ciudad de México y cuando el resultado era todavía un número que nadie podía ver pero que todos en esa sala calculaban de maneras distintas con la misma información incompleta.

Donají había pedido café para todos a las cinco. A las siete y media pidió más. A las ocho y cuarto, cuando las primeras cifras empezaron a aparecer en las pantallas con los porcentajes de actas computadas todavía en un dígito, la redacción tenía ese silencio específico de los lugares donde varias personas prestan atención a la misma cosa al mismo tiempo sin necesitar coordinarse para hacerlo.

Fernanda tenía las tres pantallas encendidas: el sistema oficial en la central, las proyecciones de los tres medios que consideraba más

rigurosos en sus metodologías en la izquierda, y su propio tablero de seguimiento en la derecha, donde había construido una hoja de cálculo que cruzaba los resultados preliminares con los datos de las encuestas de salida que habían empezado a publicarse desde las ocho en punto. La libreta estaba abierta sobre el escritorio, con la pluma lista, aunque en las primeras horas no había mucho que anotar que no fuera números que cambiaban cada diez minutos.

A las nueve y cuarenta y cinco, con el trece por ciento de las actas computadas, la oposición tenía ciento cuatro de los trescientos distritos de mayoría relativa proyectados a su favor. Era un ritmo consistente con las encuestas pero demasiado temprano para extraer conclusiones. Fernanda lo anotó sin comentario.

A las once de la noche, con el cuarenta y dos por ciento de las actas, la oposición tenía ciento ochenta y ocho distritos proyectados. Los números de representación proporcional empezaban a llegar también: cincuenta y un escaños adicionales proyectados, lo que daría un total de doscientos treinta y nueve. No era mayoría. Pero era el número más alto que la oposición había proyectado en una elección legislativa desde antes de que Fernanda empezara a cubrir política.

Alguien en la redacción dijo en voz alta lo que todos estaban calculando.

—Necesitan doscientos cincuenta y uno.

—Lo sé —dijo Donají, sin levantar la vista de su pantalla.

Fernanda no dijo nada. Anotó el número en la libreta y lo rodeó con un círculo. Doscientos treinta y nueve era el piso posible. El techo dependía de lo que llegara de los distritos del norte y el occidente, que históricamente reportaban más tarde y que las encuestas de salida mostraban con márgenes más estrechos que el resto del país.

Llamó a Amado Elías a las once y cuarto.

Contestó al primer tono, como siempre.

—Ciento ochenta y ocho de mayoría relativa proyectados —dijo Fernanda—. Más cincuenta y uno de representación proporcional. Doscientos treinta y nueve en total con el cuarenta y dos por ciento de las actas.

—Lo estoy viendo —dijo él.

—¿Qué piensa?

—Que todavía falta más de la mitad. —Una pausa—. ¿Cómo están los distritos del norte?

—Reportando despacio. Los de Nuevo León y Chihuahua tienen márgenes de tres a cinco puntos según las encuestas de salida. Los de Jalisco y Guanajuato están más claros.

—¿Y Sinaloa?

La pregunta tenía un peso específico que ambos sabían sin necesitar nombrarlo. Sinaloa, el estado que había sido el centro de la guerra entre cárteles durante dos años, el estado cuyos funcionarios aparecían en el expediente de Washington, el estado donde la presencia del crimen organizado en la estructura política era menos una hipótesis que una evidencia documentada por una fiscalía extranjera.

—Los distritos de Sinaloa están siendo impugnados en cuatro casillas por irregularidades en el cierre —dijo Fernanda—. El órgano electoral ya tiene equipos verificando. Si las impugnaciones proceden, esos distritos podrían resolverse por vía administrativa en las próximas horas.

—¿Cuántos escaños en disputa?

—Cuatro de los siete distritos del estado. En dos de los cuatro, el margen entre los candidatos es menor al dos por ciento.

Amado Elías guardó silencio un momento.

—Eso puede cambiar el número final en cualquier dirección —dijo.

—Sí.

—¿Está cubriendo las impugnaciones?

—Gerardo está en Culiacán. Yo me quedo con los números generales.

—Bien. —Otra pausa—. Fernanda.

—¿Sí?

—Independientemente de lo que digan los números esta noche, lo que usted publicó en los últimos doce meses ya ocurrió. Eso no lo cambia el resultado de una elección.

Era lo mismo que él había dicho en los cuadernos, en octubre de 2024, la noche de la derrota presidencial: *eso no es una derrota. Es información.* Fernanda lo había leído ocho meses antes y lo había anotado porque le parecía demasiado preciso para dejarlo pasar. Ahora lo escuchaba aplicado a esta noche y entendió que era la manera en que Amado Elías procesaba los momentos de incertidumbre: no negando la importancia del resultado sino recordando lo que existía independientemente de él.

—Lo sé —dijo.

—Llámeme cuando lleguen los distritos del norte.

Colgaron. Fernanda volvió a sus pantallas.

A la medianoche, con el sesenta y ocho por ciento de las actas computadas, los distritos del norte empezaron a reportar con mayor velocidad. Nuevo León venía bien para la oposición: seis de los nueve distritos proyectados a su favor con márgenes que las encuestas de salida describían como fuera del rango de error. Jalisco confirmó lo que las proyecciones anticipaban: ocho de doce. Guanajuato: cinco de siete.

Los distritos de Sinaloa seguían en disputa administrativa.

A la una y cuarto de la madrugada, con el ochenta y tres por ciento de las actas, el número total proyectado para la oposición llegó a doscientos cuarenta y siete. Cuatro escaños por debajo de la mayoría simple, sin contar los cuatro distritos sinaloenses en disputa.

La redacción había adquirido una tensión específica que Fernanda conocía de otras noches electorales pero que esta noche tenía una temperatura distinta: no la tensión de quien espera saber quién ganó sino la de quien sabe que lo que está en juego no es solo un resultado sino la posibilidad de que algo que llevaba meses construyéndose tuviera un instrumento real para existir.

Donají caminaba de su escritorio a la ventana y de la ventana a su escritorio con la regularidad de quien necesita moverse para pensar. Dos de los periodistas más jóvenes de la redacción hacían cálculos en voz baja sobre los distritos que faltaban. El editor de datos había construido un modelo de proyección que actualizaba cada cinco minutos y que en ese momento mostraba un intervalo de confianza del noventa por ciento entre doscientos cuarenta y tres y doscientos cincuenta y ocho escaños.

A las dos de la madrugada, el organismo electoral emitió un comunicado sobre las impugnaciones de Sinaloa: dos de los cuatro distritos en disputa habían sido resueltos en primera instancia a favor de los candidatos de la oposición, con una diferencia de votos validados que superaba el margen de las irregularidades detectadas. Los otros dos seguían en proceso de verificación y no tendrían resolución antes del amanecer.

Con los dos distritos sinaloenses confirmados, el total proyectado para la oposición llegó a doscientos cuarenta y nueve.

Dos escaños de la mayoría simple. Con dos distritos todavía en disputa en Sinaloa.

A las dos y cuarenta y cinco de la madrugada, con el noventa y uno por ciento de las actas computadas, el organismo electoral emitió una segunda resolución sobre los distritos sinaloenses restantes. En el primero, la verificación había confirmado la victoria del candidato opositor por un margen de cuatrocientos doce votos una vez descontadas las actas con irregularidades. En el segundo, el proceso de verificación requería una jornada adicional por el volumen de actas impugnadas.

Doscientos cincuenta. Un escaño de la mayoría simple, con un distrito en Sinaloa todavía sin resolver.

Nadie en la redacción habló durante varios minutos.

Fernanda miraba el número en la pantalla central con la misma atención con que había mirado los números toda la noche, pero con algo diferente que no era exactamente emoción sino su forma más contenida: la conciencia de que lo que estaba ocurriendo era real y de que lo real, a

diferencia de lo anticipado, tiene un peso específico que las proyecciones no pueden replicar.

A las tres y veintitrés de la madrugada, el organismo electoral emitió la tercera y última resolución de la noche sobre los distritos en disputa. El segundo distrito sinaloense había sido resuelto en favor del candidato de la oposición, con un margen de doscientos ochenta y siete votos validados después de la verificación de las actas impugnadas.

El número total proyectado para la oposición llegó a doscientos cincuenta y uno.

Mayoría simple en la Cámara de Diputados.

En la redacción de *Expediente Abierto*, el silencio duró exactamente cuatro segundos. Después alguien dijo algo que Fernanda no registró porque en ese momento estaba marcando el número de Coatepec.

Amado Elías contestó al primer tono. Había estado despierto toda la noche, lo que era evidente por el tono de su voz, que era el mismo de siempre pero con la textura específica de las voces que han permanecido en vigilia durante horas sin perder la calma.

—Doscientos cincuenta y uno —dijo Fernanda.

Silencio. Cuatro segundos, cinco, seis. Fernanda imaginó el cuaderno sobre la mesa, la pluma detenida, la ventana que daba al patio de Coatepec con los helechos en la oscuridad.

—Ahora empieza lo difícil —dijo él.

Fernanda anotó esa frase en la libreta. Debajo de los números de la noche, debajo de las horas y los porcentajes y los distritos impugnados y las resoluciones del organismo electoral. Era la frase más corta que había escrito en toda la noche y la que más peso tenía.

—¿Va a dormir? —dijo Fernanda.

—No todavía. Tengo que terminar de anotar lo que pienso antes de que se me olvide.

—¿Qué está pensando?

Una pausa breve.

—Que doscientos cincuenta y uno es suficiente para presentar las iniciativas. No suficiente para aprobarlas todas sin negociación. Que la negociación va a ser larga y va a requerir cosas que ahora no puedo anticipar. Que el gobierno de Shonemberg va a hacer todo lo que pueda para bloquear cada iniciativa desde el ejecutivo. Que el Poder Judicial reformado va a hacer todo lo que pueda para frenarlo desde los tribunales. —Otra pausa—. Y que doscientos cincuenta y uno es un número que hace dos años no existía y que ahora existe. Y que ese número existe en parte porque las ideas llegaron a lugares donde no habrían llegado sin el trabajo de los últimos doce meses.

—El trabajo de mucha gente —dijo Fernanda.

—Sí. De mucha gente. —Una pausa más larga—. Fernanda.

—¿Sí?

—Abdías González de la Garza merece que lo que viene salga bien. No porque su muerte lo garantice ni porque la deuda con él sea la razón para hacerlo. Sino porque era el tipo de persona que habría creído que valía la pena intentarlo. Y tiene razón. Vale la pena intentarlo.

Fernanda no respondió de inmediato. Miró la redacción donde sus colegas celebraban con la contención de quienes saben que celebrar demasiado pronto es también una forma de error. Miró la libreta con sus doce meses de notas. Miró el disco duro que ya no estaba en el cajón izquierdo del escritorio sino en Nueva York, en custodia legal, siendo útil de la única manera que todavía podía serlo.

—Sí —dijo finalmente—. Vale la pena intentarlo.

Colgó. La Ciudad de México empezaba a aclarar afuera de la ventana con esa luz gris y fresca que tiene en las madrugadas de junio antes de que el calor del día la borre. Fernanda abrió la libreta en una página nueva y escribió la fecha: 7 de junio de 2027. Debajo escribió el número: 251. Debajo escribió la frase de Amado Elías: *Ahora empieza lo difícil.*

Después se quedó mirando la página un momento. Pensó en lo que venía: el nuevo Congreso, las iniciativas, la negociación larga, el Poder Judicial que iba a frenar lo que pudiera frenar, el gobierno de Shonemberg con sus recursos y su disposición a usarlos. Pensó en la carpeta G todavía pendiente de publicación, esperando el momento en que el nombre que contenía apareciera en el expediente de Washington como objetivo primario formal.

Pensó en Abdías, que no iba a ver nada de lo que venía y que sin embargo estaba en todo lo que había ocurrido esta noche y en todo lo que iba a ocurrir después.

Escribió una última línea antes de cerrar la libreta:

Doscientos cincuenta y uno. El nacimiento de la esperanza no es un instante. Es esto: un número que hace dos años no existía y que ahora existe. El resto está por escribirse.

Cerró la libreta. Apagó las pantallas. Salió a la calle.

Afuera, en Bucareli, la Ciudad de México empezaba el día con el ruido de siempre, que es el ruido de una ciudad que no sabe que algo acaba de cambiar porque los cambios reales no tienen anuncio ni fanfarria. Solo tienen el día siguiente, que empieza exactamente igual que todos los días anteriores y que sin embargo, si uno sabe mirar, es ya un día distinto.

Fernanda caminó hacia el metro con la libreta bajo el brazo y el sol de junio empezando a calentar las aceras con la promesa de otro día de verano en una ciudad que tiene demasiados problemas para resolverlos

todos y suficientes personas que quieren resolverlos para que valga la pena seguir intentándolo.

Eso, pensó mientras bajaba las escaleras del metro, tendría que ser suficiente por ahora.

Y por ahora, era suficiente.

CAPÍTULO 17

El inicio del fin

Ciudad de México, julio de 2027

El nuevo Congreso tomó posesión el primero de septiembre, que era la fecha constitucional, pero el trabajo real empezó antes: en julio, en las semanas que siguieron a la elección y que Fernanda cubrió con la misma atención que había dedicado a los doce meses anteriores, entendiendo que lo que ocurriera en ese periodo de transición iba a determinar en buena medida lo que sería posible después.

Lo primero que ocurrió fue lo que Amado Elías había predicho la noche de la elección: el gobierno de Shonemberg empezó a mover sus fichas antes de que el nuevo Congreso tomara posesión.

El ejecutivo presentó en los primeros días de julio tres iniciativas de ley que ocupaban el mismo terreno que las iniciativas de la plataforma pero que las vaciaban de contenido sustantivo: una "reforma de transparencia" que creaba nuevos organismos de supervisión sin quitarle al partido en el poder el control sobre su financiamiento, una "actualización del servicio civil" que incorporaba el lenguaje de la meritocracia sin los mecanismos de protección frente a la remoción arbitraria, y una "modernización electoral" que ajustaba procedimientos menores sin tocar la estructura de los órganos de decisión.

Fernanda las leyó las tres en una tarde. Llamó a Amado Elías esa noche.

—Las leyó.

—Las leí —dijo él—. Son lo que esperaba. El gobierno no puede bloquear las iniciativas de la oposición de manera directa porque el Congreso ya no es suyo. Puede intentar adelantarse con versiones diluidas que ocupen el espacio político y hagan más difícil aprobar las versiones sustantivas.

—¿Va a funcionar?

—Depende de cuántos legisladores de la coalición opositora sean capaces de resistir la presión de aprobar algo que parezca una reforma aunque no lo sea. Ese es el riesgo real de los próximos meses: no el bloqueo abierto sino la cooptación disfrazada de acuerdo.

—¿Y cómo se evita?

—Con legisladores que conozcan la diferencia entre las dos. —Una pausa —. Por eso el trabajo técnico del grupo importa ahora más que nunca. Cada legislador que va a votar estas iniciativas necesita entender con precisión qué es lo que hace que cada artículo importe y qué es lo que una versión diluida pierde. Eso no es algo que se puede improvisar en el pleno.

El grupo de trabajo convocó a una sesión de emergencia la segunda semana de julio. Fernanda asistió como observadora y como cronista. Lo que encontró no fue la tensión de una crisis sino algo más útil: la concentración específica de personas que llevan meses preparándose para exactamente este momento y que saben lo que tienen que hacer.

Amado Elías presentó un análisis comparado de las tres iniciativas del gobierno frente a las iniciativas de la plataforma, artículo por artículo. El análisis era devastador en su precisión: no porque las iniciativas del gobierno fueran técnicamente incoherentes, sino porque sus omisiones eran exactamente las omisiones que hacían la diferencia entre una reforma que cambiaba los incentivos y una que cambiaba el lenguaje sin cambiar nada más.

—La iniciativa de transparencia del gobierno —dijo Amado Elías— crea cinco nuevos organismos de supervisión. Ninguno de los cinco tiene autonomía presupuestal. Ninguno tiene titular elegido por concurso. Ninguno tiene mandato escalonado que sobreviva al cambio de gobierno. Lo que tiene son juntas directivas cuyos miembros son nombrados por el ejecutivo con aprobación del Congreso. —Hizo una pausa—. Eso no es supervisión. Es la apariencia de supervisión con la estructura de la captura.

Patricia Guerrero, la constitucionalista, levantó la mano.

—¿Pueden los legisladores de la coalición presentar enmiendas que corrijan esas omisiones específicas durante el proceso legislativo?

—Pueden —dijo Amado Elías—. Si las comisiones dictaminadoras tienen suficientes votos para aprobar las enmiendas y si los legisladores del partido en el gobierno no logran convencer a suficientes de la coalición de que la versión original es "suficientemente buena."

—¿Y si no logran las enmiendas?

—Entonces votan en contra de la iniciativa del gobierno y presentan la suya. Y el debate en el pleno queda documentado: quién votó a favor de una reforma con dientes y quién votó a favor de una reforma sin ellos. Esa documentación es información para los ciudadanos en la siguiente elección.

Fernanda anotó eso. Era el mismo argumento que Amado Elías había usado en octubre del año anterior para explicar por qué tres legisladores presentarían las iniciativas de la plataforma sabiendo que no se aprobarían en esa legislatura: que el expediente legislativo de cómo se

bloquea una reforma es tan importante como el expediente de cómo se aprueba.

La diferencia era que ahora había un Congreso donde esas cosas podían decidirse de manera diferente.

La segunda semana de julio trajo dos noticias que Fernanda cubrió con la misma atención aunque por razones distintas.

La primera: diecisiete legisladores electos de la coalición opositora firmaron una carta de compromiso público en la que se comprometían a votar en contra de cualquier iniciativa del ejecutivo que ocupara el terreno de las reformas de la plataforma sin incorporar los mecanismos sustantivos que las hacían efectivas. La carta incluía los criterios técnicos específicos que usarían para evaluar cada iniciativa. Era un documento inusual en la historia legislativa mexicana: un compromiso público con criterios verificables, no con posiciones genéricas.

Fernanda publicó la carta íntegra con un análisis que explicaba por qué los criterios técnicos importaban y qué diferencia hacía cada uno. La nota tuvo más lectores que cualquier análisis legislativo que hubiera publicado en años. Valentina Cruz la compartió con su red de organizaciones civiles. El grupo de trabajo la incorporó a sus materiales de seguimiento.

La segunda noticia llegó de Nueva York. Sandra Pereyra llamó un miércoles por la tarde.

—El nombre de la carpeta G —dijo, sin preámbulo.

Fernanda dejó lo que estaba haciendo.

—¿Qué pasó?

—Cambió de categoría en el expediente. Ya no es sujeto de interés. Es objetivo primario de la investigación. El gran jurado emitió ayer una orden de comparecencia. No es pública todavía. Pero cuando lo sea, los archivos de Abdías van a ser citados explícitamente como parte de la evidencia que sustentó la decisión.

Fernanda tardó varios segundos en responder.

—¿Cuándo va a ser pública?

—No lo sé con certeza. Puede ser días. Puede ser semanas. Depende de si el abogado del objetivo primario logra una suspensión temporal o no. —Una pausa—. Fernanda, cuando sea pública vas a tener una ventana muy corta para publicar lo que tienes de los archivos de Abdías antes de que el ruido mediático lo absorba todo. ¿Estás lista?

—He estado lista desde septiembre del año pasado —dijo Fernanda.

—Bien. Cuando te avise, tienes doce horas. Después el expediente va a ser el tema de todos los medios del mundo y lo que publiques tú va a necesitar estar ya publicado para que se lea como lo que es: el contexto que explica el expediente, no la reacción al expediente.

—Entendido.

—¿Tienes el texto listo?

—Tengo el borrador. Necesito una última verificación de dos elementos y después está.

—Hazla esta semana —dijo Pereyra—. No esperes más.

Fernanda colgó y se quedó mirando el teléfono. Después abrió la libreta y anotó la conversación con la fecha y la hora. Debajo escribió: *La carpeta G tiene su momento. Falta poco.*

Lo que seguía en julio fue el trabajo de preparación que nadie ve pero que determina todo lo que ocurre después: Fernanda completó las verificaciones pendientes del borrador sobre los archivos, consultó con dos abogados adicionales sobre los límites de lo publicable antes de que el expediente fuera público, coordinó con Donají el protocolo de publicación para cuando llegara el aviso de Pereyra, y mantuvo el borrador en una carpeta cifrada en su computadora secundaria, lista para publicarse con doce horas de anticipación o menos.

Amado Elías, que sabía que el momento se aproximaba, no preguntó detalles. Una tarde de la tercera semana de julio la llamó con una sola pregunta.

—¿Necesita algo de mi parte?

—No —dijo Fernanda—. Ya tiene lo que necesita de su parte. Los cuadernos que me dejó leer. La conversación de Coatepec. Y haber estado ahí cuando necesitaba que alguien me dijera que tenía razón.

—¿Y lo tenía?

—Sí —dijo Fernanda—. Lo tenía.

Hubo una pausa.

—¿Cómo va la nota sobre el Congreso?

—La tengo casi terminada. Tres semanas de trabajo del grupo, la carta de los diecisiete legisladores, el análisis comparado de las iniciativas del gobierno. Va a salir el lunes.

—¿Y el título?

—*El inicio del fin*— dijo Fernanda—. No del régimen. Del sistema que lo hizo posible.

Amado Elías guardó silencio un momento.

—Es el título correcto —dijo.

Colgaron. Fernanda terminó la nota del Congreso esa tarde y la mandó a revisión de Donají. Después abrió la carpeta cifrada y leyó el borrador de la nota sobre los archivos de Abdías por última vez, buscando errores, imprecisiones, cualquier elemento que pudiera ser atacado con argumentos técnicos cuando saliera. No encontró ninguno. Lo que encontró fue lo que Abdías había construido con paciencia de años: una

historia documentada, verificable, con nombres y fechas y transferencias y testimonios, que conectaba lo que el mundo ya sabía por el expediente del Departamento de Justicia con lo que ningún fiscal mexicano había querido o podido saber.

Era una historia que Abdías no había podido publicar. Que Fernanda iba a publicar por él en el momento en que pudiera hacer el mayor daño posible al sistema que había hecho posible su asesinato.

Cerró el borrador. Guardó la carpeta. Apagó la computadora secundaria.

Afuera, en julio de 2027, la Ciudad de México tenía sus lluvias de verano que llegaban cada tarde con la puntualidad de las cosas que no necesitan calendario porque llevan siglos siendo lo que son. Fernanda miraba la lluvia desde la ventana de la redacción y pensaba que los cambios reales siempre se parecen a eso: no llegan como una tormenta única que lo transforma todo de golpe. Llegan como las lluvias de verano, tarde a tarde, acumulándose despacio hasta que un día el suelo tiene suficiente agua para que crezca algo que antes no podía crecer.

Doscientos cincuenta y un diputados. Diecisiete compromisos públicos con criterios verificables. Los archivos de Abdías en el expediente de Nueva York. Un nombre en la carpeta G a punto de convertirse en objetivo primario formal de una investigación federal en el único tribunal que podía procesarlo.

Y un grupo de trabajo en Xalapa que llevaba once meses convirtiendo ideas en iniciativas legislativas concretas, listas para presentarse en el Congreso que ahora existía y que antes no existía.

Eso era suficiente para empezar. Que era lo único que el inicio del fin prometía: no el fin, sino su inicio. Y eso, en el México de julio de 2027, después de todo lo que había costado llegar hasta aquí, era ya más de lo que nadie había tenido derecho a esperar.

La lluvia siguió cayendo. Fernanda siguió mirándola. En algún momento paró, como para siempre.

El lunes de la cuarta semana de julio, Fernanda publicó la nota sobre el Congreso con el título que había acordado con Amado Elías: *El inicio del fin*. No del régimen, como aclaró el subtítulo, sino del sistema que lo había hecho posible.

La nota reconstruía las tres semanas de trabajo del grupo desde la elección: las iniciativas del gobierno y sus omisiones específicas, la carta de los diecisiete legisladores con sus criterios verificables, el análisis comparado que el grupo de trabajo había producido para que los legisladores de la coalición supieran exactamente qué defender en cada artículo de cada iniciativa. Era una nota larga, más larga que cualquier cosa que Fernanda hubiera publicado desde la investigación sobre la Auditoría Superior, y Donají la había aprobado sin cambios, que era la manera más elocuente de decirle que estaba bien.

La reacción del gobierno fue la de siempre: un comunicado, la acusación de parcialidad, la referencia a "intereses de la derecha." Esta vez, en los comentarios de las redes donde la nota circulaba, algo era diferente: la mayoría de las respuestas no defendían al gobierno ni atacaban a Fernanda. La mayoría eran preguntas. Preguntas específicas sobre los artículos de las iniciativas, sobre la diferencia entre los mecanismos de autonomía presupuestal y los de autonomía nominal, sobre por qué importaba que el titular de un organismo fuera elegido por concurso y no por el Congreso.

Era el tipo de pregunta que no se hace sobre los temas que la gente considera ajenos. Era el tipo de pregunta que se hace sobre las cosas que la gente empieza a considerar propias.

Fernanda las leyó todas. Respondió algunas directamente, con la brevedad de quien sabe que en las redes la explicación larga no llega. Guardó las demás en la libreta como evidencia de algo que no tenía un nombre preciso todavía pero que era, en su forma más elemental, el comienzo de una ciudadanía que empezaba a entender que lo que ocurría en el Congreso le concernía de manera directa y que tenía derecho a entenderlo.

Eso era lo que Abdías le había dicho en una de sus primeras conversaciones, cuando ella era todavía una estudiante que confundía el periodismo con la escritura y que todavía no entendía la diferencia: *El periodismo no le explica a la gente lo que debe pensar. Le da la información que necesita para pensar por sí misma. Si lo hace bien, la gente empieza a hacer preguntas que antes no se hacía. Eso es suficiente. De hecho, es todo.*

Todo. Fernanda cerró la libreta y guardó el teléfono. Afuera, la lluvia de julio seguía cayendo con esa regularidad que tienen las lluvias veracruzanas cuando deciden quedarse, lenta y constante, sin prisa por terminar.

CAPÍTULO 18

Los archivos de Abdías

Ciudad de México / Nueva York, julio — agosto de 2027

El aviso de Pereyra llegó un martes a las seis de la mañana, cuando Fernanda todavía no había llegado a la redacción y cuando la Ciudad de México tenía esa luz gris y fresca de las mañanas de agosto que hace creer, durante unos minutos, que el calor del día no va a llegar.

El mensaje decía tres palabras: *Doce horas. Ahora.*

Fernanda leyó el mensaje dos veces. Después llamó a Donají.

—Es hoy —dijo cuando contestó.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace tres minutos. Doce horas.

—¿Tienes el texto listo?

—Listo desde la semana pasada.

—Mándamelo en cuanto llegues. —Una pausa—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Fernanda.

—Estoy bien, Donají. En serio.

Colgó. Se vistió sin encender las noticias, que era su manera de no contaminar lo que tenía que escribir ese día con el ruido de lo que otros ya habían escrito. Tomó el metro con la mochila y la libreta y el teléfono y la certeza, quieta e irreversible, de que lo que iba a ocurrir en las próximas doce horas era exactamente lo que Abdías habría querido que ocurriera y de que eso no lo hacía más fácil sino más necesario.

En la redacción, Donají ya estaba. Y Gerardo Ruiz, que había cubierto las elecciones en Sinaloa y que se había enterado de alguna manera, con la habilidad de los fotógrafos para saber cuándo algo importante está por ocurrir, de que ese día era diferente. Nadie más todavía.

Fernanda abrió la carpeta cifrada en la computadora secundaria. El borrador estaba ahí, exactamente como lo había dejado la semana anterior: dieciséis páginas, cuatro secciones, ciento cuarenta y dos notas al pie con referencias verificables, dos audios embebidos con transcripción completa y certificación de autenticidad. Todo lo que Abdías había reunido en la carpeta G, más lo que Fernanda había podido verificar de manera independiente en los meses posteriores, más el contexto del expediente del Departamento de Justicia que conectaba ambas fuentes en una sola línea narrativa.

Lo leyó una vez más de principio a fin. No encontró errores. No encontró nada que cambiaría. Era lo que era: la historia completa de cómo el poder político y el crimen organizado se habían fusionado en México durante años, con un nombre en el centro que el expediente de Washington iba a nombrar ese mismo día como objetivo primario de una investigación federal.

—¿Listo? —dijo Donají desde su escritorio.

—Listo.

—¿Título?

—*Los archivos de Abdías González de la Garza.*

Donají lo anotó sin comentario. Era el título correcto y ambas lo sabían.

—¿Tiempo de publicación?

Fernanda miró el reloj. Las siete cuarenta y cinco de la mañana. Si Pereyra había enviado el aviso a las seis, el expediente de Washington podría hacerse público en cualquier momento entre las diez de la

mañana y el mediodía, hora de Nueva York. Eso eran las once de la mañana y la una de la tarde en México.

—Once y media —dijo Fernanda—. Si el expediente sale antes, lo sacamos antes. Si sale después, esperamos hasta que salga y publicamos simultáneamente.

—Entendido. —Donají se levantó y cerró la puerta de la redacción, que era su señal de que lo que ocurría ahí adentro no salía hasta que ella dijera que salía—. ¿Qué necesitas?

—Silencio —dijo Fernanda—. Y más café.

Donají trajo el café. Fernanda pasó las siguientes tres horas haciendo las últimas verificaciones: llamadas a dos fuentes que habían pedido no ser identificadas pero que habían confirmado elementos específicos del texto, revisión de los registros públicos que sustentaban las transferencias documentadas, consulta final con el abogado que había revisado el borrador la semana anterior para confirmar que ningún elemento nuevo en el expediente de Washington contradecía lo que la nota afirmaba.

A las diez y cuarenta y siete de la mañana, Pereyra llamó.

—Salió hace veinte minutos —dijo—. El nombre está en el encabezado del documento. Objetivo primario. Orden de comparecencia emitida.

—¿Los archivos de Abdías citados?

—En el pie de página treinta y dos. Literalmente: "material documental aportado por fuentes externas al gobierno de los Estados Unidos, incorporado al expediente en abril de 2027." —Una pausa—. Estás en el expediente federal de los Estados Unidos, Fernanda. Lo que presentaste en custodia está siendo usado.

Fernanda tardó un momento antes de responder.

—Abdías está en el expediente —dijo, corrigiéndola con suavidad.

—Sí —dijo Pereyra—. Abdías está en el expediente.

Colgó. Miró a Donají.

—Salió —dijo.

—Lo vi. —Donají ya tenía el documento abierto en su pantalla—. ¿Publicamos?

—Publicamos.

Donají publicó la nota a las once y tres minutos de la mañana del martes. El título era exactamente el que Fernanda había elegido: *Los archivos de Abdías González de la Garza.* El subtítulo decía lo que la nota demostraba: *Cómo el periodista asesinado en 2025 documentó lo que una fiscalía extranjera probó en 2027.*

La nota tenía cuatro secciones. La primera reconstruía la investigación de Abdías desde sus orígenes hasta el viaje a Palenque, con los

elementos del disco duro que podían publicarse sin comprometer fuentes activas en el proceso judicial. La segunda explicaba qué contenía la carpeta G y qué significaba lo que contenía en el contexto del expediente del Departamento de Justicia. La tercera conectaba los archivos de Abdías con las líneas de investigación del expediente, con citas textuales del documento público que confirmaban la conexión. La cuarta era la más corta y la más directa: *Abdías González de la Garza fue asesinado porque se acercó demasiado a una verdad que quienes tenían el poder de impedírselo no pudieron impedirle documentar. Sus archivos están ahora en el expediente de una fiscalía extranjera porque ninguna fiscalía mexicana tuvo la autonomía o la voluntad de construir el caso que él había comenzado a construir. Eso no es justicia. Es lo más parecido a la justicia que el sistema disponible puede producir. Y es, también, el argumento más poderoso que existe para construir las instituciones que habrían hecho posible que esa justicia llegara desde adentro y no tuviera que venir desde afuera.*

El gobierno de Shonemberg tardó cuarenta minutos en responder. El comunicado tenía la extensión de los que se preparan con antelación: cuatro párrafos, sin mencionar a Abdías por nombre, acusando a *Expediente Abierto* de "actuar como instrumento de una operación de injerencia extranjera coordinada." Fernanda lo publicó íntegro debajo de la nota con una sola línea de contexto: *Este es el comunicado oficial del gobierno mexicano en respuesta a los documentos públicos del Departamento de Justicia de los Estados Unidos.*

A las dos de la tarde, la nota tenía más lectores que cualquier cosa que *Expediente Abierto* hubiera publicado en su historia. A las cuatro, tres medios internacionales la habían citado con atribución. A las seis, el nombre que había estado en la carpeta G de Abdías y que ahora estaba en el encabezado del expediente federal de los Estados Unidos era el tema de todas las pantallas de todos los noticieros que el gobierno de Shonemberg no controlaba, y del silencio elocuente de los que sí controlaba.

Fernanda cubrió todo eso desde la redacción, escribiendo actualizaciones cada hora, respondiendo solicitudes de entrevista de medios extranjeros que Donají filtró con la eficiencia de quien ha aprendido exactamente cuándo decir sí y cuándo decir después, coordinando con Gerardo Ruiz que estaba en la calle documentando las reacciones.

A las ocho de la noche, cuando la primera ola de la cobertura empezaba a ceder para transformarse en el debate más largo que siguió durante días, Fernanda salió a la calle a caminar. Necesitaba el aire y el ruido y la indiferencia específica de la Ciudad de México, que tiene la habilidad de hacer sentir a quien camina por sus calles que lo que acaba de ocurrir es real y que la realidad, a diferencia de los documentos y las pantallas, tiene textura y temperatura y sonido.

Llamó a Amado Elías mientras caminaba.

—¿Lo leyó? —dijo.

—Lo leí esta mañana cuando salió. —Una pausa—. Es exactamente lo que debía ser.

—¿Qué pasará ahora?

—Con el expediente de Washington: el proceso seguirá su curso, que puede tardar meses o años. Con la nota: en los próximos días va a ser citada, cuestionada, defendida, atacada. El gobierno va a intentar discreditarla de todas las maneras disponibles. No va a poder porque la documentación es sólida. —Hizo una pausa—. Y con el Congreso: los legisladores que firmaron la carta de compromiso van a tener que decidir, en cada votación que viene, si mantienen lo que prometieron. Eso es lo que importa ahora más que ninguna otra cosa.

—¿Y usted? ¿Qué va a hacer usted?

—Lo mismo que he estado haciendo. —Su voz tenía la tranquilidad de siempre, que no era indiferencia sino algo construido con años de trabajo sobre la distancia entre lo que uno puede controlar y lo que no puede—. El grupo de trabajo tiene sesión el jueves. Hay tres iniciativas que necesitan ajustes técnicos antes de presentarse en septiembre. Tengo clase el miércoles a las ocho. Y hay un alumno que me pidió asesoría para su tesis sobre los mecanismos de rendición de cuentas en los municipios brasileños, que es un tema que me parece más interesante que cualquier cosa que haya ocurrido hoy.

Fernanda sonrió. Era la primera vez que sonreía desde las seis de la mañana.

—¿De verdad?

—No —dijo Amado Elías—. Pero casi.

Colgaron. Fernanda siguió caminando por las calles de la colonia Roma con el calor de agosto encima y el ruido de la ciudad y la sensación, extraña y nueva, de que algo que había comenzado dieciséis meses antes en un correo de un servidor suizo había llegado a algún lugar que no era el final sino algo diferente y más difícil de nombrar.

No era la victoria. No era la justicia completa. Era algo más modesto y más duradero: el momento en que las consecuencias de lo que Abdías había encontrado en Palenque llegaron al único tribunal que podía procesarlas, y el momento en que las ideas que Amado Elías llevaba veinte años construyendo llegaron al único Congreso que podía implementarlas.

Dos cosas simultáneamente. En el mismo agosto. En el mismo país que durante años había hecho imposible que ninguna de las dos ocurriera.

Eso no era el fin de nada. Era, como el capítulo anterior había prometido, el inicio del fin. No del país. Del sistema que había hecho necesario todo

lo que Abdías y Amado Elías y Fernanda habían tenido que hacer para llegar hasta aquí.

Caminó hasta que el calor cedió un poco y la ciudad empezó a tener esa temperatura específica de las noches de agosto en la Ciudad de México, que es la temperatura de algo que nunca termina de enfriarse del todo pero que permite, si uno lo busca, encontrar un poco de aire.

Encontró un banco en un parque de la colonia Roma y se sentó. Abrió la libreta. Miró la última página escrita, que era la de la mañana, con las tres palabras del mensaje de Pereyra y la hora. Después pasó a la siguiente página, que estaba en blanco, y escribió:

Publicado. Los archivos de Abdías están en el mundo. El nombre de la carpeta G está en el expediente federal de los Estados Unidos. El Congreso que no existía en 2024 existe en 2027 con doscientos cincuenta y un diputados de la coalición opositora. Las iniciativas de la plataforma van a presentarse en septiembre. Nada de esto es suficiente para todo. Todo esto es suficiente para empezar.

Abdías González de la Garza. Periodista. 1972 — 2025. Su nombre está en el expediente. Su letra está en estos cuadernos. Su pregunta está en todo lo que queda por escribir.

El periodismo no es contar lo que pasó. Es contar por qué pasó. Esto es lo que pasó. Esto es por qué pasó.

El resto está por escribirse.

Cerró la libreta. Guardó la pluma. Levantó la vista hacia el parque donde los árboles de agosto tenían esa densidad verde específica de las plantas que han bebido toda la lluvia de julio y que van a necesitar todo el sol de septiembre para seguir siendo lo que son.

Siguió siendo lo que son. Eso también era constancia.

Se levantó del banco y empezó a caminar de regreso a su departamento, con la libreta bajo el brazo y el teléfono en el bolsillo y la certeza, frágil y sólida a la vez, de que mañana iba a haber más trabajo. Que el trabajo nunca termina cuando se hace bien. Que eso no era una amenaza sino una promesa.

Que era, en el fondo, la única forma de esperanza que valía la pena tener.

EPÍLOGO

Voz: Fernanda Inclán Coatepec, Veracruz, agosto de 2027

Fernanda ha terminado de escribir el libro que el lector acaba de leer.

Lo escribió en cuatro semanas, en las tardes después de cerrar los reportajes del día y en las noches cuando la ciudad callaba lo suficiente para que las palabras llegaran sin el ruido de encima. Lo escribió en la redacción de *Expediente Abierto* y en su departamento de la colonia

Roma y en dos viajes a Coatepec y en el autobús entre ambos lugares, con la libreta de pastas negras que empezó el día que llegó el correo del servidor suizo y que terminó la noche que publicó los archivos de Abdías. Cuando se quedó sin páginas en esa libreta, empezó una nueva. Esta es la última página de la nueva.

No es el libro que habría escrito si Abdías estuviera vivo. Si Abdías estuviera vivo, él habría escrito este libro y habría sido mejor. Pero Abdías no está vivo, y este es el libro que existe, y en algún lugar entre lo que él habría escrito y lo que ella escribió está la verdad de lo que ocurrió en los dos años que el libro cubre: desde el 30 de abril de 2026, cuando las primeras solicitudes de extradición del Departamento de Justicia de los Estados Unidos llegaron con nombres que todos en México conocían y ninguna institución mexicana había podido procesar, hasta el agosto de 2027, cuando los archivos de Abdías llegaron al expediente federal y las iniciativas de la plataforma de Amado Elías estaban listas para presentarse en el primer Congreso mexicano en años donde podían discutirse sin que el resultado estuviera decidido antes de que empezara el debate.

Eso es lo que el libro cubre. Lo que no cubre es lo que viene después, que es más largo e incierto y que todavía no ha terminado de ocurrir cuando Fernanda escribe estas líneas.

Lo que viene después incluye, entre otras cosas, estas:

El nuevo Congreso tomará posesión el primero de septiembre. Las iniciativas de la plataforma se presentarán en la primera semana. El gobierno de Shonemberg las combatirá con todos los instrumentos disponibles desde el ejecutivo. El Poder Judicial reformado a modo intentará frenarlas desde los tribunales. Los partidos de la coalición opositora experimentarán presiones internas que pondrán a prueba los compromisos firmados en julio. Algunas iniciativas se aprobarán en su forma sustantiva. Otras serán modificadas durante el proceso legislativo. Otras fracasarán en esta legislatura y deberán esperar la siguiente.

El expediente del Departamento de Justicia seguirá su curso, que tiene sus propios tiempos y que no depende del calendario político mexicano. El nombre que estaba en la carpeta G es ahora objetivo primario de una investigación federal en un tribunal que no puede ser cooptado ni presionado desde Palenque. Lo que ocurra con ese proceso puede tardar meses o años. Cuando ocurra, los archivos de Abdías serán citados en los documentos oficiales.

La Fiscalía General de la República seguirá, probablemente durante algún tiempo más, sin encontrar líneas de investigación en el asesinato de Abdías González de la Garza. La comisión especial del Congreso que fue instalada en las primeras semanas del nuevo período tendrá acceso a documentos que antes estaban clasificados. Si ese acceso produce

algo concreto, Fernanda lo publicará. Si no lo produce, también lo publicará.

El doctor Peralta Soto sigue sin cargo en el IMSS. Sus protocolos de vigilancia epidemiológica siguen interrumpidos en tres estados del sureste. Bernardo Cienfuegos Leal sigue en su casa de Coyoacán, cuidando el jardín y escribiendo columnas que nadie en el gobierno lee y que todos los que quieren entender el gobierno leen. Verónica Salinas sigue actualizando su base de datos en Oaxaca. Rodrigo Mendoza Vargas sigue esperando la validación federal para construir los cuatro sistemas de agua potable en la sierra de Michoacán. La enfermera Tláloc sigue atendiendo emergencias en Juchitán sin médico, aunque el municipio ha presentado ante la nueva legislatura estatal una iniciativa para que los municipios puedan hacer contrataciones directas de personal de salud con recursos propios.

Estas cosas son el país real, debajo de los expedientes y las encuestas y los discursos y las portadas. El país real es el que el periodismo tiene la obligación de no perder de vista cuando el ruido de arriba se vuelve demasiado alto para escuchar lo de abajo.

Fernanda está en Coatepec porque quería volver al principio una vez más antes de terminar de escribir. No al principio del libro, que es el correo del servidor suizo de mayo de 2026. Al principio de todo, que es el patio de la casa de Amado Elías donde una noche de septiembre de ese año él le dijo que lo que Abdías encontró no era una excepción al sistema sino el sistema funcionando exactamente como fue diseñado para funcionar.

Esa frase cambió la naturaleza de su duelo. Le hizo entender que lo que ella estaba haciendo no era solo periodismo ni solo memoria de un hombre muerto. Era la documentación de una arquitectura que hacía posibles los asesinatos de personas como Abdías, y la contribución, pequeña e imperfecta, a la construcción de las instituciones que harían esa arquitectura más difícil de sostener.

Amado Elías está en su cubículo del Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores Económicos y Sociales de la Universidad Veracruzana. Fernanda lo observa por la ventana del pasillo sin entrar. Está dando clase. Sus estudiantes toman notas con la intensidad de quien sabe que lo que escucha importa. Uno de ellos levanta la mano y hace una pregunta que Fernanda no puede escuchar desde afuera, pero que Amado Elías responde con esa paciencia suya que no es resignación sino convicción: la convicción de que explicar bien las cosas es la forma más alta de respeto hacia quien escucha, y de que las cosas bien explicadas tienen la costumbre de quedarse en las personas que las escuchan y de volver a aparecer, meses o años después, en los momentos en que hacen falta.

Rechazó las tres ofertas de cargos que le hizo la coalición opositora después de la elección. No con dramatismo ni con declaraciones públicas. Con la misma cortesía con que había rechazado durante la campaña de 2024 las presiones para suavizar sus propuestas: diciéndoles que gracias, que el trabajo que tenía que hacer lo podía hacer mejor desde donde estaba.

Desde donde estaba era Coatepec. El IIESES. El grupo de trabajo que seguía reuniéndose cada dos semanas para monitorear el proceso legislativo y producir el análisis técnico que los legisladores pedían cuando enfrentaban los artículos más difíciles de las iniciativas. Y el aula donde esta mañana un estudiante levanta la mano y hace una pregunta que Fernanda no puede escuchar pero que, si conoce a Amado Elías, va a recibir la respuesta que merece.

Eso es lo que él es. Y eso es, en el México de agosto de 2027, después de todo lo que costó llegar hasta aquí, exactamente lo que el país necesita que alguien sea.

Fernanda abre la libreta en la última página que le queda y escribe lo que lleva semanas sabiendo que va a ser la última línea de este libro. No la escribe con dificultad. La escribe con la facilidad específica de las cosas que uno ha estado pensando durante tanto tiempo que cuando por fin las escribe ya están completamente formadas y solo necesitan que la mano las ponga en el papel.

Abdías me enseñó que el periodismo no es contar lo que pasó. Es contar por qué pasó. Tardé demasiado tiempo en entender que en esta historia ambas preguntas tienen la misma respuesta: un sistema diseñado durante años para hacer imposible su propia transformación, y unos cuantos hombres y mujeres que decidieron que eso no era suficiente razón para dejar de intentarla.

El Congreso que empezó a trabajar este mes no es la victoria. Es el primer instrumento real que hemos tenido en años para comenzar a deshacer lo que se hizo con deliberada intención de que no pudiera deshacerse. Va a ser lento. Va a ser imperfecto. Va a costar más de lo que creemos que va a costar. Pero es real.

Y real, después de todo lo que hemos perdido, es lo más parecido a la esperanza que conozco.

Cuídenlo.

Fernanda cierra la libreta. Guarda la pluma. Mira por la ventana del pasillo hacia el cubículo donde Amado Elías termina de responder la pregunta del estudiante y donde el estudiante anota la respuesta con la misma concentración que Fernanda usó en cientos de páginas de libreta durante los últimos quince meses.

El sol de agosto en Coatepec tiene esa calidad específica del trópico veracruzano que no es el sol de ningún otro lugar: denso, húmedo, lleno

de verde. Afuera huele a café y a tierra mojada y a buganvilias, que son los olores de Coatepec y los olores de Veracruz y los olores de algo que ninguna reforma institucional puede desmantelar porque no es una institución sino una geografía, y las geografías sobreviven a los sistemas políticos que se construyen sobre ellas.

Fernanda se echa la mochila al hombro y camina hacia la salida del edificio. En la mochila lleva la libreta terminada, el teléfono, y el disco duro cifrado que ya no tiene nada adentro porque todo lo que tenía ya está en el expediente de Nueva York o publicado en *Expediente Abierto* o en las manos de los abogados y los fiscales que van a decidir qué hacer con ello en los meses que vienen.

El disco duro vacío pesa lo mismo que cuando estaba lleno. Eso también es una forma de constancia.

Sale a la calle. El sol de agosto la recibe con esa indiferencia amable que tiene el sol de Veracruz para todo el que sale a enfrentarlo. Camina hacia la terminal de autobuses. El de las tres la llevará a Xalapa. El de las cinco la llevará a la Ciudad de México. Mañana hay trabajo.

El trabajo nunca termina cuando se hace bien. Eso no es una amenaza. Es la única promesa que el periodismo puede hacer con honestidad, y la única que vale la pena recibir.

Camina. El sol la sigue. Coatepec huele a lo que siempre huele.

El nacimiento de la esperanza no fue un instante. Fue esto.

Y esto, todavía, está ocurriendo.